



CONSTANTINOPLA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

CARTA QUE ESCRIBIÓ EL AUTOR DON OCTAVIO SAPIENCIA,
PRESBITERO,
AL EXCELENTÍSIMO MARQUÉS DE LA VALA,
RESIDENTE EN SICILIA.



E Constantinopla á doce días del mes de octubre
de 16...

Por la Embajada de Francia en ésta he tenido noticia de vuesa excellencia, á quien Dios nuestro Señor favorece de todos modos, como tan merecido lo tiene, él y todos los de su linaje. Ingrato fuera, ciertamente, á las muchas mercedes que debí en otros tiempos á vuesa excellencia cuando en esa nuestra patria Catania, de la isla de Sicilia, vivía libre del yugo mahometano, adonde la desgracia me llevó y que he sufrido con paciencia con la ayuda de Dios, cautivo cinco años. Pues aunque cuento otros siete, libre, haciendo de capellán de los cristianos en esta de Constantinopla, fáltame respirar el aire de la patria, madre constante de todos sus hijos. Pero el que todo lo puede, querrá ciertamente darme fuerzas y alargarme los días de vi-

da, arribando á tan feliz puerto la nave que hace doce años encalló en el poder de estos turcos.

Con la presente, recibirá vucellencia unos escritos míos, que en ratos ociosos he compuesto, acerca de esta capital donde anida el Gran Sultán, tomados los unos de las Memorias Othomanas, y los otros recogidos por mí en el tiempo que duró mi cautiverio y después en el de mi libertad. En ellos verá vucellencia la descripción que hago de esta insigne ciudad, desde los tiempos que se perdió para nosotros los cristianos; de las naciones con quien contrata; de su canal, fortaleza, islas y pueblos que hacen escala en él, con otras muchas curiosidades acerca del Gobierno y costumbres de los turcos, que han de ser del agrado de vuesa excellencia todo lo cual he dividido en capítulos para mayor comodidad del lector.

Yo creo, Dios mediante, que para el año próximo venidero he de salir de ésta para besar las manos de vuesa excellencia; mientras tanto, queda rogando á Nuestro Señor por la vida de vucellencia y de los suyos.

Su servidor más humilde y capellán

DON OCTAVIO SAPIENCIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN QUE SE DA NOTICIA DE LA PÉRDIDA DE CONSTANTINOPLA.

El día 29 de mayo de 1453 fué tomada esta gran ciudad metrópoli del Imperio de Oriente, después de un sitio muy apretado que le puso el Sultán Mahomet II siendo Emperador de ella Constantino Paleologo, de modo que un Cons-

tantino, que fué llamado el Grande, hijo de Santa Elena, la fundó, y otro Constantino, que es el referido, la perdió.

Entraron los turcos en ella con el mayor furor, y viendo el Emperador la dificultad de defenderla, rogaba á los soldados que le quitasen la vida por no presenciar la victoria del bárbaro enemigo, y no hallando quien quisiese ejecutar acción tan inhumana, deponiendo las insignias imperiales, se arrojó con la espada en la mano á los enemigos que estaban en la brecha que habían hecho, y peleando desesperadamente, asistido de su pariente Teófilo Paleologo, muriendo, perdió el Imperio y la vida, aunque algunos autores engañados han dicho que murió atropellado y oprimido de los que huían.

Tres años y tres días imperó este infeliz Príncipe: llegada la fatal hora para Constantinopla, ejecutaron en ella los bárbaros todo género de crueldades, y profanando la honra de las mujeres, pasaron á manosear, sacrílegos, con desprecio y escarnio, las soberanas, preciosísimas, reliquias de la Columna, la Lanza, la Esponja y la Túnica inconsútil del Salvador crucificado; siendo el saqueo á que se entregó la ciudad al ejército turco; inmenso é innumerable.

Fueron tantas las crueldades que mandó ejecutar el Sultán Mahomet, que para referirlas, eran menester algunos volúmenes; y para que se conozca su carácter bárbaro y sanguinario, se da noticia de este caso raro.

Entre los despojos infelices que le presentaron, lo fué una peregrina hermosura, un prodigio sin competencia, y un ángel de carne humana en la apariencia, con las apreciables circunstancias de ser muy noble, discreta, y de apacible condición, cuyo nombre era Irene. Mahomet se enamoró de ella, de forma que logró Irene el dominio total del célebre conquistador, quedando tan olvidado de sí, que parecía otro hombre, y que se le habían apagado del todo los espíritus guerreros; de modo que viendo los soldados rendido á Marte en el regazo de esta Venus, y que las armas con que se alimentaban perdían miserablemente el crédito, empezaron á murmurar descubiertamente, de que advertido Mahomet por el Musti, ministro principal de su ley, despertó; pero de una

manera extraña y feroz, ó más bien bestial, pues queriendo dar á entender á su ejército que sabía vencer sus pasiones, así como conquistar plazas, hizo llevar á su presencia á aquella desgraciada hermosura, y él mismo, por su mano, la cortó la cabeza de un golpe de cimitarra.

CAPÍTULO SEGUNDO.

DE LA SITUACIÓN DE CONSTANTINOPLA, LLAMADA DE LOS TURCOS STAMBOL, Y OTRAS COSAS.

Está situada Constantinopla en la Europa, y es una de las ciudades más hermosas y bellas del mundo, por hallarse en medio de los mares Blanco y Negro, lo que la hace abundantísima de todo género de mantenimientos de mar y tierra, y su vista de lejos y de cerca es muy agradable por los muchos jardines que la adornan, llenos de cipreses y otros árboles.

Las plazas y calles son muchas, aunque sus edificios no tienen primor, porque los turcos no usan fabricar suntuosamente como los cristianos; por lo que, fuera de las antigüedades, edificios imperiales y algunas otras cosas notables, lo demás no es de consideración; y de la misma manera son los arrabales y poblaciones que están cerca de Constantinopla, que la más lejos no dista dos millas, como son Vausaria, Casumbaxá, Pera, Galatá, Topaná, Fundacolí, Biretax y Sentaret, que está en Asia, y sin las dichas hay otras muchas villas y aldeas, que juntas compondrán muy bien otra Constantinopla, y á ésta se la regulan cerca de un millón de habitantes.

Tendrán sus murallas 18 millas de circuito, que hacen seis leguas, puestas en triángulo. El alcázar real está en el ángulo que mira á Calcedonia, ciudad arruinada del Asia; el otro mira á Mediodía y Poniente, donde están las Siete-Torres, que sirven de fortaleza y cárcel mayor de la ciudad, de cuyo ángulo, continuando siempre hacia tierra, se va á

otro ángulo que está hacia la parte del Norte, en el cual se halla el palacio antiguo del Emperador Constantino, en un sitio eminente, que nadie le habita, y de él se descubre toda la ciudad. Desde este ángulo hasta el palacio real del Gran Turco, todo es puerto de una legua de mar que entra en la tierra tres leguas, y tiene como media de ancho, llamado de los historiadores, por la abundancia que de todo tiene, Cuerno de oro, cuyo circuito está habitado de turcos, griegos, armenios y judíos, pero es poco defendido de los vientos.

Desde el palacio real hasta el otro ángulo donde están las Siete-Torres, baña el mar las murallas de la ciudad, cerca de cuyo sitio se ven las ruinas de la antigua Bizancio, cuyos cimientos deshacen los turcos llevándose la piedra para sus obras en Constantinopla, como han hecho de los abrasados de la que fué Troya de Athenas, y de otras ciudades de las primeras de la antigüedad, cuyos sitios están reducidos á bosques.

No tiene más fortalezas Constantinopla para defenderse de sus enemigos que cuatro castillos; los dos guardan el canal que entra por el Mar Negro, y otros dos unen á la parte de Asia, el cual está fundado en un llano cercado de un foso de agua, y el otro en la parte de Europa, al pie de un monte desde el cual se podía batir fácilmente, y éstos guardan la boca del canal que entra por el Mar Blanco. Son muy fuertes y están bien guarnecidos por ser la llave de Constantinopla, de donde distan 190 millas, que hacen 63 leguas.

Las murallas de la ciudad son del tiempo de Constantino, y, aunque por algunas partes arruinadas, existen. Por la parte del Norte hay en ellas doce puertas, que todas miran al mar; por la de Poniente hay siete que miran á tierra; por la de Mediodía hay otras doce, que también dan al mar; y todas, que componen el número de treinta y una, están abiertas de día, con guardas de porteros y genízaros, y de noche se cierran sin más guarda que la de sus porteros.

Por la parte de dentro tiene la ciudad tres frontispicios, que el uno mira á Mediodía, el otro al Norte y el otro un valle, que parte mira al Mediodía y parte al Poniente; pero de ningún lado puede la vista señorear la ciudad, como del

Palacio de Constantino. Hay en medio de ella una altura donde está la calle Mayor, que comienza desde el Palacio Real y sigue hasta la puerta que llaman de Adrianópolis, en cuya calle, por ser sitio eminente, hay muchas mezquitas, que son sus templos, entre las cuales, que sin duda pasarán de trescientas, se hallan algunas muy suntuosas; pero la mayor, más rica y edificada en mejor lugar, es la Solimania, que hizo construir el Sultán Solimán, con intento de aventajarla á la iglesia de Santa Sofía, para lo cual hizo traer columnas antiguas y piedras de gran valor de Athenas, y de otras ciudades famosas, pero ya arruinadas, de Asia, África y Europa. También hizo construir muchas iglesias de cristianos, así en Constantinopla como en otras ciudades de su Imperio, para el mismo fin de engrandecer su fundación con tantos despojos; mas, aunque es muy perfecta, hermosa, alegre y rica, no pudo su estudio y potencia, no sólo aventajar á la iglesia de Santa Sofía, pero ni igualarla con mucho, ni en perfección ni en riqueza, ni en majestad; la mejoró, sí, de sitio, porque está la Solimania en parte más eminente y alegre.

Dentro de la ciudad hay muchas pirámides y columnas del tiempo de Constantino, sobre las cuales hubo estatuas, que después de la entrada del Gran Turco fueron echadas por tierra, dejando en pie sólo las columnas; de éstas, la más particular es de mármol, que está en una plaza llamada Aurathbazar, que es lo mismo que mercado de mujeres, á cuya columna llaman los cristianos la Historial, por estar en ella dibujada una gran victoria que consiguió el Emperador Arcadio, hijo del Gran Teodosio, español, que la hizo fabricar y esculpir, y sobre ella estuvo su estatua; es altísima, y el pedestal que tuvo la estatua está señalado de un rayo. Otra hay que la llaman Columna ferrada, que está en la plaza nombrada Tauchbazar ó mercado de gallinas, cerca de la calle Mayor, es antiquísima y de pórfido, y dicen que estuvieron sobre ella, primero la estatua de Apolo y después la del Emperador Constantino, y últimamente la de Theodosio el mayor, habiendo cada Emperador quitado la de su antecesor, como hizo después el Sultán Acmet; pero éste no puso la

suya, porque los turcos no usan de estatuas ni de imágenes. Las demás están repartidas en las calles de la ciudad, y en la plaza Mayor, que llaman Amayda ó plaza de caballos, donde los turcos suelen correr cañas y celebrar sus fiestas, está una aguja, como la de Roma, que tiene escritos en el pedestal ciertos versos, en los idiomas griego y latino, desde el Imperio de Justiniano; y en la misma plaza hay tres serpientes de bronce, grandísimas, puestas las colas en tierra, cuyos cuerpos torcidos forman juntos un triángulo en alto con las cabezas, las cuales, se dice, hizo un mago, con motivo de que en aquel sitio había muchos animales venenosos antes de la fundación de la ciudad, y que después que puso las serpientes no se vieron más, y en la propia plaza hay otra pirámide altísima, de piedra y cal, hecha con mucho primor.

Hay cuatro serrallos, nombrados los Bisisteri; son fortísimos y tienen sus puertas de hierro, techados de bóveda cubierta de plomo, los cuales tienen sus guardas de noche, y en ellos suele haber muchos caudales en dinero, plata y joyas. Hay serrallos de mercaderías que llaman Caravasará, donde viven todos los mercaderes extranjeros, además de infinidad de tiendas de toda clase que hay por la ciudad, para cuya guarda discurre una ronda cada noche, con lo que están tan seguras, que no hay robo alguno.

En el mismo sitio de los Bisisteri se hace el mercado donde se venden los cristianos y renegados, cosa que mueve á gran compasión ver tanta miserable gente de hombres y mujeres, niños y niñas de todas edades, de los reinos y provincias de Moscovia, Polonia, Georgia, Mingrelia, Circasia y otras; pero no los hay hoy de las partes de Poniente, sino muy raras veces, porque estimándolos mucho, á causa de tenerlos por gente de más valor y de mejor entendimiento, hallan luego dueño. El número de aquellos desgraciados que regularmente está de venta, siempre es grande, pues pasa de mil y quinientos; y algunas veces de dos mil, donde los tienen como bestias. El que los quiere comprar, los hace desnudar para ver si tienen algún defecto, así á hombres como á mujeres, sin reservar parte alguna de su cuerpo. La desgracia mayor es que aquellos muchachos y muchachas

en poder de los turcos, prevarican luego, y siguen fácilmente su secta, la cual guardan después mucho mejor que los mismos naturales. Los hombres ya hechos que reniegan, no hacen lo mismo, y así ni vienen á ser turcos ni cristianos; algunos de estos tristes y desdichados esclavos, cuando ven pasar algún cristiano por aquel mercado, que conocen por el vestido, le tiran de la capa, y llorando, hacen cruces con los dedos, diciendo: «cristiano, cómprame,» que es un dolor el verlos.

Dentro de la ciudad hay varios conductos de aguas traídas en tiempo de los Emperadores cristianos, y también de los turcos, de las cuales se han hecho muchas fuentes en diversas plazas y calles, sin muchos pozos de agua dulce que tienen en la parte más alta, porque en la baja son salobres. En diversas calles hay bastante número de capillas, donde están enterrados algunos Baxaes y Gobernadores, que los turcos llaman Trubé, las cuales tienen su reja á la calle, y dentro está ordinariamente un turco como religioso de su ley, rogando á Dios por aquella alma, y da agua en sufragio de ella á todos los que la piden; y también andan otros por las calles con un cuero lleno de agua, dándola á quien la quiere en una taza de plata, cuyo sufragio dejan algunos turcos por sus almas cuando mueren.

Hay varios ministros de justicia que llaman Cadí, á modo de fieles ó regidores, los cuales visitan muy á menudo pesos y medidas de los mercaderes, á quienes castigan rigurosamente las faltas que hallan, de este modo: le llevan á la plaza, y en medio de ella, le echan en el suelo y le dan cierto número de palos en las plantas de los pies, le confiscan toda la mercadería en que estuvo el fraude, le llevan á la cárcel, donde le tienen un mes ó dos, y, por último, le imponen una multa pecuniaria, por cuyo temor los griegos á nadie engañan en la medida, ó poco, porque los turcos son más justos en esto que ellos. De otro castigo usan tan gracioso para los que lo ven, como pesado para los que lo padecen, y es, que tienen unas tablas de ocho palmos de largo y cinco de ancho, muy gruesas y de gran peso, con unos agujeros cuanto cómodamente puede entrar la cabeza á manera de cepo; todas

llenas de cencerros grandes atados con unas largas cadenas, y luego que amanece, sacan al reo y le ponen una de aquellas tablas encima de los hombros, sacada la cabeza por uno de los agujeros con un sombrero viejo, y así le pasea un genízaro por las calles, y con una vara que lleva en la mano, toca de cuando en cuando los cencerros, á cuyo ruido llega mucha gente, especialmente muchachos; y si quiere pararse para descansar, se lo ha de pagar muy bien al genízaro y alguaciles que van de guarda; de este modo los llevan por toda la ciudad desde la mañana hasta anocheecer, que los vuelven á la cárcel, esto, sacarles el dinero y muchos palos, es para que se acuerden por la primera vez, que si reinciden los azotan, los señalan en la espalda y los destierran.

Las casas son de dos suelos no más, fabricados con mucha madera, y la mayor parte de las de Constantinopla, son bajas, y así cuando sobreviene algún fuego, que es á menudo, se suelen quemar cuarteles enteros, por lo cual los mercaderes tienen en sus casas cuevas con puerta de hierro, en donde, cuando acaece, echan cuanto pueden, y cerrándolas las desamparan.

Los turcos no usan de tapicerías en sus casas; pero sí las adornan con techos dorados de mucho artificio, con pinturas de follajes peregrinos, que llaman *grutaria*. Casi la mitad de esta gran población en que tanto se esmeró el Emperador Constantino su fundador, está destruída y deshabitada por falta de gentes, y de sus ruinas se han hecho jardines, siendo la causa de tanta despoblación, la peste que allí se experimenta, que acaba con gran número de personas, por lo que muchos han fabricado y fabrican casas en el canal del Mar Negro, por estar descubierto al Norte, y por consiguiente menos sujetos á aquel contagio en el verano.

Hubo en Constantinopla una iglesia muy suntuosa, de que se ven las ruinas, cuya grandeza admira, y se cree fué convento de Dominicos, donde se ve aún la pintura de un árbol que contiene los mártires de la Orden. Toda aquella gran máquina está reducida á una pequeña capilla donde celebran los oficios divinos libremente cristianos armenios, y la puerta principal aun existe hacia la parte del Norte, en la

cual hay una devotísima imagen de Nuestra Señora, que aunque de pincel, se conserva desde aquel tiempo y es muy bella y milagrosa. También dura entero el refectorio donde comían los religiosos, cuyas paredes y púlpito son de labor mosaico con imágenes, y varias figuras del Viejo y Nuevo Testamento; tiene de longitud una larga carrera de caballo, de cuyo sitio usan los turcos de oficio sogueros ó cordeleros como de Atarazana para sus maniobras. En esta santa casa se celebró el Concilio Constantinopolitano y hay una cueva debajo de la capilla mencionada, con una fuente de agua de muy buen gusto llamada de los Griegos Ayasma, agua santa, con la cual habiéndose lavado muchos enfermos, dicen que sanaron.

Dentro de Constantinopla, poco más abajo del Imperial Palacio de Constantino, tienen los cristianos una iglesia latina, con una devotísima y milagrosa imagen de Nuestra Señora, es de pincel y llaman de Constantinopla, y otra titulada de San Nicolás, en la que offician latinos y armenios, en diferentes altares, de cuyas iglesias tiene cuidado un Padre Dominico; los rectores mantienen en ellas cuatro casas de católicos, llamados cafiluquis, por ser descendientes de los católicos de Cafá, los cuales viven cerca de las mismas iglesias y acuden al culto divino con mucha puntualidad y devoción.

El temperamento de Constantinopla está en cuarenta y tres grados; es frigidísimo, de modo que desde principios de diciembre hasta fin de marzo está siempre cubierto de nieve, en tanta abundancia, que los árboles no sólo se suelen desgajar, sino que muchos se desarraigan, y si no la quitasen de las casas arruinaría todas las débiles.

La comodidad para vivir es grandísima por lo baratos que van todo género de mantenimientos de tierra y de mar; y así como en la Christiandad conservan el tocino salado, los turcos guardan la carne de ganado vacuno hecha pedazos, y curada al sol, que llaman pastrania (1), y aunque muy seca

(1) Cecina.

tiene buen sabor. Se ven entrar cada día en aquel puerto más de tres mil bajeles cargados de bastimentos y mercancías, que vienen de Alejandría, del Cayro, Tripol, Sayda y Alepo, de la costa de Istria, Natolia y Caramanía, de la de Europa, y en particular de la fértil Thesalónica, que hoy llaman los turcos Salonique, de la isla de Chipre, de Candía, de las islas del Archipiélago, y en fin, de todos los Estados de Príncipes que tienen paz con el turco, como Francia, Inglaterra, Venecia, Ragusa, y también van algunas embarcaciones de Italia, aunque con bandera francesa.

De la boca del canal, que entra por el Mar Blanco, hay á Constantinopla más de sesenta leguas y á la distancia de diez están los castillos ya referidos, de los cuales hasta la ciudad de Galípoli hay otras diez leguas, desde la cuál empieza la anchura del canal, que por algunas partes tendrá veinte, y á otras veinte leguas de Galípoli hay cuatro islas, habitadas de griegos, donde tienen hermosos jardines y muchas viñas, la mayor parte se llama Marmora, porque de ella sacan toda la piedra mármol con que se fabrica en Constantinopla, y tendrá catorce leguas de circuito; otra se llama Marmora menor, que tiene cinco leguas; otra llamada Taujana-da, tiene lo mismo, y la otra se dice Isla de los Moros, que tiene cuatro leguas. Como á veinte leguas de estas islas está la que dicen del Papa, habitada de griegos y de seis leguas de circuito; está hacia Constantinopla, y hay en ella fértiles viñas y amenos jardines, distando de aquella capital trece leguas, llamándola Isla del Papa porque el Emperador Constante, hereje perversísimo á la Iglesia durante su imperio, hizo que los griegos y su Patriarca siguiesen su execrable opinión de negar, con la obediencia al Sumo Pontífice, el ser cabeza de toda la cristiandad, como lo es, y otros errores en que hoy están obstinados; por lo que San Martino, Papa V, convenció al Patriarca Pablo por medio de los legados que envió á Constantinopla, tan eficazmente que, dejada la herejía, se reconcilió con la Iglesia, lo que fué causa de que el pérfido Emperador le desterrase, y á los legados á diferentes islas. Por este desafuero, congregó Su Santidad un Concilio de ciento y cinco Obispos, en que condenó por hereje al cie-

go Emperador que, indignado de esto, envió á Roma á Olimpio, Exarco, para prenderle ó matarle, y estando celebrando misa el Santo Padre en Santa María la Mayor, queriendo entonces un lictor ó macero de la ciudad ejecutar una maldad semejante de orden de Olimpio, obró Dios con él el milagro de dejarlo ciego; pero el Emperador, ni confuso con este prodigio, ni escarmentado de muchas calamidades que sucesivamente experimentó, obstinado más y más, envió á Roma otro hereje su confidente, llamado Teodoro Calliopa, con la misma comisión, el cuál pudo prender al Santo Pontífice con cautela, y le llevó violentamente á Constantinopla, de donde fué desterrado á esta isla, en la que, después de una milagrosa vida, murió, y esta es la causa por que vulgarmente la llaman del Papa los turcos, que los latinos la dicen del Chersoneso: por tradición se sabe en aquella ciudad que, durante el destierro, echó Su Santidad tal maldición al Emperador y nación griega, que á ella se atribuyen las calamidades que han padecido, padecen y padecerán mientras durasen en su obstinación. Su cuerpo fué trasladado á Roma y colocado en la Iglesia de San Silvestre con mucha veneración. Los cristianos que residen en Constantinopla, están en que por mucha leña que se queme de aquella isla, no deja ceniza alguna, y que el pan en solos dos días se corrompe de manera que cría gusanos, tan tremenda cosa es la maldición de un vicario de Jesucristo, sobre atrocidades semejantes. A más de las islas referidas, hay otras muchas por el camino del golfo de Smitri y Nicomedia, que unas están pobladas y otras no; en las habitadas se coge mucho vino y frutas, y en las despobladas hay abundancia de caza.

Por la costa del canal en la parte de la Europa hasta Constantinopla, están situadas algunas ciudades; la primera es Galípoli, en la cual tuvo al principio su silla el Sultán Bayaceto primero, cuando pasó con su ejército por aquel estrecho desde Asia á Europa, que tendrá como 6.000 vecinos, la cuál sirvió también antes de cuartel general á los catalanes y aragoneses, cuando aquella famosa expedición que hicieron contra los turcos, á solicitud del Emperador Andrónico Paleólogo que tan mal se lo pagó; bien que ellos vengaron

á satisfacción sus injurias. Otra es Roderto, que tendrá cerca de 4.000 vecinos; Heráclea, fundada por el Emperador Herácleo, de la cual no existen ya más que los cimientos de las murallas, de lo que se evidencia fué población grandísima; hoy está reducida á un pueblo como de 2.000 vecinos, que los turcos dicen Amirali, porque se llamaba así el que le fundó; tiene un buen puerto, que dista de Constantinopla veinte leguas. Otra escala hay en la antigua ciudad de Silibria, que tendrá como 3.000 vecinos y dista de Constantinopla diez y seis leguas. En la ribera del mismo canal por la parte de Asia hay una sola escala, que es la ciudad de Palurmo, donde se cargan muchas mercaderías que vienen de Asia, como son preciosos vinos, trigo, lana, cueros y otras cosas.

Por el canal que entra del Mar Negro, la proveen de leña, carbón, trigo y vino de Travisonda; hay poca fruta en esta ciudad, pero la llevan de la mar mucho pescado fresco y salado, y cierto manjar hecho de huevos de un pescado que llaman cavial, y sobre todo se llevan muchos esclavos cristianos que van á comprar los mercaderes turcos para revenderlos en esta ciudad en que logran mucha ganancia.

Por la parte de Asia suelen venir á Constantinopla muchas recuas de á 1.000 y 2.000 camellos, á las cuales llaman caravanas, como es de Siria, Arabia, Babilonia, Diabequir, de la antigua y grande ciudad que fué de Damasco, reducida ya á una miserable aldea, y de Persia, cuando tiene paz con el turco, de donde llevan ricas mercaderías de oro, plata, seda, y de Babilonia caballos muy hermosos y bien hechos.

De la parte de Europa, cuando el Emperador de Alemania tiene treguas con el turco, envía un Embajador á Constantinopla, y cuando se vuelve deja un agente en su lugar, y cada año se hacen dos remesas de efectos de aquellos Estados imperiales, de muchos carros con ricas mercaderías que vuelven cargados de las de Constantinopla. En Polonia se hace lo mismo, también contrata Moscovia, Venecia y Ragusa, cuya pequeña República es tributaria á la Puerta Otomana y envía cada año dos embajadores que llevan 10.000 ducados, que es el tributo que paga. Concurren además á la corte del Gran Turco otros embajadores de Príncipes cristia-

nos del rito griego, como son de Valaquia, Moldavia, Georgia, Mingrelia, Roxia y Circasia; y también de otros potentados mahometanos, con ocasión de cuyos embajadores, de tantos Reyes, Príncipes y Repúblicas hay correspondencia y trato en Constantinopla con todo el mundo, y se encuentra en aquella ciudad gente de todas naciones vestidos á su uso, y se oye hablar en todos ó la mayor parte de idiomas.

CAPÍTULO TERCERO

QUE TRATA DEL PALACIO REAL.

El palacio real está guarnecido de fuertes, altos y torreados muros, en que hay guardas de noche, que continuamente se están llamando y respondiendo los unos á los otros, para mostrar vigilancia; tienen de circuito dos leguas con ocho puertas, que las cuatro miran á la marina y las otras cuatro á tierra. Se halla situado en uno de los ángulos ya dichos de la ciudad, que mira hacia la antigua Calcedonia, donde se celebró el Concilio Calcedonense, después de cuya destrucción, ocupa aquel lugar una corta aldea. Por la parte de mar y al pie de los muros, hay una gran corriente de agua con flujo y reflujo, tan copioso que muchas veces no pueden entrar las galeras; tienen cincuenta piezas de artillería de bronce, que guardan el mar por la parte de afuera, bien montadas y bien dispuestas, sin contar otros doscientos cañones que están en el suelo, y además hay sobre las murallas quince piezas más pequeñas, cuya artillería defiende el paso del canal, que por allí sólo tiene de ancho media legua, de modo que cuando se dispara entran las balas á la misma Asia. La mayor de las ocho puertas está hacia la parte de Poniente, mirando á la iglesia de Santa Sofía, de que se hablará; entrando por ella se encuentra á la derecha un hospital para todos los enfermos de palacio, de cualquiera clase y calidad que sean, que los turcos llaman Timarina, el cuál está guardado y gobernado por eunucos blancos. A la izquierda se encuentra la iglesia antigua de San Jorge, dentro de la

cuál están las armas del turco, y más adelante está la segunda puerta, donde se apean los que acuden al consejo, donde hay una calle muy ancha y larga; á la parte de Tramontana hay otra puerta por la cuál entra y sale la Gran Sultana y todas las damas y criadas suyas que la asisten y acompañan en el Serrallo. Entrando por la segunda puerta hay un jardín cuadrado y espacioso con muchos árboles y un parque en que se hallan algunos venados, y á la derecha hay una gran plaza cubierta, donde suele estar la guardia de genízaros, que come allí los días de Consejo, porque en los otros días quedan de guardia en la primera, como en la segunda puerta, doce porteros que ellos dicen Capigis. Por la parte de Mediodía están las cocinas reales y de la familia de palacio, pero no de las mujeres, porque las tienen aparte. Es tanta la multitud de consejeros, genízaros y oficiales que los días de Consejo comen en palacio, que se necesitan cuatrocientos y noventa cocineros, número increíble si no se viera y experimentara, y de ordinario se ocupan setenta que sirven por semanas; se necesita tanta gente, porque el Gran Turco acostumbra dar guisadas todas cuantas raciones se suministran en su palacio y fuera de él, que son en gran número, y si los embajadores de Príncipes cristianos quieren quedarse á comer en tales días, pueden, porque hay orden para que se les dé plato, pero nunca lo hacen. Corresponde á aquella puerta la que se llama tercera de la casa real, la que guardan eunucos blancos, y por ella no puede entrar persona alguna que no sea de la familia real, aunque sea el Visir, que es el primer Ministro. Por fuera de esta puerta, á la parte de Mediodía, en un rincón, hay un aposento pequeño donde los criados del Rey hablan con sus amigos, esto por gran favor de los eunucos, sus superiores; y hacia la de Tramontana está el Consejo Real que ellos llaman Diván, donde para pasear el Rey hay un corredor cubierto, y desde un retrete oye todo lo que en él se trata sin responder por entonces á cosa alguna; pero después del Consejo, cuando no le acomodan algunas cosas, hace llamar al Visir y le previene de lo que se ha de hacer.

La casa real tiene tres fachadas; la una mira á Levante,

donde vive el Rey con sus hijos y el hermano que después de su muerte debe reinar, si no le matan antes los genízaros, como lo acostumbran en sus alborotos; y también viven los izolanos que le sirven, con toda la caterva de eunucos, mudos, enanos, corcobados y truanes. Los otros criados, como son: porteros, cocineros, jardineros y otros, quedan fuera de esta casa en otros apartamientos muy grandes. La otra fachada mira al Norte, donde vive la gran Sultana con su familia, y separado de su cuarto está el serrallo de las doncellas que el Rey reserva. Y la tercera que está al Mediodía la habitan los izolanos, criados del Rey, los eunucos, sus maestros y gobernadores y otros que le sirven, como adelante se dirá.

Al palacio referido le rodea un jardín que tendrá de ancho un tercio de legua, y de largo la distancia dicha de su misma muralla. Está tan poblado de cipreses y otros árboles de diferentes géneros, que parece un bosque, á cuyas calles bien delineadas da sombra su espesura, de modo que las cubre enteramente. Tiene mucha fruta, abundancia de toda especie de flores y varias fuentes de rico mármol y otras piedras, una de las cuales está al pie de una altísima columna, también de mármol, en que hay dibujadas algunas historias. Cuando sale á pasearse el Gran Turco por este jardín, va siempre á caballo sin que le acompañe otra gente que los mudos, enanos, corcobados y truanes ya dichos, que todos le van festejando, y cada jardinero, avisados de su venida, cogen de las frutas y flores de su jardín, y en unas cestas lo ponen por donde el Rey ha de pasar, y se esconden, gozando de aquellos presentes los que le acompañan, y á veces manda poner dinero en las cestas para los que las ofrecen. Cuando llega á algún estanque donde hay pesca, se echan en él los truanes, unos vestidos y otros desnudos para divertirle y entretenerle, y en ciertos parajes tienen prevenidos jabalíes encerrados, y apeándose en cierto sitio eminente les tira con flechas que halla ya dispuestas con sus arcos, y en matando cuatro ó seis, los manda dar á los cristianos que sirven ordinariamente de barrer en las fábricas y otros trabajos de palacio, porque los turcos no los pueden comer.

CAPITULO CUARTO.

DE LAS COSTUMBRES DEL GRAN TURCO, SU PODER ABSOLUTO
EN LOS VASALLOS, Y DE LOS TÍTULOS ARROGANTES
DE SU IMPERIO.

Para que se vea la vanidad, soberbia y superstición de títulos de que usa en sus provisiones, me ha parecido ponerlos aquí, y son: «Yo que soy por la infinita gracia del Justo, Grande y Omnipotente Criador, por la obediencia de milagros de los mayores de mi Profeta, Emperador de Emperadores, dador de las Coronas y mayor Príncipe que hay sobre la tierra, servidor de Dios sacratísimo y señor de los augustísimos lugares sobre todas las ciudades del Imperio que son Meca y Almedina, Protector y Ministro de la Santa Jerusalem, señor de la mayor parte de Europa, Asia y África, de Grecia, de Natolia y Caramania, etc., etc.» se omite una larga narración como la antecedente por no molestar.

El Turco se hace llamar Gran Señor, por los muchos y grandes Estados que posee en las tres partes del mundo referidas, en los cuales no hay Príncipe, Duque, Conde, Marqués ni Barón, sino que todos son sus súbditos, á modo de esclavos, y le tienen tan grande respeto y obediencia como á Dios, siendo señor de vidas y haciendas; y aunque sus Virreyes y Gobernadores principales, que ellos llaman Baxaes, les hagan los mayores agravios, callan y sufren; pero, sin embargo de esto, no hay Soberano que experimente más rebeliones de aquellos Baxaes, ni Estado en que hayan muerto violentamente más que en éste.

No asiste en su palacio real de Constantinopla, sino cuatro meses al año, que es el invierno, porque tiene unas doce casas de recreación, así en la ribera del canal del Mar Negro, como dentro de tierra, á la parte de Europa y Asia, donde hay muchos jardines, viñas y bosques con infinita

caza, que la guardan, sus criados, llamados Azamoglanos, que andan siempre armados, y sus capitanes son genízaros, que continuamente van á caballo, y hay pena de la vida á los que cacen diez leguas en contorno de Constantinopla.

La conversación del Gran Turco es únicamente con los enanos y demás truhanes de palacio. Todos se dan á entender por señas, de lo cual se hace particular profesión y no gusta de otro trato (1) y el de las mujeres. Cuando el jardinero mayor y el capitán de palacio quieren hablarle, pueden, como gente distinguida en el favor; pero los otros eunucos y criados, cuando tienen que hacerlo, lo esperan por donde ha de pasar, y entonces, arrodillándose y dando una palmada para llamar la atención del Rey, presentan su memorial y manda á uno de aquellos truhanes que lo tome, pues, como va dicho, siempre le acompañan para divertirle, y luego lo decreta como le parece.

La mesa en que come es redonda y de plata, y como de un palmo de alta, pero grande, la cual cubren no de manteles, sino de un cuero colorado, que llaman Sufrá, redondo como la mesa, la cual se rodea con seis tohallas delgadas, y cada vez que el Rey muda plato se le da servilleta limpia. Antes que entre en la sala de comer le perfuman mucho, luego se le presentan delante cinco criados de rodillas, el uno tiene en la mano un agua-manil de oro, hueco y agujereado, para que lavándose, el agua que cae desaparezca y se esconda luego; otro está con un vaso, también de oro, con agua; otros dos tienen una tohalla delante para que ni una gota caiga en los vestidos, y el otro le da otra para enjugarse las manos. Sentado en la mesa en una almohada, porque los turcos no gastan sillas ni taburetes, el mayordomo mayor, antes de poner los platos en ella, los prueba todos á vista del Rey, para que éste coma las viandas con toda seguridad y confianza; siempre lo ejecuta solo, por no ser costumbre que le acompañe ni la Sultana ni los hijos; pero algunas ve-

(1) Parece excusado advertir al lector que hoy las costumbres constantinopolitanas han variado grandemente en todos sentidos, por las relaciones del Imperio turco con los demás pueblos de Europa.

ces, cuando come en público, suelen hallarse presentes muchos personajes, entre ellos el Musti, que es como Obispo ó Ministro de la ley, el Visir, varios Baxaes, Embajadores y Ministros principales de palacio, todos están en pie, arrimados á una pared hasta que acaba de comer; alguna vez suele hacer ciertas expresiones á unos ú otros de los circunstantes, que lo estiman en gran manera, y lo llevan en el pañuelo para comerlo en casa. Es ley entre los turcos que no pueden comer con plata; pero, sin embargo, el Rey se sirve de vajilla de este metal, y entre otras piezas le sirven, con unas fuentes muy grandes, que llaman zaganes ó tapocines, con pie redondo, un palmo de alto, á modo de salvilla, y sus cubiertas para conservar el calor de la vianda, y también hay platos de barro finos para las ensaladas, dorados y pintados con primor; pero usa precisamente de cucharas de madera, como sus vasallos. Los Báxaes y gente principal se sirven de unos platos de cierto hierro naturalmente blanco, de cobre ó de bronce, estañados, de la misma hechura que los de el Rey. La mesa de éste se sirve con cuarenta mancebos, criados de la cámara real, de quienes se hablará en el capítulo de los izolanos, los cuales comen de la vianda que de ella se levanta, y también los eunucos y truhanes. Acabada la comida, el Rey se lava las manos con las ceremonias dichas, y luego vienen ciertos criados que cada uno tiene su particular oficio; el que le hace la barba acude el primero con su peine, y se la compone; otro con un espejo para mirarse; otro con agua de olor, y el último con una perfumadera de oro agujereada, con que le perfuma la barba, y hecho esto se levanta.

El Gran Turco no bebe vino, en observancia de su ley, aunque ha habido algunos que se embriagaban muy bien; pero le componen ciertas bebidas llamadas sorbetes, con ácidos, azúcar, miel y de otras varias maneras. Lo suele hacer en una porcelana, servida en una salvilla grande de lo mismo, sobre la cuál va siempre un pedazo de unicornio, que el mismo Rey mete antes en la bebida, recelando alguna traición. Este oficio de gentil-hombre de la copa, le sirve uno de los cuarenta ya dichos, que llaman el Mataragibaxi, quien cuida de la bebida destinada al Rey en unos frascos

de plata con dos bocas cerradas con llave, que él guarda.

Cuando los hijos varones del Gran Turco llegan á la edad de doce años, particularmente los sucesores, los envían á la ciudad de Bursa, que está en la Asia, sesenta leguas de Constantinopla, donde hay un majestuoso y fortísimo serrallo, donde los tienen reclusos hasta que muere el poseedor: luego que el que ha de suceder llega á edad de diez y ocho años, se le envían hermosas doncellas para que tenga sucesión, como se verificó con el Sultán Mahomet, que al tiempo que heredó el Imperio, entró en Constantinopla con cuatro hijos varones; pero suele haber la desgracia lastimosa de que si el Rey que muere deja hijos, el sucesor, por razón de Estado, los hace cruelmente degollar, sin embargo de ser sus hermanos, recelándose el que haya alguno que se rebele y alce con el Imperio, porque, á la verdad, es gente de poca fe.

Siempre que sale á caballo, lleva doscientos archeros que ellos llaman Sulach, armados con arcos y flechas y cimitarras en la cinta, los cuales usan unos penachos muy altos en la cabeza: lleva delante doce caballos ricamente enjaezados, con sus sillas guarnecidas de oro y plata, y las guarniciones llenas de joyas y perlas preciosas, cada uno con su escudo y maza real sobre la silla, conducidos del diestro por palafreneros que van á caballo.

Es precisa obligación del Gran Turco, establecida por ley, dejarse ver al pueblo una vez á la semana, ó en la mar ó en la tierra, y cuando lo hace en viernes, que es su día festivo de precepto, así como los cristianos el domingo, va á hacer el zalá, que es su oración, ya á una mezquita, ya á otra, y todos al tiempo de pasar por las calles, puesta, la mano en el pecho, se humillan y dan un grito en señal de reverencia.

Por ser cosa particular lo que se va á decir, se hace capítulo de ello. El Gran Turco pasado tuvo un hermano, que siempre permaneció en prisión; hombre eminente en saber su ley, y lo mismo en guardarla. El Rey intentó muchas veces matarle, pues como va dicho, por su ley y por razón de Estado, usan de esta crueldad cuando quedan hijos varones: estando, pues, preso los años pasados dentro del propio pa-

lacio, fueron una mañana un secretario y el jardinero mayor á quitarle la vida de orden del Rey, pero hallaron la cárcel cerrada, y á su hermano llamado Mustafá, paseándose por un jardín, al cual volvieron á la prisión; de lo que se admiró el Sultán cuando lo supo, y pareciéndole cosa de milagro, revocó la orden que había dado de muerte, aunque le dejó estar preso. Aconsejado de nuevo el Musti, determinó otra vez que le matasen; pero en aquella misma noche se le apareció en sueños un hombre armado con una lanza en la mano amenazándole, y por este temor, volvió á dejar con vida al hermano. Instó por tercera vez el Musti, y los de su Consejo, asegurándole que la vida de su hermano había de causar su muerte y la destrucción del Imperio, con lo que se resolvió el Rey á matarle él mismo; pero queriéndole tirar una flecha estando paseándose en el jardín de su reclusión, fué tal el temblor que le sobrevino, que se le cayó el arco de las manos, con lo que quedó de nuevo admirado, pues parecía que Dios, por sus altos y secretos juicios, quería conservar la vida á este Príncipe, aunque mahometano. Dicen que era tan humilde, que enviándole el Rey, su hermano, vestido de brocado finísimo y otros ricos dones, ofreciéndole al mismo tiempo mujeres, decía que para él sobraba un vestido ordinario y un pedazo de pan para pasar el resto de su vida, mientras Dios y el Rey fuesen servidos de conservársela entre aquellas cuatro paredes, lo que fué causa para que el Gran Turco le dejase vivir, haciendo que de su mesa se le sirviese la comida con toda puntualidad.

El Sultán Amath, padre del actual, tuvo muchos hijos de uno y otro sexo, pero sólo se veían cuatro, dos varones y dos hembras, de los cuales el primero reina hoy, que es el Sultán Osmán, de diez y seis años; el otro tiene poco menos tiempo, y es de otra madre. De las dos hembras, la mayor casó con Mahamet Baxá, entonces primer Visir y Capitán general del ejército contra Persia, á quien, aunque ya casado, no permitió el Gran Turco que continuase el matrimonio á causa de tener que ir á la guerra; y á la menor casó, aunque no tenía más que siete años, con Nasuf Baxá, primer Visir, que después hizo matar.

CAPÍTULO QUINTO.

DE LA GRAN SULTANA Y MUJERES DE PALACIO.

La Gran Sultana actual, que es Reina madre, se llama Fátima; tiene su cuarto en palacio, con varias damas y criadas para su servicio; fué en extremo querida del gran Sultán Amath, bien que sus méritos han sido y son grandes, al que se agrega el ser enemigo del vicio nefando, al contrario de sus predecesores, tanto que hizo quemar vivos tres criados de palacio por este pecado. La Gran Sultana, además de ser muy atendida y regalada del Rey y de toda la corte con muy grandes dones, tiene muchas riquezas en la tierra y galeones en la mar, que navegan por los mares de Egipto.

Tiene el Gran Turco en palacio un serrallo en que habrá 200 doncellas, de las cuales elige la que quiere, y aquella con quien trata no vuelve más á este serrallo, sino á otro que llaman Esqui, que es lo mismo que Serrallo viejo, en el cual viven las mujeres de que ya ha gozado, con las hijas, hermanas y tías de los Sultanes, que no se han casado, y compondrán el número de 300. Tiene además otros serrallos de doncellas en la misma ciudad, que visita algunas veces, escogiendo como en los demás.

Cuando el Gran Turco quiere gozar una de aquellas doncellas, hace llamar al eunuco principal de la guarda de aquel serrallo donde ha de elegir, para darle la orden, quien la participa á las doncellas, que la reciben con mucha alegría, para lo cual se adornan y componen con cuantas galas y joyas tienen; cuando llega el Gran Turco salen á una sala muy espaciosa cerca de la puerta por donde ha de entrar, que lo hace con un lienzo en la mano, al cual va atada una manzanita de oro en una de sus puntas; luego le hacen lugar para que pase por medio de ellas y todas le reverencian profundamente, y él después de haberlas visto y festejado á todas, al

salirecha el lienzo con la manzanita de oro (que hasta entonces le ha servido como de juguete) á la que ha escogido, la cual le toma con el mayor alborozo, le besa, y pone sobre su cabeza, y hecho esto se va el Rey. Los eunucos le acompañan hasta la puerta, después vuelven y adornan la doncella elegida con una vestidura de brocado especialísimo que ellos llaman Giamerluc, sembrado de ricas joyas de arriba abajo, sin que la dama pueda ver dónde va: de esta forma la llevan al baño, donde están las mujeres que sirven de esto, pues cada serrallo tiene su baño separado, y luego la conducen, á la hora que ya saben, adonde el Rey está acostado; dos eunucos la introducen hasta la cámara real y la hacen acostar en un colchón al lado de la cama del Rey. Hecho esto, se quedan ellos de guarda en la cámara; el Rey tiene una varilla muy larga en su cabecera, con la cual hace seña á la doncella para que pase á su cama: ella, que ya está advertida de lo que ha de ejecutar, se levanta inmediatamente, va á la cama del Rey por los pies, y descubriéndoselos, se los besa en señal de ser su esclava, como todas lo son, y de ellas nacen los hijos de los Sultanes: después por aquella misma parte se mete con el Rey en la cama, que es muy baja y ancha, donde permanece lo que él gusta, y levantada y vestida la llevan, no al serrallo de donde la sacaron, sino al otro de que ya se ha hablado, en que viven las que ya ha gozado el Rey, de las cuales suele casar algunas con Bajaes, dándoles en dote algún gobierno ó cargo de los primeros, que ellos tienen á gran dicha; pero las que de éstas tienen hijos del Rey, nunca se casan y toda la vida están en reclusión.

A las doncellas referidas se las cuida y gobierna con mucho rigor por mujeres viejas, y cada una tiene su sueldo bastante limitado, sin el plato, que se les suministra de palacio; pero las que el Rey ha gozado, tienen algo más de sueldo y doble plato.

Los que celan y guardan, así á la Gran Sultana como á las demás mujeres del Rey, son los eunucos negros, que al mayor llaman Casiler Aghasi, que es lo mismo que guarda fiel del Rey, quien habla con él diariamente y es su privado. Advirtiéndose, que sin embargo de la separación con que vi-

ven y del gran gobierno que se tiene con ellas, están continuamente llenas de celos y envidias, y tienen mil disensiones.

CAPÍTULO SEXTO.

DE LOS IZOLANOS Y DEMÁS FAMILIA DE PALACIO.

El Gran Turco tiene en su palacio cuatro casas de muchachos renegados, se entiende ó persuadidos moleestamente ó por fuerza, hijos todos de cristianos, unos cautivos y otros dezmadados de los griegos, á quienes llaman izolanos, que quiere decir: niños de alma. La una se llama Asudá, que es gran casa, en que viven más de mil y doscientos. Otra, Cuchuchudá, que es lo mismo que casa pequeña, en que viven ochocientos. Otra se llama Quiler, que quiere decir despensa, en que viven cuatrocientos, que sirven por semana en el aparador del Rey, y manejan y cuidan todo aquello respectivo á la comida y bebida. Y la cuarta casa se dice Buyuchodá, que quiere decir suprema, que es la cámara real, donde no hay más que cuarenta mancebos, los más nobles y de mejor presencia, que son aquellos de que ya se ha hablado que sirven la mesa del Rey, algunos de los cuales tienen oficio: el primero es Silitaragha, que ciñe la espada al Rey: el segundo es Riquiaptaragha, que le viste: el tercero es Zioyadaragha, que le tiene el estribo para montar, y el cuarto es Turbantabani, que le hace el turbante. Otro hay que le corta las uñas; otro que tiene cuidado de las aves de cetrería; otro que le hace la barba y compone el pelo; otro que le limpia las chinelas, y otros mancebos de estos hay con diferentes oficios de la casa real; pero los cuatro primeros acuden siempre y están delante del Rey de noche y día, cuidando de su persona.

Tiene otros tres serrallos fuera de palacio; el uno está en las viñas de Pera, que llaman Serrallo de Galatá, donde hay escuelas para enseñar á leer, escribir y contar, y todo lo con-

cerniente á la ley, en el cual habrá como seiscientos. Otro serrallo está en Scutaret, población grande del Asia, donde habrá doscientos. Y el otro en la misma ciudad de Constantinopla, en la plaza de Almaidan ya dicha, donde habrá unos ciento y ochenta mancebos.

A los Izolanos de palacio suelen castigarlos mucho por muy cortos motivos; pero á los que viven fuera es aún con más exceso, pues les suelen dar á doscientos y á trescientos palos cada vez en las plantas de los pies, tratándolos con más crueldad que á esclavos, por lo que, y por ser hijos de cristianos, y haberles hecho renegar contra su voluntad, se huirían si pudieran.

Estas casas que tiene el Gran Turco corresponden á los seminarios de los cristianos, en las cuales dirigen á aquellos mancebos, según su inclinación, y son fundaciones que hicieron los antiguos Sultanes, ordenando á sus sucesores en el Imperio el seguir con ellas, so pena de grandes maldiciones al que no lo observe con puntualidad.

De seis en seis años suelen salir de estas casas muchos mancebos que luego reemplazan con otros. Los de la cámara real, no pueden salir para menos que Presidente del Consejo, Capitán general de los ejércitos, General de la mar, y otros cargos iguales á los dichos; pero á los otros se les dan empleos mucho menores. Desde el primer día que entran en los serrallos dichos se les señala su sueldo ó salario, sin la comida ordinaria y vestido que el Rey les da: cuando reciben la paga la entregan á su superior, que llaman Agha, quien guarda las de todos bajo de llave, y cuando alguno de ellos tiene necesidad de dinero se le da, si la petición le parece justa, y el resto sirve para cuando han de salir fuera del serrallo, que lo hagan con alguna comodidad.

Sus superiores, gobernadores y maestros, que como va dicho, ellos llaman Agha, son eunucos blancos, y al mayor, que llaman Capi-Aghá, tienen suma reverencia, y también á los demás maestros y oficiales que les gobiernan. Había entre éstos un eunuco renegado napolitano, enemigo cruel de los cristianos; tenía madre y un hermano, que pudo conseguir fuesen á verle á Constantinopla, y luego que allí los

tuvo, empezó á persuadir al hermano que renegase, ó que le diese uno de sus hijos para hacerle turco; el hermano se resistió con constancia y se volvió á su tierra; mas á la miserable madre, con engaño y fuerza, la hizo renegar; bien que ella interiormente era verdadera cristiana católica.

Hay en el real palacio tres eunucos graves de los blancos: el primero es cabeza de los demás; el segundo es tesorero, que llaman Asinadar-baxí; el tercero tiene cuenta de las obras de arquitectura que se hacen en el mismo palacio y serrallos de fuera, que pertenecen al Gran Turco, y éste se llama Aghassí. Cuando muere el primero entra en su lugar el segundo, en lugar de éste el tercero, y para este empleo, se crea uno nuevo, que siempre es el más antiguo de los otros eunucos.

El jardinero mayor, que llaman Bostangibaxi, es la persona de quien más se fía el Rey, y á quien revela sus secretos, por lo cual siempre le sigue, y es como su secretario; y cuando sale á divertirse y entretenerse al mar, es quien gobierna el timón de la galera. También es capitán de una compañía principal de caballeros distinguidos, que llaman Espahi, la cual lleva por insignia unas banderillas naranjadas, y en ellas unas coronas pintadas, por cuyo cargo le da el Rey algunos pueblos y tierras en el país de Alepo, que le rentan doce mil escudos al año: están á su cuidado todos los jardines, huertas y viñas del Rey; es alcaide de ellas; goza de las frutas que quiere; provee de ellas el palacio real y los otros serrallos, y las demás las hace vender en las plazas públicas de la ciudad, lo cual le renta al Rey cerca de treinta mil cequíes de oro (1).

Toda la corte, los del Consejo y Ministros reales temen á este personaje, y así le hacen mucho agasajo y acatamiento; y los embajadores de los Príncipes cristianos también le envían presentes, porque cuando el Consejo, el Visir ú otro Ministro de la Puerta les hace algún agravio, piden por su medio la satisfacción.

(1) Los cequíes eran moneda de Venecia y cada uno valía 44 reales de vellón.

La familia del palacio del Gran Turco es numerosísima, pues dicen llegará á 12.000 personas, en que se incluyen las mujeres y los izolanos, que de todos se ha hecho mención; y que la nieve que se gasta diariamente para enfriar las bebidas en verano llega á 450 cargas, así en el palacio principal como en los otros serrallos, la cual no se compra, porque todos los años á su tiempo hace salir fuera de la ciudad varios días, todos los cautivos de dos en dos en largas cadenas con muchos turcos y Baxaes que van á caballo, unos para dirigirlos y gobernarlos y otros por pura diversión, y llenan unos grandes pozos que hay preparados para ello, y esta nieve después de provisto el palacio y serrallos se vende.

Por la copia,

• JULIO DE SIGÜENZA.

(Se continuará.)





DIARIO PRIVADO

POLÍTICO-MILITAR

DEL ALMIRANTE C. DE PERSANO

EN LA CAMPAÑA NAVAL DE LOS AÑOS DE 1860 Y 1861.

Continuación (I).

15. El *Ichnusa* me trae de Cagliari una carta de Médici, fecha de ayer, en que me dice:

«Ilmo. Sr.:

Tenemos una segunda expedición en ayuda de la Sicilia, ó en ayuda, digámoslo claro, de Italia.

Vase á reforzar á Garibaldi, que combate por el honor y la salvación del país, y cuando se conducen voluntarios como aquellos que corren á tomar parte en las batallas de la heroica Sicilia, es grande la responsabilidad, ora por lo que atañe al buen término de la expedición, ora por lo que mira al conjunto de tanto entusiasmo, de tanta virtud y de tanto sacrificio.

Y como se halla V. S. en un punto de mi viaje, tan próximo ya á su fin, deseo encomendar más que nunca la flotilla, que trasporta un número considerable de selecta juventud, al patriotismo y á los sentimientos elevados de V. S.

Reputo que es un deber mío, Sr. Almirante, el comunicar-

(I) Véase la pág. 5 de este tomo.

le el proyecto de viaje de la expedición de aquí á Sicilia, añadiendo la súplica de que se sirva patrocinarle con interés.

Confío que podrá V. S. favorecer la causa de la expedición, que es la causa de la patria común, dándonos por medio de un vapor de la marina real las noticias que juzgue más del caso. Si puede hacerlo, querrá hacerlo seguramente, y yo debo darle las gracias en nombre del país.

Permítame, Almirante, que en momentos solemnes como estos, en los cuales la sinceridad habitual rebosa del alma con mayor prepotencia, le manifieste yo los sentimientos de la más leal adhesión y estimación mas sincera.

De V. S. I.—MÉDICI» (1).

He aquí ahora el proyecto de viaje, según está escrito:

«La flotilla, compuesta de los vapores *Washington*, *Franklin*, *Oregón*, *Utile* y de un clipper de vela con 3.500 hombres á bordo, 8.000 fusiles y 400.000 cartuchos, partirá el día 16 del corriente á las once antimeridianas, de Cagliari para Marsala, siempre que no reciba antes aviso de poder enca minarse derechamente á Palermo.—Se dirigirá por Levante 15° á Mediodía, remolcándose un buque á otro, con la esperanza de encontrar algún buque de la marina real de la división del Almirante Persano á tramontana del mar, que la instruya sobre lo que ha de hacerse.—En otro caso, continuará hacia Marsala.»

(1) Así me escribía Médici en el año de 1860; y ya dije cómo le recibí cuando me visitó en la *María Adelaida*, que enarbolaba mi bandera de mando. Pues bien, en el de 1868 ó 1869 (la época fija no hace al caso, sino el hecho) habiendo yo menester algunos diarios de Palermo concernientes á la visita que hizo allí el Rey Víctor Manuel II el año de 1861, dirigíme á él, que estaba allí de prefecto, rogándole que me los proporcionara. Pero los tiempos no eran ya los mismos para mí; ya no era yo Almirante, ni me hallaba en influyente situación, por lo cual no tan sólo no fué atendido mi ruego, sino que no se me dió siquiera noticia de haber sido recibida mi carta. Tal vez se extraviaría..... así quiero pensarlo. De todos modos, tales procederes han tenido no pocas excepciones, y yo, tal vez más que ningún otro, puedo dar testimonio de ello. Lo que me duele en el alma, es no poder nombrar aquí, entre los muchos con quienes me he encontrado después de 1866, á un alto personaje, que jamás amenguó la benevolencia, con que antes me trataba. Con nombrarle, podría tal vez darle ocasión á alguno para pensar que esto lo hacía vanagloriándome de ello. Pero si callo el nombre ilustre, no callo ciertamente la gratitud viva é inalterable que en lo íntimo de mi corazón conservo.

La partida de Médici de Cagliari hoy mismo me resuelve á hacer señal sin más al *Carlos Alberto* y á la *Gulnara* para que estén prontos á mover de estas aguas al primer aviso, y á sus comandantes para que vengan á bordo á recibir las instrucciones concernientes á la misión que deben llenar.

Le anuncio entretanto al General Garibaldi esta resolución mía y la orden que se dará á los buques de la marina real para que escolten la expedición Médici hasta ponerla á salvo, aun á costa de llegar á partidos extremos, si el caso lo exigiere.

El General me responde con la siguiente carta autógrafa:

«Almirante:

Me habéis dado en verdad una cara noticia, y os atestiguo mi más viva gratitud. Bajo vuestra poderosa égida vivo tranquilo. También yo creo como vos que será mejor que la flotilla venga directamente aquí. Le indico, pues, á Médici, que entre desde luego en el pequeño puerto, donde se le esperará.

Con afecto—J. GARIBALDI.»

Es media noche: me traen de tierra otra carta autógrafa del General dictador, para decirme que Médici partirá de Cagliari, más probablemente mañana que hoy, y me envía, para mejor explicación, cuanto éste le ha escrito al intento.—Respondo que está bien, y que me constituyo en fiador de la llegada de la expedición á salvo.

Bien pensadas las cosas, paréceme que el desembarco de brillantes refuerzos para el General Garibaldi, propiamente bajo tiro de cañón de los buques de guerra napolitanos, que hállanse aquí para tomar á bordo la guarnición borbónica y trasportarla fuera de estas aguas, en cumplimiento de la capitulación hecha, es ponernos en un conflicto ingrato, el cual podría en cierto modo ocasionar aún embarazos á las diversas naciones que tienen buques de guerra en este surtidor.

Le comunico al Dictador tales reflexiones, y dígole que en virtud de ellas juzgaría yo cosa más oportuna hacer abordar la expedición en el golfo de Castellamare, poco distante de Palermo, y que no habiendo inconveniente de su parte, señalaría tal punto al *Carlos Alberto* y á la *Gulnara*, destinados á escoltarla.

El Dictador me responde que halla justo cuanto le escribo, y que dispondrá que Médici sea esperado en aquel golfo.

No pierdo instante, y les hago señal al *Carlos Alberto* y á la *Gulnara* de zarpar y tomar rumbo conforme á sus instrucciones.—Obedecen.

Hace un momento que el coronel Bixio ha dejado la *María Adelaída*. Ha venido á entregarme una carta autógrafa del General Garibaldi, en la que me recomienda que tenga la bondad de hacerle conocer al coronel dador el punto establecido para abordar la expedición Médici, á fin de que pueda encontrarse en tal sitio cuando llegue. Me apresuro, pues, á indicárselo sobre el mapa; y después de un poco de charla sobre la política del día, entramos á discurrir acerca de marina, en lo cual Bixio es inteligentísimo. Habiendo visitado juntos la *María Adelaída* y encomiándole sus buenas cualidades como buque navegante, hícele observar sus defectos como buque de guerra, que son: Las cañoneras de disparo dispuestas por manera que los cañones que se colocan sobre ellas (corriendo sobre la estela del buque perseguido) no pueden reducirse á puntería sino después de haber desviado la derrota 20 grados á lo menos, y además se encuentran de tal modo embarazados en el retroceso, que la operación de la carga resulta larguísima; los árboles mayores plantados de tal suerte, que corresponden exactamente á la abertura de las cañoneras laterales de la batería: los apoyos de los puentes (1) que rigen los cañones, dispuestos al acaso y sin corresponder como deberían á las ruedas de las cureñas, que están encima; carencia de *barra de reserva* para el timón (2); y finalmente, gran dificultad de establecer paranques en la *ribolla* (3) en caso de rotura del *frenillo* (4). En todo lo cual demostró tomar el mayor interés, sin ocultar su sorpresa por tales imperfecciones. Era la primera

(1) Gruesas vigas cuadradas, puestas á través del buque.

(2) Lanza ó palo destinado á suplir la *barra del timón*, si sufre avería: la barra del timón es una vara introducida en la testa del timón, para que obre allí como palanca.

(3) Lo mismo que barra del timón.

(4) Cuerda destinada á darle movimiento al timón.

vez que nos hablábamos, y si yo he quedado satisfecho de su persona me lisonjeo de que él no haya quedado descontento de la mía.

Escribo al Gobernador de Cagliari, para rogarle que me envíe los reglamentos concernientes á nuestro ejército y marina, que el General dictador me ha pedido, en especial los relativos á las pagas y atribuciones de los diferentes cuerpos militares.

19. Han regresado el *Carlos Alberto* y la *Gulnara*, después de haber escoltado á buen puerto la expedición Médici en cumplimiento de sus instrucciones. Médici, desembarcado en salvo con los suyos, me tranquiliza mucho; es un buen refuerzo para la causa italiana.

El comandante de la *Gulnara*, que más especialmente llevaba el encargo de arrestar á Mazzini, me asegura que no se hallaba á bordo de ninguno de los buques escoltados recientemente á Castellamare.

Refiérolo todo á S. E. el Ministro de la Marina.

El Gobernador de Cagliari me escribe que le diga al Sr. La Farina de parte del Ministro del Interior, comendador Farini, que el Sr. Montecchi se encuentra en Londres y que siempre que el Gobierno de la Sicilia quiera valerse de él estaría en el caso de proveerle de buques de guerra con cañones perfeccionados: pide respuesta por telégrafo.

Envío al punto uno de mis oficiales á La Farina, á darle tales informes y añadirle por parte mía, que no se encuentran buques de guerra vendibles, sino solamente naves grandes á las que pónenseles cañones á la ventura; y estas son siempre mercancía pésima, dígame lo que se quiera. Son buen negocio para el vendedor y para el intermediario, y nada más.

El comandante Vacca acaba de dejar la *María Adelaida*: vino para decirme, que hallándose á bordo de su capitana de división, brigadier Chrétien, fragata *Parténope*, mientras conferenciaba con él, vinieron á anunciar que un individuo llegado en aquel instante de tierra, á nado, se había anunciado como Valentini, comandante de infantería de Marina, venido de Nápoles á Sicilia sobre un vaporcillo de guerra napolitano con superior mandato de matar á Garibaldi; pero que cabalmente

cuando más seguro estaba del éxito de su empresa, percibió que se le seguía la pista y que no le quedaba otro recurso que el de tirarse al mar y acogerse á una nave napolitana.

Recibo carta de S. E. el Barón Bettino Ricasoli, de fecha 17 del corriente, la cual inserto por los sentimientos italianos en que está inspirada, nada nuevos en aquel talento de tanta valía.

Hela aquí:

«FLORENCIA 12 de junio de 1860.

Mi querido amigo:

Espero con los brazos abiertos la noticia de que eres dueño en Nápoles de la flota de un Rey, cuyo tiempo ya pasó: toda tardanza paréceme excesiva; pues hoy es necesario para todos el formar la Italia. En la Italia una estriba la primera condición del reposo de Europa, ora se considere políticamente, ora se considere civilmente. Nadie puede resistir á los decretos de la Providencia; y los italianos cumplen hoy sus decretos. No comprendo por qué tanto tardar. La Italia no puede ser ya lo que fué: fué una anomalía, un artificio; fué propiedad de un Papa y de algunos Príncipes. Ninguno de éstos supo ser justo ni sabio. Los pueblos sufrieron por siglos; pero hoy, cansados de su larga paciencia, se avergüenzan más bien de ella, y pronuncian un terrible ¡basta! Y el Papa, como el Rey y los Príncipes, deben acabar, con ventaja inmensa de la paz del mundo. La religión, la moral y la civilización están destinadas á crecer en esplendor con la resurrección de Italia, con su unidad, con su independencia, bajo un Rey valiente: de esta suerte se cumplirán los decretos de Dios.

Tú figurarás, amigo mío, entre los primeros Almirantes de la nueva nación; y al primer encuentro llenarás bien tu papel, con cuyo jubiloso vaticinio te estrecho contra mi pecho de amigo, B. RICASOLI.»

20. El General dictador ha venido á bordo de la *María Adelaide*.

No he vacilado un momento en recibirle con los honores de su alto cargo, reconociéndole éste por el hecho mismo y rindiendo homenaje al par, tanto á su jerarquía como á su valor.

Le he dicho que el Gobierno del Rey hállese dispuesto á las empresas más atrevidas para el cumplimiento de la independencia italiana, tan valerosamente sostenida por él en Sicilia

mas que debía comprender que no le era dable obrar sino con circunspección suma, á fin de no comprometerse antes de tiempo.

El General conviene de un todo en la necesidad de tal reserva.

He puesto á su disposición la primera lancha de la *María Adelaida*, mandada por un oficial, y á su desembarco le he saludado con 19 disparos.

Desde la *María Adelaida* pasó el dictador á visitar al Almirante inglés primero, después al Almirante francés, y por último al comandante americano. Ninguno de ellos le ha saludado con disparos de cañón. Por un momento había esperado yo que hubieran seguido mi ejemplo; pero no fué así. Y sin embargo, no habría habido inconsecuencia en hacerlo, dado que el inglés había admitido á su bordo al General Garibaldi como jefe contratante del armisticio, y el francés y el americano habían estado presentes á las condiciones referentes al mismo, las cuales aceptaba ó rechazaba el General con poderes dictatoriales.

Telegrafíó á S. E. el Presidente del Consejo, que el partido mazziniano ha conseguido poner á La Farina en tan mal predicamento con el General dictador, que no quedaba esperanza alguna de que éste escuchara ningún parecer político de su persona. Y le confirmo lo mismo por carta de hoy, en la cual le añado, que el Marqués de Torrearsa ocupará mañana la Presidencia del Ministerio; pero que su carácter integérrimo, y hasta escrupuloso en demasía, le apartaba de todo proceder sagaz y fuerte, aún enfrente de los que él combate, como dados á pescar en río revuelto y sin reparar en medios, por lo cual no le juzgaba el más á propósito para tal lucha. Concluyo pidiéndole autorización para desembarcar dos cañones de grueso calibre para el General Garibaldi, que me los ha pedido.

21. Ha venido Médici á verme. Hemos estrechado nuestras manos con recíproco afecto. Con él estaba un tal Simonetta, rico propietario, vecino del Lago Mayor, que llega á exponer hacienda y vida por la patria. Es tío de un joven oficial de mi bordo, muy querido, el subteniente de buque Cobian-

chi. Díjele cuánto le admiraba, y nos separamos poseídos de recíproca simpatía. Reflexionando en tantos nobles sacrificios de todas partes, confieso que tengo fe segura en el triunfo de nuestra causa.

El dictador ha querido pasar á bordo de la *María Adelaida*, para darme gracias por haber escoltado á Médici. No hay prueba de distinción que no procure darme siempre. No he descuidado esta ocasión de darle á leer la orden recibida de S. E. el Conde de Cavour, para escoltar, hasta que lleguen á buen fin, todas las expediciones que deban unirse á él. Muestre contento, y salió de bordo satisfecho de todo. El secundar á estos dos hombres importantísimos, es uno de los mayores servicios que pueden hacerse á Italia. Obrar de otro modo es un sacrilegio, y quien le cometa merece nuestra execración. Si al valiente caudillo no se le hubiera extraviado, ya estaríamos en puerto seguro y la anexión de Sicilia á la alta Italia proclamaríase mañana.

22. La Farina me escribe que desea ardientemente tener una entrevista con el General Garibaldi, para explicarle con franqueza todo su pensamiento. Añade que nadie le estima y ama como él; que el General no debía ignorarlo, y que cabalmente por esto prodúcele amargura su desconfianza; que siempre le ha dicho cómo pensaba, aun en ocasiones en que el expresar la opinión propia podía ser delito de alta traición, por lo cual puedo imaginar cuánta habrá sido su franqueza; y pídemme que combine el modo de verle, y que él aguarda sus órdenes. Lástima es, en verdad, que hombre tan capaz, leal y honrado, no pueda entenderse con el General dictador. Malvados deben de ser los que tal consiguen; mas para ellos ¡viva Mazzini y la secta! y arda el mundo. ¡Verdadera peste de Italia! Mas sabremos vencerlos; lo espero seguramente.

Apresúrome á escribirle al General, rogándole que reciba á La Farina, que desea hablarle en privado.

—Contéstame súbito que vaya cuando guste, y le hallará dispuesto á escucharle.—Sin pérdida de tiempo envió á La Farina la respuesta original.

24. El General dictador me escribe pidiéndome que haga escoltar de Cagliari á Palermo al capitán de marina José Fag-

gioni, que de un día á otro debía partir de allá con voluntarios.—Respóndole que lo haré así.

25.—Ha llegado la *Ichnusa*. Me trae una carta autógrafa del Conde de Cavour de 22 del corriente y otra del Gobernador de Cagliari de la misma fecha.

El Conde aprueba las disposiciones que he dado respecto á Mazzini; pero teme que se haya quedado sobre el *Washington* en caso de haber estado allí, de lo cual duda. Advierte que si esta vez ha podido escapar, espera que no le servirá para lograr éxito en otra; y añade que considera el arresto de Mazzini como una de las mayores venturas para la Italia.

Recuérdame que no pierda de vista el asunto de la escuadra napolitana; y añade que si algunos buques reconocieran al Gobierno de Garibaldi, podía yo asegurar á sus oficiales que el Estado proveerá en todo caso á su suerte. Entendémonos ahora; porque aquel pronunciamiento de adhesión al Piamonte, subsistiendo nuestro Ministro cerca de la corte de Nápoles, no me gustaba poco ni mucho.

Me recomienda obrar siempre de concierto con La Farina, lo cual no dejaré de hacer nunca, tanto por deber de obediencia, cuanto por la estimación que le profeso á este dignísimo personaje.

No puede consentir que un oficial de la Real Marina acepte el formar parte del Ministerio de Sicilia, tal como está formado; no reputando por otra parte á Piola apto para tal cargo, pues le juzga hombre de acción más que de organización: por donde se infiere, que no le conoce completamente ó que no se lo han pintado bien.

Díceme que hice mal en no informarle circunstanciadamente de la avería que se halló en el *Authión*.—En tal reproche, llegado en momentos tan graves, en que la mente hállese por cierto convertida á cosas de harto mayor importancia, echo de ver las intrigas acostumbradas; pero fácil me es justificarme, habiendo enviado desde el día 8 del corriente al Almirante comandante en jefe relación de aquella avería, con los particulares correspondientes á la misma.—Por último, invítame á decirle mi opinión sobre el sesgo que llevan las cosas de Sicilia.

La carta del Gobernador de Gagliari tiene por objeto comunicarme un telegrama de S. E., el Presidente del Consejo, en que me dice que, habiendo hablado con Piola, había accedido á la demanda del General dictador á propósito de aquel oficial.—Está bien. Lo haré saber cuanto antes al General.

Habiendo ocurrido algunas deserciones en los buques de la división, para incorporarse á las filas del General Garibaldi, le escribo á éste:

«General:

Hace algunos días, que á incitación de los vuestros se verifican algunas deserciones en los equipajes de los buques de mi mando. Este proceder de vuestros subordinados es contrario de un todo al bien de la causa común; y no poco me apena el que, mientras yo me afano sin reserva en vuestro favor, véngase á seducir en nombre vuestro á mis gentes, atentando á la disciplina.

Seguro como lo estoy, General, de que sois extraño á hecho semejante, recurro con franqueza á vuestra lealtad, instándoos á que me sean devueltos los que faltan en la división, los cuales sé de cierto que están inscritos en vuestras filas.

Con afecto, C. DE PERSANO» (1).

Le acuso recibo á S. E. el Ministro de la Marina de su carta de 19 del corriente. Le manifiesto cómo desde el día 8 de este mes con mi pliego número 58 le había relatado al Almirante comandante general la avería encontrada en el *Authion*, y que me era sobremanera sensible el haber incurrido en su desaprobación, por no haber hecho otro tanto respecto de S. E. Le informo de mi carta al General dictador á propósito de las

(1) Esta carta quedó sin respuesta y los desertores no fueron restituidos á sus buques: me quejé de ello verbalmente al General, y fué lo mismo. Me acuerdo cuánta indignación y amargura mostraba por ello. En aquella campaña hube de tragarme muchas de éstas, hasta por parte del Conde de Cavour, que aun dándome pruebas de particular deferencia y plena confianza en el manejo de las cosas políticas, había dado oídos á los que me acusaban de parcialidad en favor de los oficiales venecianos emigrados, y en especial de Sandri, con perjuicio de los nuestros. Pero ciertamente que esto no lo hacía yo por falta de afición á éstos, sino por amor á aquella gran patria, que era menester acabar de formar con el concurso de todos sus hijos, á cualquiera provincia que perteneciesen.

deserciones ocurridas en la división de mi mando, sin otra excepción por cierto que la de la *María Adelaida*. Dígoles que el espíritu general en Sicilia está inclinado á la anexión inmediata al Piamonte, por lo cual se desea generalmente la votación de aquel acto; que el General Garibaldi, por su opinión propia, no deja de participar del sentimiento común, no viniendo sus resistencias sino del partido mazziniano, que procura disuadirle á toda costa, porque columbra en tal votación, que sabe ha de ser afirmativa, su propia ruina.

En cuanto á la escuadra napolitana, hágoles considerar que ninguno hasta ahora se ha lanzado á seguir la bandera del dictador: protestas de adhesión á la causa nacional no faltan; pero actos, ninguno hasta el presente. Advierto que en hombres honrados y leales, para resolverse á infringir el deber militar, sagrado siempre en grado sumo, es menester una convicción muy profunda de la necesidad de tan enorme sacrificio en aras de la patria.

Llega el bergantín real el *Azzardoso* con víveres para la división.

26. La comisión de reglamento para la recepción de los víveres trasportados por el *Azzardoso* rechaza algunos por su mala calidad.

Llega la *Ichnusa*. Me trae carta autógrafa de S. E. el Conde de Cavour de fecha 23 del corriente, por la cual me confirma cuanto me había comunicado por telegrama á propósito de Piola. Díceme además que le recomiende la paciencia á La Farina; pues débense evitar á toda costa colisiones con el General Garibaldi, siendo seguro que á la postre la fuerza misma de las cosas le obligará á valerse de los hombres juiciosos, honrados y patriotas, de los cuales ahora desconfía. Espera plantear prontamente un servicio postal directo entre Génova y Palermo. Aguarda con ansiedad noticias de la escuadra napolitana (1).

(1) Esta carta dice así:

«23 de junio de 1860.

Sr. Almirante:

Después de una larga conferencia con el Sr. Piola, he accedido á sus

Por medio del mismo *Ichnusa* recibo carta del Gobernador de Cagliari, que me comunica un telegrama de S. E. el Presidente del Consejo, por el cual se me autoriza á darle al General Garibaldi los cañones de grueso calibre con sus municiones, acerca de los cuales habíale yo escrito (1) y se me añade, que para no disminuir el armamento de la *María Adelaide*, se ordenaba fuesen cuanto antes repuestos. Prescribeme la mayor circunspección en este asunto; acerca de lo cual nada hay que temer, porque empleo en él la más viva solicitud.

Envío á Cagliari la *Gulnara*.

27. Terminada su misión, marcha á Génova el *Azzardoso*.

30. La *Gulnara*, que acaba de regresar de Cagliari, me trae una carta autógrafa de S. E. el Conde de Cavour de fe-

instancias, autorizándole á aceptar la invitación del General Garibaldi.

Piola es hombre de acción más que organizador; pero ahora se trata más de obrar que de organizar.

Si logra Piola alistar un buque de guerra cualquiera, debe tomar su mando y procurar así apoderarse de los buques napolitanos que no se hayan podido adquirir por otros medios.

Piola debe mantenerse extraño á los partidos y á las intrigas políticas, salvo el caso en que se tramare algo en daño de la causa nacional y por algunos de los que rodean al General Garibaldi; pues entonces no podría permanecer asociado á gente que conspirase con Mazzini y en pro de las ideas republicanas.

He recomendado á Piola que me tenga al tanto de cómo van las cosas.

Recomiende la paciencia á La Farina; pues es menester evitar á toda costa el chocar con Garibaldi: la fuerza misma de las cosas obligará á éste á valerse de los hombres juiciosos, honrados y patriotas, de los que ahora desconfía.

Espero activar para la próxima semana un servicio directo entre Génova, Liorna y Palermo, por medio de la compañía Frassinetti, lo que hará menos frecuente el envío de los avisos á Cagliari.

Espero con ansiedad alguna buena noticia de la escuadra napolitana.

C. CAVOUR.»

(1) Las palabras del Gobernador al comunicarme el telegrama son estas:

«Por telegrama de hoy (25 de junio de 1860) S. E. el Conde de Cavour me encarga hacerle saber á V. I. *sin tardanza alguna*, que le autoriza á desembarcar los dos cañones de 80 que le ha pedido el General Garibaldi, recomendándole que la operación se verifique de noche y con la mayor prudencia.»

cha 25 del corriente y otra de aquel Sr. Gobernador de fecha 29 (1).

S. E. el Ministro de la Marina aprueba en un todo las instrucciones por mí dadas á los comandantes del *Carlos Alberto* y de la *Gulnara* para su última expedición, y asegura que tendrá en cuenta el laudable comportamiento del comandante de la *Gulnara* en la comisión que ha desempeñado.—Dice que Piola conduce consigo algunos oficiales de la marina real, y me encarga advertirles con claridad que, salvo el caso de servicios señalados, no piensa recompensar á costa de sus compañeros un viaje de placer de Génova á Palermo.—Me recomienda continuar manteniendo buenas relaciones con el General dictador, y no descuidar el darle seguridades de que el Rey y su Gobierno tienen plena confianza en él.—Me avisa que ha puesto el *Mozambano* bajo mi mando directo, asignándole á mi división.—Me enviará también el *Authion* apenas esté reparado.—Concluye manifestándome que siempre que con la presencia de algunos buques de la división en Messina se pudiera facilitar la práctica de los asuntos, de que debía yo estar informado por el Marqués de Villamarina, nuestro Ministro en Nápoles, los enviara sin detención, y aun marchase yo mismo allá si lo juzgaba oportuno.—Está bien; pero el Marqués de Villamarina no me ha comunicado nada hasta ahora. Aguardaré, pues, y decidiré lo que haya de hacerse, á medida de lo que me vaya diciendo (2).

(1) La carta del Sr. Gobernador, de fecha 29 de junio de 1860, concluye de este modo:

«Recibo esta mañana, Sr. Almirante, orden de anunciarle que Cosenz estará aquí el miércoles. El Ministro desea que dispongáis el modo de que la expedición llegue felizmente á su destino, y os ruego, por tanto, que me enviéis sin tardanza las instrucciones que deban dársele á Cosenz, tocante al rumbo que ha de seguir para ponerse bajo la protección de la escuadra.»

(2) La carta, fecha 25, del Conde está concebida en los términos siguientes:

«TURÍN 25 de junio de 1860.

Sr. Almirante:

Apruebo en un todo las instrucciones que les dió á los comandantes del *Carlos Alberto* y de la *Gulnara*, y tendré en cuenta al Sr. SIVORI por el modo laudable con que las cumpliera.

La carta del Sr. Gobernador tiene por objeto invitarme, de parte de S. E. el Presidente del Consejo, á que disponga sea escoltado hasta llegar salvo á su destino el General Cosenz, que está para marchar de Génova á Sicilia con voluntarios, hacia el día 2 ó el 3 del venidero julio.

Le escribo al punto al General dictador informándole de lo concerniente á esta nueva expedición, y le digo que enviaré á su encuentro el *Víctor Manuel*, luego que me sea indicado el rumbo que ha de seguir. Añado, que tengo prontos los dos cañones y las municiones que me tiene pedidos, y que sólo falta saber el punto en que deban ser desembarcados, para verificarlo. Únicamente le advierto que me parecería más conveniente que el hecho se verificase de noche, para no dar que sospechar demasiado. Aprovecho la ocasión propicia para indicarle, del modo mejor que puedo, cuánto favorecería á la causa italiana el pronto pronunciamiento de anexión de la Sicilia á la Alta Italia, por vía de plebiscito, cual suceso que á las potencias no contrarias á nuestro progreso de independencia les daría derecho á continuar exigiendo la no intervención de parte de aquellas que le hostilizan.

Ha venido poco hace á bordo de la *María Adelaida* el célebre literato Miguel Amari, llegado hoy con nuestro buque correo, el primero que llena este servicio de los de la sociedad francesa, obligada con nuestro Gobierno á desempeñarle.— Me ha entregado una carta autógrafa de S. E. el Conde de Cavour, que respecto de su persona habla así:

Piola lleva consigo algunos oficiales, y deberéis advertirles que salvo el caso de señalados servicios, yo no me propongo recompensar á costa de sus compañeros un viaje de placer de Génova á Palermo. El precedente de la *Emilia* no puede imitarse por nuestra marina, sin trastornarla hasta en sus cimientos.

Continúe manteniendo buenas relaciones con el General Garibaldi, procurando persuadirle de que el Rey y su Gobierno tienen plena confianza en él. Exhórtele á no rechazar á los oficiales de la marina napolitana, que le ofrezcan sus servicios.

Si la presencia en Messina de algunos buques nuestros pudiera facilitar la ejecución de aquello que el Marqués de Villamarina le comunicó á V. S., envíe ó vaya á las aguas de aquella ciudad.

C. CAVOUR.»

«Le será entregada esta mi carta por Miguel Amari, el eximio escritor de las *Vísperas Sicilianas*, hombre de alto ingenio y de lealtad patente.»

Después hace observaciones sobre lo mucho que podría cooperar á la causa italiana, con tal que el General Garibaldi quisiera escucharle. Por mi parte, debo decir que la franca figura de Amari, la vivacidad de su mirada, su bello ademán y el conjunto de su persona, han aumentado en mí la admiración que sus escritos me habían inspirado.

En esta carta muéstrase el Conde de Cavour altamente resentido del proceder del General Garibaldi para con el Gobierno del Rey; pues que, después de haber acreditado cerca de éste al Conde Amari como su único representante, daba en seguida poderes plenos al Sr. Bertani, y dejaba sin instrucciones á Amari. Y á tal propósito exprésase de esta suerte:

«El Gobierno del Rey no arma estruendos; mas no por esto piensa consentir en que se juegue con él de tal manera. Por lo tanto, concluída la expedición de Cosenz, ya en camino, dispondrá que por su parte nada más vaya á Sicilia, hasta que no se le haya quitado enteramente á Bertani toda clase de ingerencia en los envíos.»

Sin hacer esto asunto de formal comunicación al General dictador, me encomienda, sin embargo, el dárselo á entender por vía oficiosa (1).

(1) Inserto íntegra á continuación la carta recibida á tal intento:

«28 de junio de 1860.

Sr. Almirante:

La actitud del General Garibaldi con el Gobierno del Rey no es satisfactoria. Después de haber acreditado al Conde Amari como único representante suyo, da plenos poderes al Sr. Bertani y deja sin instrucciones á Amari. El Gobierno del Rey no se propone armar estruendos, pero no se dejará burlar tan descaradamente; por lo tanto, cumplida la expedición de Cosenz, ya en curso, dispondréis que nada de cuanto está á vuestras órdenes vaya á Sicilia, mientras no se le haya quitado al Sr. Bertani toda ingerencia en las expediciones.

Sin hacer de esto asunto de formal comunicación al General Garibaldi, se lo participaréis por vía oficiosa.

Respecto de las cosas interiores, absténgase de toda ingerencia; y si el Ge-

Por lo tocante á las cosas interiores (se me añade), debo abstenerme de toda ingerencia; y si el General Garibaldi no quiere la anexión inmediata, quédese en libertad de obrar á su talante. Me encarga vigilar, para que la marcha de los vapores postales, recién contratados por el Gobierno, por ningún pretexto sea distraída del servicio establecido. Y encárgame, por último, trasmitir al mayor Bariola de parte del Ministro de la Guerra la invitación á trasladarse á Turín por la vía de Génova.

Le comunico al mayor Bariola su llamada á Turín, y en seguida me dirijo á ver al General dictador tocante á aquello que le concierne. A las oficiosas manifestaciones que le hago por parte del Gobierno, acerca de Bertani, mantiénese al principio dentro de evasivas generales; pero luego, al conjurarle yo, para que no quisiera entorpecer la marcha de una causa, á la que tan generosamente se había dedicado, acaba por hacerme seriamente la promesa de buscar modo de complacerme.

Esta comisión concerniente á Bertani la he cumplido con gran disgusto, porque á él me liga antiguo y estrecho conocimiento, y la diferencia de opinión política, por grande que sea, no quita la amistad. Pero vínome impuesta, y el deber es an-

neral Garibaldi no quiere la anexión inmediata, quede en libertad de obrar á su talante.

Esta carta le será entregada por Miguel Amari, el escritor eximio de las *Vísperas Sicilianas*. Es hombre de gran capacidad y de lealtad acrisolada, que podría ayudarle bastante á Garibaldi si quisiera escucharle.

Le he concedido al Conde Amari, que permanece aquí, autorización para enviarle á V. S. las cartas que tenga que expedir, á fin de evitar que caigan en manos inseguras.

El primer vapor-correo que llegue á Palermo debe volver á marchar á hora señalada con nuestra administración de correos; por lo cual vigilaréis para que no sea detenido bajo ningún pretexto por el Gobierno siciliano.

Al mayor Bariola le daréis, de parte del Ministro de la Guerra, orden de volver á marchar inmediatamente para Génova y Turín.

C. CAVOUR.

P. S. Os ruego que hagáis dirigir al coronel Médici la carta adjunta. Médici es uno de los más razonables secuaces de Garibaldi.»

tes que todo; tanto más cuanto que yo no podía menos de convenir en la justa reclamación del Gobierno.

El Marqués de Torrearsa y el Barón Pisani han presentado sus dimisiones, que han sido aceptadas, por hallarse en oposición con la política de Crispi, hacia la cual manifiesta el dictador señalada condescendencia; pero una demostración en la plaza pública obligó al antagonista á retirarse y al dictador á formar un nuevo Gabinete, en que entran Natoli y Santoreale, que ocupan distinguido lugar entre los hombres eminentes, de que este país extraordinario ciertamente no escasea. A los La Farina, Pisani y Torrearsa me complazco en añadir todos los Boltera, Pirajno, Bertolami, Errante y el joven Rudini, más particularmente conocidos por mí: á Bertolami úne-me cara amistad. Y no excluyo á Crispi, que, además de ingenio, posee harto elevadas cualidades; pero teniéndole yo por ligado indudablemente á los mazzinianos y por secuaz de su arriesgada política, que abrazada por las muchedumbres sería la ruina de Italia, estaré contra él y contra la secta hasta donde alcancen mis fuerzas.

Le escribo á S. E. el Ministro de la Marina que, aunque Crispi fué obligado á dimitir el poder, no por eso ha disminuído nada su influencia cerca del General Garibaldi, por lo cual urge en mi sentir tener cerca del dictador otra persona que pueda contrarrestar á aquélla, por el saber, por la energía y por la convicción absoluta de que el único camino posible en las actuales circunstancias para conducirnos á nuestra independencia, es la Monarquía constitucional bajo el cetro de Víctor Manuel; persona que esté adornada de tal prudencia, que sepa granjearse la confianza completa del dictador, sin despertar sospechas en el partido republicano que le rodea, de tal suerte que pueda ser llamada preferentemente á regir la cosa pública en las ausencias eventuales de aquél, ó mejor dicho, á subrogarle en la dictadura.

Aún no había sellado la carta de que hablo, cuando me anuncian al Conde Trecchi, uno de los ayudantes de campo del General Garibaldi. ¡Qué coincidencia! Viene cábalmente para decirme de parte del dictador, que abrigaba el intento de llamar á su lado en calidad de prodictador de Sicilia al Mar-

qués Jorge Pallavicino. ¡Bello nombre, en verdad! Hombre magnánimo y de corazón nobilísimo: mártir de la causa italiana, por sí mismo espontáneamente ofrecido á las cadenas austriacas, para salvar á un amigo. Ante tan grande hombre inclino la frente; mas sin embargo, á la pregunta que me hace Trecchi acerca de mi parecer, contesto sugiriéndole como preferente al diputado Depretis, por juzgarle más apto para precaverse de las astucias del partido, al cual conviene dominar para bien de Italia.—Añado esto á la carta dirigida á dicho Sr. Ministro.

JULIO, 1860.

1. Recibo del dictador la carta, que íntegra transcribo aquí:

«Almirante:

Os estoy agradecido por todo cuanto me manifestáis. Con vuestro apóyo siéntome con doble poder en favor de la Italia.

Todo lo que me decís va á maravilla. Cosenz merece en verdad ser escoltado. Cuanto antes os designaré la dirección que ha de llevar.

Enviaré á recibir los cañones mañana á la noche en el banquillo del muelle.

Con afecto,—*Firmado*, J. GARIBALDI.

2. Ha venido poco hace á bordo de la *María Adelaída* un señor que se hizo anunciar como capitán americano, que llevaba una carta que entregarme del General Garibaldi. Admitido é invitado á sentarse, al entregarme la carta de la cual llamábase portador, tomó un ademán tan altivo, que no me gustó nada.

Leído lo que el General me escribía, pronto comprendí que se había esplotado su condescendencia y obtenido solamente por ella que se me pidiera el embarque de aquel capitán sobre la nave que había de enviar yo al encuentro de Cosenz, á fin de que proporcionara las indicaciones necesarias, para no errar el rumbo conveniente á su encuentro: cosa esta, como comprende cualquiera, de un todo superflua, pues en los casos de navegación al vapor basta saber la partida y el derrotero de la expedición para estar seguro de encontrarla; esto prescin-

diendo de la poca conveniencia de entrar un extraño con encargos particulares á bordo de un buque de la marina real. Llamé su atención sobre estas consideraciones, añadiendo que iba al punto á escribirle al General dictador, para poner á su vista aquellas razones mismas, no dudando en modo alguno que se persuadiría inmediatamente de su exactitud; mas comenzando él á rebatirlas con aire de autoridad, impropio siempre, y más en casa ajena, me ví obligado á despedirle con una de aquellas miradas que no admiten réplica.

Informo al General dictador de lo ocurrido con el capitán americano, y al punto me contesta diciéndome que el brigadier Cosenz dejaría á Génova mañana 3 del corriente, y pasando á levante de Córcega y Cerdeña se dirigiría á Cagliari por el camino más breve.

Hago, pues, señal al *Víctor Manuel* para que se prepare á partir á destino reservado y á su comandante de venir á tomar instrucciones, las cuales consisten en tomar la vuelta del cabo Corso con objeto de encontrar al *Wáshington*, que debía zarpar de Génova para Cagliari al día siguiente con voluntarios al mando del brigadier Cosenz. Si no se encontrase con aquel buque debería volver hacia Cagliari y esperarle allí, si aun no había llegado. En uno y otro caso le estaba prevenido darle segura escolta hasta su arribo y desembarco en Sicilia.

Las indicadas instrucciones hállanse extendidas de modo que no dejen lugar á duda en los casos presumibles, habiéndose proveído á toda eventualidad, para que la expedición llegue á buen término, sin correr grave riesgo de comprometer al Gobierno del Rey.

Médici sale de Palermo con cerca de 1.000 combatientes. Diríjese á Messina, siguiendo á lo largo del camino de costa.

Marcha el *Víctor Manuel* en cumplimiento de las órdenes recibidas.

Según lo convenido, le envió al General Garibaldi los cañones al banquillo del muelle.

3. Habiendo recibido hace algunos días del mando general de la marina orden de desembarcar de la *María Adelaida* al primer oficial de bordo, que sería subrogado por otro teniente de buque, y el aviso al par del desembarco, que debía

seguir cuanto antes, de muchos individuos de dotación de los equipajes de los buques de la división que me está confiada, para sustituirlos con otros de nueva leva, no puedo menos de llamar la atención de S. E. el Ministro de la Marina, al escribirle de otras cosas, sobre el daño que tales cambios llevan á la instrucción militar ya adquirida, puesto que obligan á trocar el destino de cada individuo, y por tanto á nuevas prácticas y ejercicios para formar aquel conjunto indispensable á la instrucción militar perfecta, sin la cual de nada sirve el valor. Hay además precisión de volver á empezar la instrucción de reclutas en los deberes del soldado, los cuales generalmente se envían á bordo del todo en ayunas, instrucción larguísima siempre y enojosa sobre una nave armada, á causa de la falta de espacio y de la interrupción continua que produce el servicio de á bordo. Pero el objeto principal de esta carta mía á S. E. el Ministro de la Marina es hacerle saber que el General dictador había dispuesto hoy mismo que cuantos sucesos ocurrieran en las provincias sardas, relativas al presente Gobierno de la Sicilia, no pudieran tratarse sino por mediación del Conde Miguel Amari, único representante suyo cerca del Gobierno de las mismas, é informarle de la partida del *Víctor Manuel*, para escoltar la expedición Cosenz.

5. Presentáronse á bordo esta mañana dos sujetos extraños, y el que entre ellos hacía cabeza pidió hablar conmigo, mostrando tener que comunicarme cosas de la mayor importancia. Hícele entrar y presentóse al punto como agente de nuestra policía secreta, y en completa relación con nuestro Ministro en Nápoles, Marqués de Villamarina, declarando á la vez ser empleado retribuído del Gobierno borbónico, para conocer mejor sus intentos sin engendrar sospecha. Hablaba francés con tan marcado acento corso, que ni un momento dejaba duda acerca del país á que pertenecía. Al manifestarle mi completa ignorancia de su venida, se mostró sobremanera sorprendido, asegurando que se le había prometido formalmente el darme cuenta cabal de ella. Ponía por delante el haber venido á salvar la vida del General Garibaldi, contra la cual se atentaba por mandato del Rey Francisco II; que ellos eran tres, habiéndose quedado uno en tierra; que tenía en su

mano las pruebas del mandato nefando; y que él quería darle á éste más grande valor con la captura del mismo asesino, mostrando á la Europa, con ventaja de Italia, que aquel Rey habíase hecho indigno de regir ningún pueblo. El conjunto de esta charla ampulosa hízome sospechar que fuese mero cuento; por lo cual, llamando al teniente de buque, Maldini, oficial de mi confianza, le dí el encargo de hallarse en tierra antes de que estos lebreles de nuevo cuño volviesen á ella, y espiando sus movimientos, vieran dónde habitaban, é informaran de todo al General dictador. Maldini hízolo todo á satisfacción, lo cual nunca me ofreció duda; y las consecuencias fueron el arresto inmediato del que había hablado conmigo y del compañero que se quedó en tierra, y el venir el otro á refügiarse en la *María Adelaida*. Interrogado al alma, y vista su insistencia en afirmar que habían venido aquí de concierto con nuestro Ministro en Nápoles, no hallo otro medio, para depurar el hecho, que el enviarle allá sobre el *Monzambano*, á fin de probar la identidad de la persona y tomar informes del Ministro. Ordeno, pues, lo consiguiente, y envió con el comandante de aquel buque de la marina real una carta circunstanciada al Marqués de Villamarina sobre el objeto indicado; y manifestándole en resumen á dicho comandante el asunto de que se trata, le añado que no pierda de vista al individuo que va embarcado de orden mía, ni le permita, bajo pretexto alguno, salir de bordo, á menos de mandarlo por escrito el Ministro. Y cuando se probara ser un impostor, que lo hiciese maniatar y encadenarle y entregarle á su retorno á la *María Adelaida*.

Con la propia ocasión del viaje del *Monzambano*, le pido más aclaraciones al marqués de Villamarina sobre los informes no recibidos á que se refería S. E. el Conde de Cavour en su carta del 25 de junio próximo pasado, en la cual me decía que yo mismo debería trasladarme á Messina con la *María Adelaida*, ó enviar allí otros buques de la división, siempre que fuere necesario, para facilitar las operaciones de que por el mismo Marqués debía estar enterado.

6. Le anuncio á S. E. el Ministro de la Marina la partida del *Monzambano* para Nápoles, y el porqué. Le trasmito al-

gunas comunicaciones sobre el curso de los asuntos políticos en Messina, recibidas del comandante del *Governolo*, Marqués de Aste.—Tributo á este oficial el merecido elogio.—Le informo de que el caballero Piola encuéntrase ya encargado de dirigir el Ministerio de la Marina, y que para Comisario general de éste había sido nombrado el Sr. Fauché (Juan Bautista), cuya elección era acertada.—Le agrego una carta dirigida á mí por nuestro cónsul en Messina, la cual contiene noticias importantes, por ejemplo, las que demuestran que el espíritu general del país está por la anexión inmediata de la Sicilia á las provincias que se hallan bajo el cetro constitucional del Rey Víctor Manuel. Le escribo que el egregio Miguel Amari es persona aceptable para el dictador.

Llega el *Washington* con el *Víctor Manuel*, enviado para escoltarle.

7. Ha llegado el *Monzambano*, de Nápoles, y se confirma que los tres individuos que me habían inspirado sospechas son en verdad empleados de nuestra policía secreta.—No habiéndome dado aviso alguno al intento, no podía obrar sino como lo hice, sin que tenga mi conciencia que argüirme de nada, aunque lamente el error en que incurrí. No habría, en verdad, obrado prudentemente, si así, á ciegas, hubiese prestado fe á palabras que tenían todas las apariencias de una impostura.

Le escribo al General Garibaldi mi equivocación á propósito de los dos sujetos que á instancia mía había hecho arrestar, y le ruego que los deje en libertad, para enviarlos á Génova. Respóndeme al punto, que si quería tenerlos á mi bordo ordenaría que fuesen conducidos allí inmediatamente; en otro caso, les haría marchar sin dilación, puesto que se daban aires de haber venido á protegerle, y él no quería semejantes protectores.—Me envía una carta que acaba de recibir de París, de persona, dice, digna de fe. Asegúrase en ella nada menos que el haberse estipulado por nuestro Gobierno la cesión de Cerdeña á la Francia. Pídeme que la lea y se la devuelva.—Al enviársela le digo, que por nada del mundo podía yo persuadirme de que fuese cierta aquella aserción, y de ello estaba tan seguro, que pondría la cabeza en fe de lo contrario,

no dudando que aquella era una invención maligna. Concluyo asegurándole que en el asunto de nuestra independencia podía contar conmigo en todo y para todo, pues tales eran las órdenes precisas recibidas del Conde de Cavour; y que no podía darle mayor prueba de su leal proceder para bien de Italia.

Escríbole sin demora á S. E. el Conde de Cavour, para comunicarle el contenido de la mencionada carta, y dirijo al punto la mía á Cagliari, para que cuanto antes sea enviada á su destino.

Son las seis de la tarde. Recibo del General Garibaldi la carta siguiente, que me pone en grande inquietud:

«Almirante:

Os doy muchas gracias por vuestros ofrecimientos.

Enviaré á Génova con el *Washington* los dos arrestados; partirán esta tarde.

He tenido que enviarle á La Farina la orden de dejar inmediatamente la Sicilia. Ya os diré el por qué.

Vuestro siempre.—J. GARIBALDI.»

Mientras me hallaba preocupado con esta brusca expulsión de La Farina recibo una esquela suya, en la cual me ruega enviarle una lancha, para conducirle á bordo, por habersele intimado el alejamiento inmediato de la Sicilia. Dispongo al momento que se le envíe la primera lancha mandada por un guardia marina, para que se sirva de ella á placer suyo; y entretanto trasládome á tierra para hablar al dictador y procurar echar agua en el fuego, si era posible. No le hallo en su residencia, á la cual me dicen que volverá tarde. Vuelvo, pues, á bordo, para encontrarme allí cuando entre La Farina, el cuál llega poco después que yo. Le recibo en la escalera; y al entrar preséntame un oficial superior del General Garibaldi juntamente con otros dos sujetos. Venían detrás su mujer y una camarera. Á todos les invito á bajar á mi camarote, para que me cuenten lo sucedido, cuando el oficial garibaldino, á quien yo tenía por un amigo de La Farina, se puso á reclamarme *un recibo* (repito su propia palabra). ¿Cuál recibo? pregunté. El de la entrega aquí á bordo del Sr. La Farina, que estos dos señores de la policía (los dos que con él vinieron) tienen bajo su

custodia. Á estas palabras, ni supe ni pude contenerme; y replico indignado, que quien ponía el pie sobre un buque de S. M. el Rey de Cerdeña, mientras no hubiera una orden explícita de su Gobierno, le ponía en suelo libre; que la *María Adelaida* no era una cárcel, y mucho menos yo un carcelero; que él y los suyos se quitaran al instante de mi presencia, señalándoles imperiosamente la salida. Me indigno también con el mismo La Farina, por haberles dado entrada en una regia lancha. En suma, estoy fuera de mí y no veo de cólera. Bien hicieron los custodios en retirarse; porque ya no podía más, y me hubiera propasado á cualquiera exceso. Se trataba de una afrenta á la bandera, y ¡por Dios! que esto no lo sufro, sea de quien sea.

Idos aquellos señores y recobrada alguna calma, me aseguró La Farina que no podía imaginar cuál fuera la causa de aquella resolución respecto de su persona.

No siendo en mi sentir oportuno chocar con el dictador, y creyendo que al punto á que las cosas eran llegadas nada podía esperarse ya de su permanencia en Sicilia, aconséjole regresar á Turín, poniendo á su disposición la *Gulnara*. Después de meditarlo, acepta mi propuesta, con lo cual ordeno á la *Gulnara* recibirle á bordo, para conducirle á Génova, guardándole todo género de consideraciones. Si yo hubiera podido hablar á tiempo con el dictador, acaso éste habría revocado la orden de expulsión.

Es verdadera desgracia para el país que estos dos hombres, tan ardientemente zelosos de un mismo objeto, de la independencia de Italia, no hayan podido ponerse de acuerdo. Pero reflexionando que aunque hubiera yo conseguido que La Farina permaneciese en Sicilia, no habría disminuído la desconfianza concebida por el dictador respecto de su persona, creo mejor el que se haya marchado, puesto que sus trabajos por el bien de Italia hallarán más fácil eco en el Piamonte, en donde los partidos políticos echan raíces mucho menos tenaces que aquí.

Los buques de la división de mi mando y los demás de guerra que hay en estas aguas, pusieron de luto en señal de duelo por la muerte del Príncipe Jerónimo Napoleón.

El Almirante inglés Mundy deja esta rada y parte para Nápoles en su buque el *Annibal*. Al verle marchar siento que se aleja un amigo de nuestra independencia y un caro conocido mío. Jamás olvidaré las maneras delicadas y cordiales y la cortés deferencia, que siempre me prodigó. En mis frecuentes relaciones con él, halléle siempre sereno, inteligente y de sano consejo. Estas pocas palabras de gratitud hacia aquel hombre dignísimo, me salen del corazón.

Recibo carta de Máximo de Azeglio, fechada en Cannero el 3 del corriente, contestación á otra mía.—Dice así:

«Caro Persano:

Recibo la tuya aquí, á donde he venido para echar una ojeada á mis asuntos.

Las noticias que me das, me alientan.—La escuadra va bien, dices tú; y si tú estás contento, preciso es que vaya bien en verdad.—La Sicilia, libertada tan admirablemente por Garibaldi, y quitada para siempre á los Borbones, ha sido dada á la Italia. A no estar cambiadas las cosas en ella por completo, no es terreno propicio para Mazzini. Pero tanto él como los suyos pueden hacer pasteles y promover dificultades, buscando, como de costumbre, el modo de convertir en provecho propio las fatigas ajenas. Así lo hicieron con nosotros el año 48, y así lo harán siempre con quien no sepa conocerlos y guardarse de ellos.—Temo mucho que en Italia nos den todavía mucho que hacer. Para mí, que así como soy constitucional, sería mañana republicano si lo creyese útil á la Italia, es evidente que su república no es más que cuestión de personas y de ambición: en ella serían los primeros, mientras que ahora son los últimos. Bien saben que la república haría que el mundo se nos viniera encima; pero no importa, vivamos nosotros y la secta, y arda el mundo; ¡como los jesuitas!—Yo no conozco á Garibaldi; mas, como sabes, le quiero bien del todo, porque es lo contrario de aquéllos, y jamás le he visto pensar en sí mismo. Pero es naturaleza generosa, y estas naturalezas imaginan que todos son hombres de bien. Sálvele Dios de los amigos, que de los enemigos veo que él se desembaraза con brío. De los que le rodean, solamente conozco á Malenchini (1), y éste asegúrote que es un verdadero hombre de

(1) Respecto de Malenchini, gózome en repetir aquí las palabras que escribí al publicar las cartas que en el espacio de diez y nueve años me dirigió Máximo de Azeglio:

bien. Si le ves, salúdale de corazón. No siempre estamos de acuerdo en política, pero en esto cada uno piensa como le dicta su razón.

En cuanto á Nápoles y Roma, *¡eso es cosa gorda!*... Por lo demás vivimos en época de milagros, y el reino de lo posible tiende á engrandecerse como todos los otros reinos.

Tus señoras me han hecho agradable la vida de Gobernador, que es cuanto hay que decir.

Saluda á Ernesto y á los amigos que se acuerdan de mí, y quiéreme bien.—MÁXIMO DE AZEGLIO.»

En verdad, no sabría decir si me conduzco bien en estos asuntos de política italiana, que pasan por mis manos. Lo cierto es que pongo en ellos toda la buena voluntad y aliento posible. En toda acción de mi vida, en las mayores pruebas, sobre todo en lo tocante á la independendencia y gloria de mi país, veo siempre ante mí la imagen bendecida de Máximo de Azeglio; y puedo decir, que crece mi ardimiento, á fin de que no me halle indigno del afecto y de la constante protección que me otorgó siempre. Cualquiera que no fuese él, se habría cansado: él jamás. Verdadero milagro de bondad. Dios le premie.

CARLOS M.^a PERIER.

(*Se continuará.*)

«Malenchini, soldado valiente, era coronel de las milicias garibaldinas. Las saluciones que con él me envió Máximo de Azeglio, me ofrecieron ocasión de conocerle de cerca y apreciar su carácter firme, franco y leal.»





DOÑA MARÍA LÓPEZ DE GURREA



Es un hecho incontrovertible que el reinado de los Reyes Católicos y tiempos inmediatos posteriores, constituyen uno de los períodos más florecientes de nuestra historia, así por sus descubrimientos y empresas militares, como por las proporciones hasta entonces desconocidas que en aquel siglo, llamado del renacimiento, se dió al estudio de las ciencias, letras y bellas artes, porque no sólo se atendía á la general ilustración, según la condición y estado de las personas lo permitían, mereciendo especial cuidado la educación científica, literaria y artística de los hijos de los magnates, nacidos para desempeñar los principales cargos del Estado, sino que con igual solicitud se cuidaba de las hijas de las casas más distinguidas, teniendo presente, sin duda, que debiendo ser un día el más bello ornato de la corte, á imitación de la gran Reina Isabel, que nunca las graves cuestiones sociales y políticas la hicieron olvidar sus libros y ocupaciones domésticas, debía por igual manera procurarse armonizar en aquéllas el desarrollo de todas sus facultades con el cultivo de cuanto pudiera conducir á la mayor perfección de su sexo, de conformidad á su natural misión en el seno de la familia ó cargo especial que fuera de ésta pretendieran ejercer.

Verdad es que tanta grandeza por tan poco tiempo con-

servada, necesaria consecuencia fué del natural desenvolvimiento de hechos, sabiamente preparados y con acierto realizados, que muchas veces, sin razón justificada, han dado lugar á decir con cierto fatalismo que en las naciones, como en el individuo, todo es grande en los días de prosperidad y exaltación, y todo pequeño en los de adversidad y abatimiento, no teniendo en cuenta que hoy es el resultado de lo que ayer se hiciera, como lo será mañana de lo que hagamos hoy.

Sin que nuestro propósito sea indicar las causas que tal ascendiente nos dieran sobre los demás pueblos en aquel siglo, que más que á nadie á España pertenece, ni señalar las que contribuyeron al oscurecimiento de nuestras pasadas glorias y pérdida casi total del poderío que en todas partes ejerciéramos, no por esto dejaremos de añadir á tanta grandeza un dato desconocido que, en verdad, viene á enriquecer nuestra patria historia literaria de aquel tiempo. Nos referimos á la muy erudita señora que encabeza este artículo, excelentísima Sra. Duquesa de Villahermosa, D.^a María López de Gurrea.

Testimonio merecido de agradecimiento por la protección y beneficios que se dispensan á una persona, corporación ó á un pueblo es y también tributo rendido á las letras, mantener siempre vivo en la memoria el recuerdo de una persona ilustre que pasara toda la vida entregada á obras de beneficencia y al estudio de los clásicos griegos y latinos, y bajo este doble concepto, digna y muy digna es esta señora de figurar en el catálogo de nuestras mujeres insignes ya conocidas, D.^a Beatriz Galindo, maestra de la Reina Católica; la poetisa D.^a Florencia Pinar, la segoviana D.^a Juana de Contreras, D.^a Lucía de Medrano, que explicó los clásicos latinos en la Universidad de Salamanca; D.^a Francisca de Lebrija, que dió lecciones de retórica en la de Alcalá; D.^a María Pacheco, mujer del infortunado Juan de Padilla; la Condesa de Monteagudo, D.^a María de Mendoza, helenista y latina afamada, y otras muchas que sería prolijo enumerar.

Nacida esta distinguida dama promediado ya el siglo decimoquinto, pasó la mayor parte de sus días en la villa de

Pedrola; que había heredado de sus padres el ilustre maestro D. Juan López de Torrellas y D.^a Aldonza de Gurrea, exclusivamente consagrada á los cuidados domésticos y estudios más en relación con los que desde su juventud había cultivado con notable aprovechamiento; hasta llegar á interpretar con singular acierto las obras más excelentes de la literatura clásica, manejando los autores griegos con la misma facilidad que los de la lengua del Lacio.

Otros estudios merecieron también su atención, y de los que tuvo no menos brillantes resultados, como consta de memorias por varios autores citados, que no pueden consultarse, sin embargo de conservarse, al uso alguna, entre otros notables documentos que obran en poder de sus insignes descendientes, pero que se confirman con el retrato debido al pincel de Esquarte, de nuestra esclarecida biografiada, en que se representa, con un compás en la mano, la cosmografía de Tolomeo, las obras de Platón, en griego, y las tuscultas de Cicerón; aludiendo evidentemente á sus estudios y á los trabajos predilectos que salieron de su pluma en que ejercitaba su peregrino ingenio.

Llegada á edad competente esta señora conocida igualmente con el sobrenombre de la «Rica hembra» por sus inmensas riquezas, contrajo matrimonio con D. Juan de Aragón, segundo Duque de Villahermosa que llevara este título, hijo del primer Duque D. Alfonso y de D.^a María Yunquers, matrimonio con gran antelación proyectado y recomendado por los Reyes de Aragón D. Juan II y su hijo Fernando el Católico, como abuelo paterno y tío carnal de D. Juan, por cuanto el referido Mosen Juan López y Torrellas, padre de la Rica hembra, había sido muy querido y gran privado del dicho Rey de Aragón D. Juan II.

Murió esta noble dama de tan rara erudición como notoria hermosura, en su lugar de Alcalá de Ebro, y fué sepultada en su villa de Pedrola, que daba nombre á sus estados formados por los pueblos y villas de Luna, Erla, Torrellas, Grañen y otros.

Habiendo sido esta señora una de las más ilustres de su tiempo por su opulencia, virtudes y saber, extraño nos pare-

ce que los escritores que en sus publicaciones se han ocupado de nuestras mujeres célebres, no la hayan incluido en tan insigne pléyade; pero si se atiende á la especie de retraimiento en que siempre vivió, que tan bien se avenía con sus extremadas modestia y sencillez y á que los estudios históricos, en general, tienen mucho entre nosotros que desear, especialmente los que á Aragón se refieren, ya nos parecerán más dispensables por muy lamentables que consideremos tamañas omisiones. Afortunadamente con la acción de nuestros ilustrados Gobiernos que á todas las provincias llega por igual y es en todas partes con más ó menos celo secundada en lo que con esta materia se relaciona, según lo están ya anunciando varias importantes publicaciones históricas, tanto oficiales como particulares, creemos ver en breve satisfecha tan urgente necesidad y reanudada la en mal hora interrumpida serie de nuestros grandes cronistas aragoneses, los Zuritas, Blancas y Argensolas.

Después del amor que á las ciencias y bellas letras demostrara la segunda en orden Duquesa de Villahermosa, natural juzgamos contemplar vinculadas en sus nobles descendientes iguales tendencias y aficiones, escribiendo D. Alfonso en octavas de verso mayor la historia de los Gurreas, en que hablando de los dos hermanos López, fundadores de esta casa, que con el Rey D. Pedro asistieron á la batalla de Alcoraz, dice:

«Las armas, y escudo del campo sangriento
Fueron ganadas por estos Gurreas,
Con dos lobos grandes que son sus preseas
Que el Rey concedió por gran vencimiento;
Vencieron un Rey con gran ardimiento
Que vino á Aragón con moros tiranos,
En quien valerosos pusieron sus manos
Dejando aquel campo de muertos sangrientos,»

dedicándose á estudios arqueológicos, especialmente en la sección de numismática D. Martín, á quien Felipe II apellidaba el filósofo aragonés; traduciendo y comentando á Pom-

ponio Mela y exponiendo con claridad y apreciando con recta crítica en sus comentarios, los sucesos de Aragón en los años 1591 y 1592 D. Francisco de Luna; manifestando su ilustración y celo por las glorias de su casa á la vez que por las letras, D.^a María Enríquez de Guzmán ordenando escribiera la historia de la venerable Duquesa Excma. Sra. D.^a Luisa de Borja y Aragón, al sabio jesuita aragonés, P. Tomás Muniesa, que siempre distinguió tanto y de quien se dijo que toda hipérbole en su alabanza dejaba de serlo; probando igual ilustración y manifestando celo igual que su preclara antecesora la no menos preclara y magnánima presunta Duquesa de Villahermosa Excma. Sra. Condesa de Guaqui D.^a María del Carmen Azlor de Aragón, disponiendo reimprimir á sus expensas la precitada historia, que se había hecho ya muy rara, bajo la dirección del erudito D. José de Eguren, á quien aun después de sus días dispensara cristiana protección; ejercitándose en estudios ascéticos el Excmo. Sr. D. José Azlor de Aragón, cuyas virtudes y escritos llenos de unción nunca serán bien ponderados; y finalmente, recapitulando, ejemplo hoy poco común en los individuos de nuestra nobleza, el actual Duque de Villahermosa, Excmo. Sr. D. Marcelino Azlor de Aragón las actitudes y laboriosidad de todos sus eximios antecesores, como lo patentizan sus producciones, que no cito por ser de todos conocidas y por las que acaba de ser recibido en la Real Academia de la Lengua, y completando la tradición de su familia, que siempre fué la de honrar las letras, constituyéndose en Mecenas de todas las eminencias de Aragón como los Argensolas, Munieras y Cardereras.

JOSÉ FORADADA.

Madrid y marzo 18 del 84.





EL ESCLAVO

(IDILIO DE A. CHENIER.)

A la orilla del Ténos, un joven esclavo venia á decir todos los dias (I):

«¡Ah vierge infortunée! Etait-ce la douleur.»

¡Ah! ¡Debía el dolor, infausta virgen,
cosechar de tu sien la flor primera!...

Mas, ¡oh, sí, sí; tu corazón se nutra

(I) La sorpresa de nuestros lectores, producida por hallar, en medio de esta poesía, admirable prosa, cesará si atienden á que Andrés Chenier acostumbraba á trasladar al papel su fugitiva inspiración, esculpiéndola, ora en verso, ora en prosa, reservándose, tiempo andando, terminar el poema ó composición cuya idea principal había fulgurado en su imaginación: véase, cómo explica su modo de pulsar la lira en una de sus *Epístolas á Lebrún*:

.....
Errante voy por mil y mil objetos,
y sin dejar proyectos concebidos,
formo otros nuevos; todos los reuno
en mi campo, los sigo, los dispongo,
y todos juntos van adelantando.
Con cincel vagabundo me extravió
á mi capricho; acabo á este poema

en la amargura, y te consumas, débil
 de pálidos disgustos, antes que otros
 amadores con nuevos juramentos
 extravíen tu labio, y embriagando
 tu oído con amores, reanimen
 la bermeja alegría de tu frente!
 ¡Oh dioses! Cuando espiro y la distancia,
 y el amor los momentos me envenenan;
 cuando á mi juventud marchita el tedio,
 si algún audaz te asedia y te persigue;

ó los pies ó la frente; pulo al otro
 el seno, y luego lo abandono, y vuelo
 á hacer á otro los muslos ó la espalda.
 Todos se arrastran, cojos y tullidos;
 pero bien pronto véolos á todos
 erguidos caminar sobre su planta.

.....
 Tal vez fuera mejor, prudente y sabio
 empezar y acabar una obra sola;
 mas ¡ah! que es enojosa esta constancia.

.....

Y después de hablar de un fundidor, que desea vaciar á la vez treinta diferentes campanas, rivales del trueno, para lo cual va preparando por ocultos canales el bronce y disponiendo los moldes, á fin de que grandes y pequeñas surjan á un mismo tiempo, dice:

Soy ese fundidor; y largo tiempo
 de mis muchos escritos preparando
 voy la forma y el molde; luego á todos,
 y á un mismo tiempo, vaciaré en el bronce:
 nada hay acabado hoy; mañana, todo.

El *mañana* para el delicado y vario escultor y fundidor intrépido fué la *guillotina*.

Hubiéramos podido tomar nuestro torpe cincel, siguiendo la gráfica metáfora de nuestro amado poeta, y acabar el pie y formar el vientre de este magnífico *Esclavo*, pero el temor de profanarle nos lo ha impedido. Conténtese el lector con el mármol que le ofrecemos en esta traducción y forme él, si quiere, estatua preciosa y acabada.

si se promete poseer tu mano;
si, en ti no hallando ni ira ni desprecio,
dijese: «¡Qué! ¿á los muertos te encadenas?...
¿Es tu himeneo un luto solitario?...
¿Quieres, llorando en vano, envejecerte?...
No, ya no volverá; sin duda, ha muerto...»

Aún vive, sí; ya viene. Tiembla. Aguarda.

¿No temes que, colérico, yo invoque
las deidades, que al pérfido persiguen?...

Esa mano, esos besos, esos votos
son míos: conservádmela. Gemelos,
hijos de nuestra isla y soberanos:

á vuestra vista nuestro amor crecía.

Juno Ilythia y vosotros todos dioses,
del tálamo nupcial augustos guardias,
¡ay! no olvidéis al olvidado ausente.

A vosotros la fío; que los nudos
que nos unen, las órdenes maternas,
mi voz y nuestra infancia y vuestros rayos,
y la inquietud roedora siempre, siempre
dando á su corazón custodia eterna,

.....
Si de alguna palabra el sesgo astuto
intentara de amor fingirle el cebo,
tronad entonces, y espantada huya!

En las miedosas noches haced que entre
la tenebrosa turba de los sueños,
mensajeros de espanto y de terrores,
á ocupar ese lecho, sólo mío.

Agitadla con lúgubres fantasmas;
mostradla, sí, mostradla á este infelice
muriendo solo, pálido, furioso,
en apartada orilla, con su nombre
en el labio é invocando á las deidades.

.....
.....
Triste anciano, después que á tus nevados
cabellos no hay apoyo, y que tu hijo

huérfano, ya contigo no se encuentra;
 en tu morada oculto, del sol huyes,
 tedio voraz te oprime y roe el seno.
 Junto al hogar sentado en silla de haya
 que yo te construí, sordo á tus siervos
 y á tus amigos mismos, abatida
 la sien, los ojos secos, lacio el rostro,
 todas las horas en silencio pasas,
 aguardando á la muerte ó á tu hijo!
 ¿Y qué haces tú, desesperada y sola,
 tú, de tu cervatillo encadenado
 leona separada? ¡Oh! sí, comprendo
 tu gemidor y lúgubre abandono:
 oigo tu seno resonar al golpe
 de tus furentes manos; y te veo
 pálida, desolada, divagando
 por la ciudad, é hinchando con tus gritos
 y sollozos, la isla toda entera!
 ¡Todos los ciudadanos, desde lejos,
 ya te conocen por tu llanto, y dicen:
 —«¡Ved allí la mujer de los dolores!»—
 El extranjero, al verte agonizante,
 con el cabello suelto, te pregunta:
 —«¡Oh! ¿Qué tienes, mujer desconsolada?»—
 ¿Qué?... contra ella los dioses se aliaron:
 ¡desolada mujer! ¡perdió á su hijo!

.....

Dicho esto, se levanta... pero la joven... que le había seguido, y oculta le había estado escuchando, antes de que hubiera acabado, se dirigió, anegada en llanto, á su padre... Oh padre mío, tú me has prometido unirme bien pronto á... Aquel llora por su amante, por su amante, con la cual sus padres, sin duda, le han prometido, hace ya mucho tiempo, unirle... ¡Oh padre mío! ¡padre mío! ven á verle en la ribera: está pálido; la muerte se halla pintada en su rostro, y la invoca, y llora. ¡Ah! no podrías oírle sin compadecerte... padre mío; devuélvele su libertad; devuélvele su virtud; porque

tú me enseñaste que el poeta ha dicho: «Que el primer instante que hace al hombre esclavo, le arrebató la mitad de su virtud.» Una lágrima humedece las pupilas del viejo... Toma, sin replicar, las cosas necesarias para dar libertad á un esclavo, y marcha con su hija...

«¡Bien, hija mía! accedo á tus deseos: ¡vamos allá! ¿Tan desgraciado es ese joven esclavo? ¿Quién habrá dichoso?... Todos sufrimos. ¿Llora?... Yo he llorado. El poeta también dice que Júpiter tiene dos grandes ánforas repletas con los destinos de la tierra y hombres. Una contiene triunfos, dichas, goces; otra desgracias, lágrimas y duelos. Jove, al crearnos, toma de estos vasos ora de uno, ora de otro, y con frecuencia, de la vida nos brinda mezcla amarga. ¡Ay! ¡cuántos hombres solo participan del vaso de miserias! mas ninguno —así lo quiere el dios— jamás se abreva sin mistura, en el vaso de los bienes; y aquellos son felices y envidiables que sólo lloran la mitad del tiempo.»

Hallan al desgraciado corriendo como loco, maltrecho, mecándose los cabellos, golpeándose el rostro y llenando los ecos de la ribera con sus gemidos. ¡Eres libre, Hermias!—le grita la joven desde lejos.—Sí, dice el padre...

Acércase, é imponiéndole las manos sobre la frente, dice: «¡Sí, eres libre, Hermias!... Oh Febo servador; oh Jove, que proteges, y salvas y liberas; y vosotros, oh dioses infernales; hermanas vengadoras; y vosotros, hombres, dioses y diosas, sed testigos de que doy libertad á Hermias de Delos.

Vete, hijo mío, y atraviesa el ponto.
Vuelve á ver de tu Delos la ribera,
y cuando lleves á tu amante hermosa
á los altares de himeneo, dila
que es Aristón de Tenos un anciano
piadoso, y que respeta las deidades.»

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.





CONDICIONES NECESARIAS EN TODO GOBIERNO

MEMORIA

LEÍDA EN EL ATENEO DE MADRID POR DON JUAN REINA, SECRETARIO PRIMERO
DE LA SECCIÓN DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.



SEÑORES: Al ocupar esta tribuna, apenas inaugurada y ya ennoblecida por ilustres socios de esta corporación, representantes de la política, la ciencia, la crítica y la poesía españolas; al contar entre vosotros, mis amigos, cuanto de máspreciado en frutos ó esperanzas atesora el genio de nuestra patria, desaparece en mí la altivez del español, comprendo mi pequeñez y os pido benevolencia.

Extraño á la historia de los partidos, amante de la verdad, testigo silencioso, hasta aquí, de los violentos trastornos que en poco tiempo ha sufrido el organismo del Estado, me presento ante vosotros exento de preocupaciones y abrumado de dudas, á emitir aquellas opiniones que vuestra enseñanza y el trato de los libros despiertan en mi pensamiento, ó á señalar el cuestionario de los problemas que, en mi sentir, han de quedar sin solución posible en el estado actual de la ciencia política.

El tema que habéis elegido para nuestros debates del presente curso, es sumamente complejo. Saber qué «condiciones

son necesarias en todo Gobierno» supone un concepto claro de éste, de su origen, de sus diversas fomas, de sus funciones, de sus fines; y para conocer con precisión y claridad estos elementos, hace falta poseer la noción completa del Estado, ó sea su naturaleza, extensión y atribuciones. Cada uno de estos elementos es hoy un problema puesto á debate por la ciencia. Desde el libro del filósofo que, remontándose á los primeros principios de todas las ideas, busca la luz en las tinieblas de la razón, hasta el folleto de partido ó el artículo de periódico, donde la pasión habla á la pasión, en la cruenta lucha por la vida, un verdadero raudal de publicaciones hace gemir diariamente las prensas en todo el mundo civilizado, sin que hasta hoy haya podido encontrarse, ni se abrigue esperanza de encontrar una ley matemática, indubitable, que, nuevo Iris, ponga fin á la polémica.

No por esto quiero huir las dificultades; hay que abordarlas. Pero es tarea esta, señores, que no puedo terminar yo solo. Ni tendría tiempo para ello en esta noche, ni alcanzarían mis fuerzas á dominar tan vasto asunto. Será, pues, indispensable que todos colaboréis, que mi discurso no sea más que el punto de partida al detenido estudio que durante el presente año académico hemos de realizar, sometiendo todas las ideas á juicio contradictorio, pasando cuantas teorías hayan de exponerse por el filtro de vuestra palabra, y sellando las que se admitan con el prestigio de vuestra opinión. Yo marcaré los términos del debate; vosotros emprenderéis la batalla.

No siendo posible á ningún espíritu humano contemplar impasible tan interesante litigio sin tomar parte del lado que más seduzca su voluntad, también descenderé con vosotros á la arena, bastante caldeada ciertamente por los primeros escarceos de nuestras fogosas contiendas, y dando rienda suelta á la pasión, que hoy me veo obligado á reprimir, también combatiré por los ideales que me sean simpáticos. Mas por esta noche, permitidme que intente sostener la más completa neutralidad.

En la ciencia política como en otras muchas ciencias, se divide el campo entre dos escuelas principales, por lo que respecta al procedimiento que debe emplearse en la investi-

gación de la verdad: la escuela que acepta el método inductivo ó analítico, tan acreditado hoy por el esplendor, que gracias á sus ventajas, han logrado las ciencias naturales y la que conservando las antiguas tradiciones aristotélicas se apega al método sintético ó deductivo. En una y otra escuela encierran sus opiniones los más irreconciliables enemigos. Partidarios de la inducción hay que niegan la libertad y proponen el más brutal absolutismo, como único régimen de gobierno posible, en un mundo fatalmente condenado á una vida que es muerte, mientras que con sus mismas armas dialécticas se recrean otros en ver cómo de la muerte germina la vida, como en el caos informe aparecen núcleos dinámicos, semillero de mundos, fundamento de maravillosos é infinitos organismos vitales que en incesante progresión, á fuerza de combinaciones y movimiento han de lograr las más altas y sorprendentes trasformaciones, hasta conseguir el grado de perfección ideal de que es susceptible su naturaleza. Secuaces hay, por el contrario, del método sintético ó matemático, que admitiendo la libertad psicológica, niegan la libertad política, y otros que, partiendo de supuestos axiomas, llegan de deducción en deducción hasta consagrar la anarquía y la comunidad de bienes, como el límite supremo de la especulación filosófico-jurídica. Difieren entre sí los primeros por la inexactitud de los datos en que fundan sus generalizaciones. Combaten encarnizadamente los segundos por la radical oposición que existe entre las supuestas verdades sobre que erigen sus construcciones ideológicas.

No es, por tanto, la cuestión de método, cuestión de partidos. Nada prejuzga la elección de uno ú otro, como no sean las probabilidades mayores ó menores de buen éxito en el examen de los problemas que se hayan de resolver.

Es el método, respecto de la ciencia, lo que los cimientos respecto del edificio. No es lo mismo edificar sobre una roca que sobre un volcán.

Hay que buscar primero un terreno firme; después vendrán las disputas acerca de los diversos estilos arquitectónicos.

Se culpa generalmente á los naturalistas modernos de estar demasiado orgullosos con los progresos de las ciencias

físicas, y querer invadir el terreno en otro tiempo monopolizado por las ciencias morales. Nada menos exacto que esta última afirmación. Antes se hacían comparaciones entre unas y otras ciencias, se cotejaban los fenómenos observados en la vida del espíritu con los de la vida material, se encontraban curiosas semejanzas entre las edades de los pueblos y las del hombre, sin que ningún pensador se alarmase. En los libros de los filósofos griegos, en los de los moralistas romanos, en ese colosal monumento llamado obras de los Santos Padres, que entre el polvo de las bibliotecas aguarda á ser estudiado por generaciones menos frívolas que la nuestra, se encuentran esparcidos fragmentos retóricos de este género. Pero cuando por una observación más detenida se quiere dar valor real á estas imágenes poéticas, aparece la reacción, y muchos filósofos que hace algunos siglos no hubieran tenido inconveniente en decir con Platón que el Estado debe imitar al hombre en su estructura, creerían hoy hacer con estas palabras una concesión demasiado atrevida á la escuela naturalista, que trata de convertir en profecía más ó menos consciente esa afirmación del filósofo griego, demostrando que, en efecto, el «Estado es un organismo viviente, sujeto á las mismas leyes biológicas que el sér humano.»

Un fraile franciscano pudo inventar el método inductivo y proclamar sus excelencias para el estudio de las ciencias naturales, sin que el mundo se estremeciese; y el benedictino Feijóo, imperando la Inquisición española y el régimen político absolutista, pudo proclamar el más desesperante escepticismo filosófico, anticipándose á Spencer en mucho de lo que el moderno escritor dice en su teoría de lo incognoscible, y aventurar algunas profecías respecto al futuro delineamiento de las esferas de la ciencia y de lo que eternamente escapará á los alcances de la razón humana, sin que las creencias religiosas, ni la moral cristiana sufriesen la más ligera perturbación.

No está, pues, en el método sino en los abusos que á su sombra comete la pseudo ciencia de algunos ideólogos extravagantes, el peligro que á muchas conciencias preocupa en nuestros días. No asusta la verdad de la pluralidad de mundos, sino la mentira de la metempsicosis.

Urge á los hombres de ciencia evitar á todo trance que se confundan las teorías demostradas con hipótesis más ó menos caprichosas que sin adelantar un paso en el camino de la verdad, estorban su adquisición y espantan á los menos decididos.

«La fisiología,» ha dicho en una obra reciente el ilustre católico Besson, «puede precisar y esclarecer la coincidencia de ciertos fenómenos de la actividad cerebral del hombre con las percepciones del espíritu ó con los actos de la voluntad. La Iglesia no se escandaliza. Tampoco cuando la química, por análisis ó por síntesis de los cuerpos, encuentra siempre los mismos átomos; ni cuando la física estudie las trasformaciones de la fuerza, hallando siempre la misma cantidad total de energía; ni cuando ambas ciencias deduzcan de ahí que nada se destruye ni crea en el mundo tal cual hoy está constituido. Unicamente condenaría al físico ó al químico que de estos hechos pretendiese deducir la imposibilidad de una acción creadora ó la inutilidad de un primer motor» (1).

Contra este peligro, más aparente que real, del método inductivo hay otros de una gravedad inmensa en el método matemático ó deductivo, aplicado á la ciencia política.

Permitir á un filósofo que establezca *à priori* las verdades axiomáticas que han de servir de fundamento á su sistema es consentir en una verdadera petición de principio.

Aristóteles, en su política, ha legado un monumento impeccedero, no por las teorías generales que establece, sino por la observación y profundo conocimiento que tenía de la constitución íntima de todos los pueblos de Grecia. Describiendo la organización social de un pueblo real y vivo escribió para todos los tiempos, porque en cualquier época de la historia pueden verse cumplidas todas las leyes biológicas como en una pulgada de espacio se pueden observar todas las leyes mecánicas que rigen el universo. Mas cuando Aristóteles pretende teorizar, consigna errores como el de calificar de derecho natural la esclavitud, porque esta idea era tenida por verdad axiomática en su siglo.

(1) Besson: *Forces morales du XIX siècle*.—París, 1883.

No es dado á los hombres eliminar de su espíritu las preocupaciones del mundo que les rodea. Hoy llega esta convicción en los críticos hasta el punto de servir como alegato de irresponsabilidad en las acusaciones que se formulan contra muchos personajes de la historia. Maquiavelo, por ejemplo, va dejando ya de ser el prototipo de la perfidia política; sus obras se depuran hoy de cuantas infamias contienen para cargarlas sobre la sociedad que las practicaba sin rubor ni escándalo. Los errores propagados por Rousseau no son más que una resultante del movimiento filosófico de Francia y de Inglaterra en el siglo XVIII.

Uno de los genios filosóficos de nuestro siglo, nada menos que el fundador del positivismo como sistema especial, Augusto Comte, cuando abandonando el procedimiento de inducción quiso dogmatizar, dió motivo para que más tarde otro positivista más reflexivo y prudente, Herbert Spencer, le tildase de miope, diciendo que al formular las futuras asociaciones industriales no hacía más que plagiar la organización militar que en tiempo de Comte regía los destinos de Francia.

No quiere decir esto que la crítica niegue la espontaneidad del político ni del pensador, sino que, entre los habitantes de un país en una época determinada, existe, en medio de sus divergencias, cierto orden de ideas y de sentimientos generales que, no obstante servir como base de argumentación de las más extremas opiniones, guardan perfecta armonía con la estructura social que les informa. Algo como una luz mágica que da un mismo color á todos los objetos.

Otro ejemplo, alegado entre mil, nos sugieren los socialistas alemanes, que poseídos de la misión de reorganizar la sociedad y no siendo capaces de abandonar el régimen político bajo el cual han sido educados, preconizan un sistema que en el fondo no difiere del que desearían destruir. En él la vida y el trabajo son reglamentados por autoridades públicas, presentes en todas partes como las que ahora existen y mucho más opresoras (1).

(1) Spencer; *Sociología*, parte tercera, pág. 336.—París, 1883.

La abstracción filosófica ha sido durante muchos años el falso terreno sobre que se han edificado las quimeras y utopías que han costado torrentes de sangre á la moderna Europa. Olvidando la energía acumulada por los elementos históricos que determinan la organización social; prescindiendo de lo contingente, que es la vida, para buscar las leyes naturales de un derecho perfecto existente, sin relación de tiempo ni espacio con la humanidad, una ciencia política, en suma, perfecta, inmutable como las leyes matemáticas, imaginaban algunos pensadores del siglo próximo pasado que tendrían la clave para trazar por medio de ecuaciones el cálculo de las relaciones de los hombres entre sí y el Gobierno de los Estados. Tal era ciertamente el plan de Rousseau. Dejándoles establecer las premisas, no hay lógica posible en contra de las consecuencias. Si se les permite abstraer la idea de hombre de las cualidades accidentales de tradiciones, afectos, patria, familia, intereses y suponer una multitud que en un momento determinado se reúne en campo que ninguno ha ocupado ni beneficiado antes que otro, para tratar algo que importe por igual á todos, necesariamente habrá de concederse que todos tienen derechos iguales. No pueden alegarse diferencias, puesto que en la hipótesis se ha prescindido de todo lo que pueda diferenciarlos. Todos son libres, puesto que axiomáticamente se rechaza toda sujeción brutal del fuerte sobre el débil y todo privilegio de clase fundado en una opresión más ó menos remota. Siendo todos libres y todos iguales, ninguno podrá ejercer autoridad sobre otro sin consentimiento de éste; y como la voluntad es mudable, la autoridad volverá á su primitivo origen tan luego como cese el consentimiento. Si uno ó varios de entre los contratantes reciben de los otros encargo de manejar los intereses de la asociación ó de administrar justicia entre ellos por virtud de leyes redactadas por especiales mandatarios, todas estas atribuciones oscilarán al sólo aliento de la voluntad soberana que les sostiene, y el contrato será la base de todo derecho futuro. Si la historia niega la posibilidad de este ensueño, se borraré la historia como se borran las cifras de un encerado para escribir otras nuevas, método de eliminación que según palabras de Condorcet, «es

el único que puede en cierto modo levantar una barrera eterna entre el género humano y los antiguos errores de su infancia.»

Obligado por la propia lógica, Rousseau no puede admitir el derecho hereditario en ninguna de sus formas y señala la vida del hombre como límite de la propiedad; no puede aceptar la delegación del poder político y tiene que reducir considerablemente la extensión de la República; pero aunque ninguna de sus conclusiones hubiese prevalecido, bastaría su método de enjuiciar para renovarlas é idear nuevos delirios, ante los cuales los sueños de Rousseau fuesen débil muestra de la insuficiencia de un hombre ni aun de muchas generaciones para crear el más secundario de esos organismos tan defectuosos que sostienen de un modo estable y progresivo, á un tiempo, la máquina social.

No obstante, las teorías de Rousseau, expuestas por él con esa fuerza de convicción y hermosura de estilo que, como las espadas maravillosas de los cuentos románticos, tienen el privilegio de dar siempre la victoria al campeón que las esgrime, han servido de inspiración á una numerosa serie de tratadistas y de enseña á los partidos revolucionarios de Europa en todo lo que va de siglo.

Profesados como regla de fe política los derechos llamados del hombre, han sido escrupulosamente consignados en libros, discursos y constituciones, como ilegislables, imprescriptibles é inalienables. La soberanía del pueblo se ha considerado fuente única de todo poder, y sobre estas premisas se ha ideado toda una ciencia política, como sobre unos cuantos axiomas matemáticos se funda la geometría.

Vistas á la luz del sentido general de nuestra época estas afirmaciones de la libertad de conciencia, la igualdad ante la ley, la necesidad de libertades públicas que permitan la pacífica intervención de los ciudadanos en la redacción de las leyes que á todos interesan y que todos han de cumplir; en la votación de los impuestos que todos han de pagar; en la administración de justicia y demás funciones que constituyen el sistema llamado gobernación del pueblo por sí mismo, tendrán muy pocos impugnadores mientras no haya de fijarse el grado preciso de esa intervención; si ha de ser directa ó delegada, qué

funciones del Estado han de ser regidas de una ú otra manera; pero cuando se descende al análisis de las fuentes metafísicas de donde estas ideas emanan, el acuerdo es imposible.

Como reacción contra este procedimiento, aparece la escuela histórica que, no encontrando más fuentes de enseñanza que la experiencia de las naciones, ni más bases de inserción para las funciones del Estado que la modificación gradual de las instituciones tradicionales, ofrece abundante caudal de inspiración á la escuela armónica que, fundiendo las especulaciones del pensamiento con las enseñanzas de la observación, debía preparar el terreno al concepto orgánico del Estado como sér natural viviente y progresivo, bien se le considere fisiológicamente organizado según las leyes de la biología general, ya se le atribuya una manera especial de existir conforme á leyes puramente peculiares.

A medida que las ciencias progresan, van iniciándose en todas ciertas tendencias á la unidad de principios y de procedimientos correspondientes á esa misma unidad en las leyes eternas que informan la vida del universo.

Este carácter de unidad ha dado origen al nuevo concepto de la idea de Estado. Así como el telescopio y el microscopio han ensanchado notablemente los horizontes de las ciencias naturales, permitiendo hoy estudiar como aspectos diversos de unas mismas leyes físicas cuantos fenómenos ofrece la vida de los seres, desde los animalejos que á millares pueblan una gota de agua, hasta las inmensas aglomeraciones cósmicas que determinan la nebulosa donde se fraguan esas hornadas de soles que pueblan los espacios, hay para las ciencias sociales otros microscopios y telescopios que ensanchando el campo de observación permiten vislumbrar sus relaciones con las ciencias de la naturaleza, y dan motivo, cuando no razón suficiente, para asegurar su completa homogeneidad.

Los grandes progresos realizados por la economía política y la estadística; un estudio más reflexivo de la historia auxiliada por ciencias nuevas ó que en nuestro tiempo han expe-

rimentado una progresiva transformación, permite hoy al político estudiar con más certero juicio las causas que determinan la formación de las sociedades, sus vicisitudes, cambios y tendencias. De igual modo que la observación de los naturalistas niega hoy la generación espontánea de los organismos que se conocen en zoología, echando así por tierra las afirmaciones más ó menos modernas de algunos que tenían el valor suficiente para negar el *fiat* primero del eterno Hacedor, y que carecían de ciencia bastante para explicar cómo de lo inerte y homogéneo nace lo organizado y vivo, también hoy la ciencia política niega esas generaciones espontáneas de sociedades hechas de una pieza, constituídas políticamente, con medios completos y adecuados de relación para todas las esferas de la vida.

Gracias á los adelantos de la historia, cayeron para siempre los Zoroastros, los Minos y los Licurgo; gracias á la estadística, á la economía y al espíritu sereno y reflexivo con que la crítica moderna estudia las necesidades y tendencias de los pueblos, están cada día más desacreditados los Rousseau, los Mably y los Saint-Just; ya en política no creemos en la generación espontánea, y dando todo el valor que tiene á la voluntad humana, fuente perenne de poder y eterno regulador de las instituciones, no apreciamos ningún elemento social sino por el valor dinámico que tiene; vemos que en la historia todo pasa y todo queda; dudamos de la eficacia de doctrinas innovadoras que tratan de poner soluciones de continuidad en la vida de los pueblos; examinamos cómo nacen, luchan y se compenetrán hasta dar una resultante que en su unidad y variedad contiene armonizados los caracteres de todos sus elementos, las diversas energías sociales; y de los conflictos entre las voluntades parciales de los individuos entre sí, y de ellos en cada momento con la herencia legada por la acción continua y no menos legítima de otras generaciones, deducimos la determinación de una voluntad general más reflexiva, poderosa y atendible que la primera.

La antigua clasificación de los Gobiernos formulada por Aristóteles y mil veces repetida con ligeras variantes por los tratadistas de derecho político no sirve ya como verdad cien-

tífica, y si todavía se consigna en algunos libros y monografías, es solamente á modo de signo convencional, como se habla en astronomía de constelaciones, no obstante haberse demostrado que entre las estrellas de un mismo grupo hay á veces más distancia y diversidad de tamaño que entre éstas y las de otro distinto, no obedeciendo su clasificación más que á la torpeza de la vista del hombre, que las supone enclavadas en un mismo plano y trazando figuras que sólo un esfuerzo de imaginación puede encontrar exactas.

Ya en política, como en física únicamente se habla de fuerzas, ó mejor dicho, de energías. El Estado es un sér natural complejo, que resulta de la organización política de la nación en tiempo y espacio determinados.

El estadista no es un soñador que delira el papel de Prometeo encadenado, sino un hombre atento á las palpitaciones de la vida, á las necesidades del momento; no crea paraísos de Mahoma para los que adopten sus ideales, no busca la piedra filosofal; es mucho más modesto, pesa y mide.

Un estudio comparativo de las apreciaciones hechas por los historiadores del siglo XIX acerca de la revolución francesa nos daría idea de la línea trayectoria seguida por la ciencia política en este mismo período de tiempo.

Desde los primeros entusiastas ó los primeros detractores de esa gran sacudida experimentada por la nación francesa á fines del siglo pasado, que creían narrar el acontecimiento más grande de nuestra era, como si en la vida social se hubiesen operado por un solo arranque de heroísmo ó de locura un cambio completo en la manera de ser y de pensar de Europa, hasta el último de estos historiadores, Hipólito Taine, que en los primeros capítulos de su obra, *El antiguo régimen*, anuncia que va á tratar su asunto con el mismo primor que un naturalista emplearía ante la metamorfosis de un insecto, están contenidos todos los matices y oscilaciones del pensamiento filosófico de un siglo que ha visto nacer, desarrollarse y llegar á su apogeo ciencias nuevas y engrandecerse las ya fundadas con anterioridad, hasta un grado de esplendor que maravillaría á todo el que no pensase que son ligero esbozo de los adelantos del porvenir.

Paralela á estas apreciaciones ha ido trasformándose la idea del Estado y por ende los fines que á éste corresponden; el concepto de los poderes públicos, su misión y los caracteres esenciales, necesarios á todo Gobierno para el cumplimiento de esos mismos fines.

En una antigüedad relativa de la ciencia política se atribuía un fin distinto á cada Estado particular. Montesquieu enumera varios. En su concepto, el objeto del Estado romano fué el engrandecimiento, el de Lacedemonia la guerra, el de los hebreos la religión, la tranquilidad el de China, etc., etc. El capítulo termina diciendo que el fin del Estado en Inglaterra es la libertad. Aunque se ha dicho que el ilustre Presidente del Parlamento de Burdeos, en vez de escribir «*L'Esprit des lois*,» «*Il faisait de l'esprit sur les lois*,» es lo cierto que en su admiración por Inglaterra y su estudio constante de la historia de todos los pueblos, se libró en gran parte de los errores filosóficos de su siglo. Mas no pudo estar á salvo de una preocupación que aun hoy tienen muchos sostenedores, la de creer que el Estado es algo exterior y distinto, ó juxtapuesto con separación perfecta de la masa social en que actúa.

Con posterioridad á Montesquieu y á los escritores ingleses en quienes se inspiraba, una nueva secta de metafísicos habla del Estado de derecho, dando al Estado como única ó principal misión el sostenimiento de la justicia; otros ensanchan su esfera de acción á las necesidades económicas y á la prosperidad material. Todos sin abandonar un punto la expresada distinción.

Pero una vez admitida la teoría, en cuya virtud el Estado es un organismo perfecto, ni interior ni exterior á la nación en que se determina, como no cabe distinguir entre el hombre y el cuerpo humano, por más que con la primera de dichas locuciones se aluda á la personalidad, y con la segunda á la sustancia en que recae, el fin del Estado no puede ser otro que el de todos los organismos, vivir bien.

Este fin, en mi concepto, es comprensivo de todos los anteriores y de otros, que por estar incluídos en ellos no me detengo á enumerar. Vivir bien, es conservar el orden, realizar el progreso, favorecer los intereses económicos, el esplendor

de las artes, el adelanto de las ciencias. Vivir bien, es el goce de libertades públicas; es garantizar la propiedad; es, en suma, el mejoramiento de la gran herencia recibida de otras generaciones para legarla íntegra, rica y próspera á las generaciones sucesivas. Cualquier otro fin que se le atribuya, pecará por deficiente. Si es sólo garantizar la libertad del individuo, se desconoce la alta personalidad que resulta de la organización social. Si favorecer los intereses particulares, es, á más de lo antes dicho, desconocer la complejidad de los fines humanos.

En ese caso, *¿qué condiciones serán necesarias á todo Gobierno para que el Estado realice su fin?*

Lejos de mí la risueña esperanza de proponer una fórmula que sea universalmente aceptada por todos los partidos, aunque al pensar en ella hayan estado más lejos de mi ánimo las luchas diarias que nos dividen y hacen que hasta en este recinto, que debería ser templo de refugio contra tan dura ley de la existencia, estemos separados en banderías, que en cuantas cuestiones se suscitan se creen obligadas á partir el sol y el campo. Diré, sí, lo que la observación de la historia de los poderes públicos y sus conflictos con la opinión me sugiere en este asunto.

En mi sentir las condiciones que ha de reunir todo Gobierno son:

Prestigio, unidad y energía.

Todas las discusiones acerca del origen y residencia de la soberanía serán estériles entretenimientos de escuela si un Gobierno establecido con arreglo á los principios científicos que quieran reconocerse como esenciales, carece de estas tres condiciones, ni creo que pueda augurarse larga vida al que teniendo algunas carezca de las restantes.

¿Cómo se adquiere, cómo se conserva y pierde el prestigio en el Gobierno?

Sin duda por la fuerza de la opinión.

De ahí que el estudio y conocimiento de la opinión pública haya sido siempre el principal cuidado de los Gobiernos estables.

Dice Mr. Taine que la obediencia al Gobierno por la sola eficacia de la Constitución es un milagro que los pueblos reali-

zan todos los días. Unicamente la historia puede dar una explicación natural de esta maravilla.

La necesidad de la cooperación para fines comunes provoca en el hombre el instinto de asociación. Una vez la asociación establecida, la voluntad de todos da valor coercitivo á la cooperación, convirtiéndola en forzosa. Entonces aparecen dos tendencias en el seno de las sociedades, la defensa del individuo contra la presión social y la fuerza de coesión que le obliga á servir los intereses colectivos. Esta lucha subsiste en nuestros días y por su eficacia se ha constituido en gran parte el organismo del Estado.

Al Gobierno que preside sus destinos cumple por misión en cada momento contrapesar estas dos tendencias para conservar su perfecto equilibrio.

Mas, ¿qué cosa es la opinión pública? ¿Cómo se manifiesta? ¿Cómo se aprecian sus oscilaciones? ¿Cómo se obtiene la eficacia de sus fallos? ¿Quién la interpreta? ¿Quién la define?

Un buque parte viento en popa para una larga travesía; la brisa hincha sus velas, el oleaje lame cariñoso las paredes de su casco, y si el marino considera causa primera lo que es efecto último y es pagano de religión, dará á Zéfiro las gracias por tan benéfico auxilio. La nave es el Estado, comparación clásica en los libros de política; el marino es el Gobierno y el viento la opinión. Para los que en el voto popular encuentran la única fuente de soberanía de hecho y de derecho, nada tiene el marino que temer, nada que observar. Pero cambia el viento de repente, se desencadena el huracán, las olas se encrespan, el mástil cruge y el buque empieza á zozobrar. ¿No contaba con un viento favorable? ¿No había el marino hecho sacrificios al Viento? O en otros términos, ¿no teníamos un Gobierno popular, simpático á la opinión, favorecido con sus votos?

Siguiendo nuestro símil. El marino de los tiempos paganos se ha convertido en el sabio navegante. Sabe que el vendaval no es causa, sino efecto; se vale de ciencias auxiliares de la ciencia náutica; conoce los escollos y arrecifes; pide á la meteorología sus instrumentos de observación; á las matemáticas, sus cálculos; á la física, la brújula, y á la geografía, sus mapas.

Evita las rocas, estudia los ciclones, construye sabiamente su barco, y espera que un día, tal vez no lejano, podrá prever los cambios atmosféricos.

Ya sabe que el aire es inerte de por sí; que sin los variables efectos del calor solar sobre las diferentes partes de la superficie terrestre, no habría tempestades; y no contento con esta explicación, investiga las causas del calor solar y de sus radiaciones. No ofrece sacrificios, su pensamiento se engrandece, busca algo eterno, inmutable en lo contingente y pasajero; no llama ingrato al viento si desatiende su holocausto, ni declama contra sus veleidades cuando le abandona, sino que lucha por dominarlo y servirse de su mismo empuje para llegar á seguro puerto.

Esa causa primitiva en política como en física no es otra que la fuerza.

¡Ya pareció la maza de Hércules! Dirán con cierto poeta ilustre aquellos de mis oyentes mal avenidos con el dinamismo social de las escuelas modernas. No es lícito confundir la fuerza con la violencia. Elementos poderosos de energía social son el sentimiento religioso, el amor de la patria, los intereses económicos, la moral, la propaganda científica; fuerza hay en el canto de Tirteo que inflama el pecho del soldado griego; fuerza en la palabra de Pedro el Hermitaño, que del Occidente sobre el Oriente lleva las oleadas humanas como el ciclón en los mares vuelca montañas de agua de uno á otro hemisferio. De igual modo que la física nos enseña cómo una onda luminosa se convierte en calor y el calor en movimiento, podrá saberse cómo la idea se transforma en doctrina y la doctrina en acción.

Estudiar la opinión pública, fuente de prestigio para un Gobierno, equivale, pues, á examinar una por una las energías que actúan en la vida de cada pueblo.

Á dos pueden reducirse las opiniones fundamentales acerca de los diversos medios ideados por legisladores ó tratadistas para obtener un conocimiento claro de la verdadera voluntad de una nación.

De un lado están los que atienden en primer término al número de votos individuales y encuentran en el sufragio emi-

tido directamente por todos los ciudadanos la expresión exacta de la voluntad general. En esta escuela, es de rigor lógico la abolición de poderes hereditarios, tanto en la jerarquía gubernativa como en la legislativa ó judicial. Llamar á un pueblo soberano y anunciarle su acatamiento á toda una serie de Príncipes nacidos ó por nacer sin que siquiera le sea dable, como á los antiguos germanos, elegir dentro de una casta privilegiada, es una verdadera contradicción.

Esta ha sido la lógica de muchos partidos revolucionarios. Cuantas veces se ha intentado en la moderna Europa implantar una monarquía erigida por sufragio popular se ha caído en idéntico absurdo. Porque, una de dos, ó el pueblo ratifica á cada momento su voto, lo cual sería pedirle el milagro de que nos habla Mr. Taine, ó lo que es más fácil, se falsifica el sufragio, lo cual es una insigne hipocresía que provoca las iras populares.

El pueblo es impaciente y fogoso. Suele parecerse á esos bravos de Andalucía que cuando no les invitan á una boda se enojan, y más de una vez, si el desaire es continuado, se presentan garrote en mano y se agua la fiesta.

En contra de dicha opinión está la de los que entienden que la voluntad del Estado no se conoce por medio de una suma, sino en los votos acumulados por asentimiento ó explícita manifestación, en toda la vida de un pueblo.

Esta escuela va logrando el triunfo entre los escritores modernos; aunque todavía, á mi juicio, no está suficientemente adelantada la estadística para vencer las dificultades que ofrece.

Es claro que en cada momento de la Historia están personalmente representados todos los intereses sociales de una nación; pero, ¿cómo apreciar el valor real de cada uno de ellos?

Si fuera dable á la estadística constituir una medida equivalente de energía á la cual pudieran traducirse las fuerzas heterogéneas; si hubiésemos hallado el valor de una caloria social y hablásemos por unidades de ciudadanía como indica Lorimer, tendríamos el problema resuelto. Cada elector votaría tantas veces como unidades sociales representara; pero hoy esto es un sueño. Hay que elegir entre dos extremos: ó

respetar las instituciones históricas en lo esencial que tiene la Constitución de un país y dejar únicamente al sufragio, más ó menos ámplio, pero siempre limitado, de los ciudadanos el nombramiento de los miembros de la Cámara popular y parte de la alta Cámara, en los pueblos donde no existe una aristocracia tradicional, activa y llena de prestigio, ó admitir el sufragio universal, como expresión total de la soberanía, á despecho de las numerosas rectificaciones que hayan de turbar á cada momento la paz pública y el orden establecido.

Cuántas reformas se han intentado hasta hoy, desde los proyectos de intervención de las minorías propuestos por Stuart Mill y Mr. Hare, hasta las científicas apreciaciones de Lorimer acerca del sufragio dinámico, no tienen, en mi opinión, valor bastante, y desde luego carecen de eficacia, en la parte que han sido ensayadas, para subvertir la Constitución de un pueblo y crear otra completamente nueva por una Asamblea que al verificarlo no se atenga meramente á consignar, como precepto, lo que ya estaba admitido por las costumbres y las tradiciones, modificando gradualmente sólo aquello que las necesidades públicas exijan.

La conveniencia de dos Cámaras, por ejemplo, tan hondamente experimentada en los países que han sufrido revoluciones y han vivido algún tiempo bajo la presión de una Cámara única y soberana, ¿no aboga en pro de este último aserto? Y al crear dos Cámaras en todos los países constitucionalmente regidos, ¿qué se intenta? Se ha dicho que se procura tener un poder que modere los excesos de otro. Pero ¿es posible que el pueblo tenga dos voluntades?

Y si sólo tiene una y ésta ha de ser soberanamente expresada, en virtud de sus sufragios, ¿con qué derecho se restringe su poder?

Yo creo, señores, que la necesidad de las dos Cámaras es, en efecto, innegable; pero su razón está en que el voto popular no es la expresión de *toda* la soberanía, sino de la soberanía del número, mientras que hay una parte respetabilísima de soberanía que no se cuenta, y esa ha de tener su representación en el organismo de los poderes públicos, bien sea por

medio de instituciones hereditarias, como en Inglaterra, bien, como en España, se procure felizmente dar cabida á todas las energías sociales, religión, ciencia, intereses económicos, jerarquía militar, propiedad, etc., por un sistema mixto de elección y derecho hereditario.

Finalmente: una vez asegurado para un Gobierno el prestigio de la opinión, ¿podrá considerársele firme y persistente?

En mi concepto, no, mientras no posea otras dos cualidades: *unidad y energía*.

La vida efímera de inmorales coaliciones, cuando por su esfuerzo unido logran un triunfo que no pueden disfrutar, nos ofrecería ancho campo para esclarecer la necesidad de la segunda de estas tres condiciones. ¿Y de qué serviría á un Estado poseer la más bella y perfecta de todas las Constituciones, si carecen sus Gobiernos de la energía suficiente para sostenerlas?

«En vano, dice Lavelay, se afirmará la libertad en cartas sonoras; ¿quién garantizará esas garantías?»

Otras condiciones pudieran exigirse, tales como prudencia, integridad, moralidad; pero estas, en realidad, son causas del prestigio, cualidad que viene á ser la síntesis de todas, puesto que en sí no es más que la conformidad del asentimiento público con la conducta del Gobierno.

Sin prestigio, no hay poder; sin unidad, no hay pensamiento; sin energía, no hay acción.—HE DICHO.





DIMITRI ROUDINE

POR

IVAN TOURGUENEF

. Conclusión (I)



o te sorprendas de mis comparaciones que entonces ya nacían en mi cerebro. Estas fueron mis ocupaciones durante dos años. Apesar de todos mis cuidados, los resultados no correspondieron á mis ensueños. Comencé á cansarme; mi amigo me molestaba pesándome como de plomo. Me volví pensativo, se me agrió el carácter. Su desconfianza se iba convirtiendo en una sorda irritación; una mutua malevolencia se apoderó de nuestros corazones, y llegamos á no poder hablarnos tranquilamente sobre la menor cosa; él buscaba siempre medio de probarme por alusiones muy transparentes que no estaba sujeto á mi influencia; unas veces cambiaba mis disposiciones, otras me dejaba completamente á un lado... Acabé por notar que llenaba en casa de aquel señor las funciones del parásito que paga la hospitalidad que recibe con

(I) Véase la pág. 90 de este tomo.

buenas palabras. Me era muy desagradable el prodigar en vano el tiempo y las fuerzas, y aun más, el ver sin cesar todas mis esperanzas desvanecerse. Comprendía muy bien lo que perdía alejándome de allí, pero no podía vencerme. Un día después de una escena brutal á la que asistí, y que me mostró á mi amigo bajo colores poco ventajosos, regañé definitivamente con él, y partí abandonando á mi gentil pedante, singular mezcla de la rudeza cosaca y la sensibilidad alemana...

—Esto quiere decir que tiraste el pedazo de pan cotidiano —exclamó Lejnieff poniendo las dos manos en los hombros de Roudine.

—Es verdad. Me encontré otra vez desnudo y ligero en el espacio. Vamos, bebe.

—¡Á tu salud!—dijo Lejnieff, levantándose para estrechar á su amigo en sus brazos.—¡Á tu salud, á la memoria de Pokorsky!... Él también ha sabido quedarse siempre pobre.

—Esta es mi primera aventura—continuó Roudine, después de un momento de silencio.—¿Es preciso continuar?

—Continúa, te lo ruego.

—No tengo gana de hablar; estoy cansado, amigo mío... pero puesto que tú lo quieres... Rodando aún por sendas y caminos, resolví hacerme por fin... vamos, no te rías... volverme un hombre activo y práctico, para lo que se me presentaba una ocasión favorable. Encontré á un tal Kourbeéff, de quien tal vez habrás oído hablar. ¿No le conoces?

—No, absolutamente. Pero Roudine, por el amor de Dios, ¿cómo no has comprendido con tu clara inteligencia que no era negocio para ti el hacerte hombre de negocios? Perdona ese juego de palabras.

—Ya sé muy bien, amigo mío, que no valgo para esto; ¡pero si hubieras visto á Kourbeéff! No vayas á figurarte que era un hablador superficial como tantos otros. Antes decían que yo era elocuente, y apesar de eso, comparado con él apenas parecía romper á hablar, ese es un hombre de una ciencia extraordinaria; en todo, un verdadero creador para lo perteneciente á la industria y el comercio. Los proyectos más inesperados y más atrevidos nacían por sí mismos en su ce-

rebro. Una vez reunidos, resolvimos hacer servir nuestro talento para una empresa pública útil...

—Tengo curiosidad por saber cuál fué.

Roudine bajó la vista.

—¿Vas á burlarte?

—¿Por qué me he de burlar? No, no me río...

—Se trata de hacer navegable un riachuelo del Gobierno de K***—respondió Roudine con una sonrisa contenida.

—¿Nada más que eso? Ese Kourbeéff sería sin duda capitalista.

—Tan pobre como yo—replicó Roudine, inclinando ligeramente su cabeza gris.

Lejnieff se echó á reír; pero se detuvo de repente y cogiendo la mano de su amigo, le dijo:

—No me burlo de ti, créelo, te lo ruego; pero me río porque ya esperaba esto. Pues bien; vuestra empresa quedaría en el papel, ¿no es cierto?

—No enteramente. Comenzamos su ejecución. Habíamos tomado trabajadores, y las obras estaban á punto de empezarse cuando sobrevinieron obstáculos. Primero, por parte del propietario de un molino que no quiso comprendernos; pero lo que era aún peor, descubrimos que no podía dirigirse el agua sin máquinas, y ¿dónde íbamos á buscar el dinero para esas máquinas? Estuvimos durmiendo en unas cuevas durante seis meses. Kourbeéff sólo se mantenía de pan y yo no tenía mejores alimentos que él. Por lo demás, no me quejo; la naturaleza es muy bella en esos parajes. Hacíamos esfuerzos sobrehumanos tratando de interesar á algunos comerciantes, escribiendo cartas y circulares. Esto sólo sirvió para hacernos gastar nuestro último *kopek* con ese proyecto.

—Creo que tu último *kopek* no sería muy difícil de gastar.

—¡Dios mío, no!

Roudine se puso á mirar por la ventana.

—A pesar de eso te juro que no era mala la empresa. Hubiesen sido inmensos los productos.

—¿Adónde se refugió Kourbeéff?—preguntó Lejnieff.

—Está en Siberia buscando oro. Pero estoy cierto de que acabará por hacer fortuna más tarde ó más temprano.

—Lo creo; pero lo que es igualmente cierto es que tú seguirás pobre.

—Yo, ¡qué quieres! Además ya sé que siempre pasé á tus ojos por un hombre nulo.

—Tú, ¡qué locura! Hubo un tiempo, es verdad, en que el lado malo de tu naturaleza sólo me saltaba á los ojos; pero ahora, créeme; empiezo á saber apreciarte con más justicia. No eres capaz de hacer fortuna... Pues bien; te quiero á causa de eso.

Roudine se sonrió un poco.

—Sí, verdaderamente te estimo más—repitió Lejnieff;—¿me comprendes?

Quedaron los dos silenciosos.

—Veamos; ¿quieres que pasemos al núm. 32?—preguntó Roudine.

—Dame ese gusto.

—Si no te molesto, pasaré á la tercera y última aventura.

—Cuenta, cuenta.

—Pues bien—continuó Roudine;—un día en que estaba muy desocupado (pues yo he tenido siempre muchos de éstos) me vino una idea. Tengo, me dije, bastante saber y mucho deseo del bien; tú no me negarás, lo espero así, ese deseo del bien.

—Estoy muy lejos de eso.

—Todos los demás proyectos habían fracasado, y un día me preguntaba á mí mismo por qué en vez de vivir en una laboriosa holgazanería, no trataba de hacerme profesor.

Roudine se detuvo y suspiró.

—¿Por qué había de vivir sin hacer nada?—continuó.—¿No sería mejor tratar de enseñar lo que yo sabía á los demás? Tal vez obtendrían alguna ventaja. Mis facultades no son nada comunes, y además tengo lengua..... Me resolví, por lo tanto, á abrazar esa nueva profesión. Costóme gran trabajo obtener una plaza, pues yo no quería dar lecciones de ocultis, y no podía de ninguna manera ocuparme de las escuelas de primera enseñanza. Por último, logré hallar una plaza en el gimnasio de esta villa.

—¿De profesor de qué?

—Profesor de literatura rusa. Te diré que nunca me puse á cosa alguna con tanto ardor; la idea de ejercer influencia sobre la juventud me encantaba. Pasé tres semanas preparando mi primera lección.

—¿La tienes ahí, en el bolsillo?

—No, la he perdido, no sé donde. Salió bastante bien y agradó mucho. Aun veo los rostros de mis oyentes, rostros buenos y jóvenes, con una expresión atenta y de inocente interés. Subo á la cátedra abrasado por la fiebre, y leo mi lección; había creído que duraría más de una hora, pero no tardé en concluir la más que veinte minutos. El inspector, un viejo, seco, con anteojos de plata y una peluca rabicortona, adelantaba de vez en cuando la cabeza hacia mi lado. Cuando hube ya terminado y abandoné mi sillón, me dijo: «Bien, muy bien, caballero, pero un poco trascendental, un poco oscuro; apenas habéis desarrollado el punto.» En cambio los estudiantes me seguían con la vista admirados. El entusiasmo es lo más precioso que tiene la juventud. Llevo mis notas para la segunda lección, y también para la tercera.... después me pongo á improvisar.

—¿Con éxito?—preguntó Lejnieff.

—Muy grande. Los oyentes venían por pelotones. Yo les comunicaba cuanto tenía en el alma. Había entre ellos dos ó tres muchachos de mérito verdadero: los demás me comprendían difícilmente, y, preciso es que yo lo confiese, los mismos que me comprendían me turbaban á veces por sus preguntas. En cuanto á su afecto, lo había adquirido desde el principio; todos me adoraban, en los exámenes daba siempre buenas notas. Pero ya habían comenzado á intrigar en contra mía. Y además, ¿era necesario intrigar para perderme? Yo no estaba en mi esfera, esta era la verdad. Molestaba á los demás y los demás me pesaban y me ahogaban á mí. Yo hacía á mis discípulos en el gimnasio explicaciones que oyen muy rara vez los estudiantes de la Universidad; pero apesar de eso mis oyentes sacaban poco fruto, pues, como tú sabes, mi erudición es bastante fina y soy más bien un hombre vulgar que un sabio, propiamente dicho. Por otro lado, yo no

me podía contener en el círculo estrecho en que se movía mi actividad. Tú no ignoras que esa ha sido siempre mi falta. Yo quería una transformación radical en el gimnasio, y te juro que esa transformación podía realizarse fácilmente. Esperaba lograrla por medio del director, hombre honrado y excelente, sobre el que había empezado á tener influencia. Su mujer me ayudaba. Amigo mío, rara vez he encontrado una mujer parecida á esa. Tenía ya cerca de cuarenta años, pero creía en el bien, amaba lo bello como una muchacha de quince años y era tan valiente que sostenía sus convicciones ante el universo entero. Nunca olvidaré su noble entusiasmo, su pureza. Yo tracé un plan siguiendo sus consejos, y entonces fué cuando trabajaron para empequeñecerme y afearme en su espíritu. El profesor de Matemáticas se mostró mi más cruel enemigo. Figúrate un hombrecillo bilioso y maldiciente, sin creencia alguna, un hombre del género de Pigassoff, solamente mucho más distinguido que él... A propósito, ¿vive aún Pigassoff?

—Sí, y figúrate que se ha casado con una mujer del pueblo, que según dicen le pega.

—Bien lo merece. Y Natalia ¿está buena?

—Sí.

—¿Es feliz?

—Sí.

Roudine quedó un momento en silencio.

—¿De qué hablaba?... ¡Ah! sí, del profesor de Matemáticas. Me tomó odio; comparaba mis lecciones á unos fuegos artificiales; cogía al vuelo cada expresión que no era de rigurosa claridad, y una vez llegó hasta ponerme entre la espada y la pared á causa de un documento del siglo XVI que no conocía yo. Todas mis intenciones le eran sospechosas; la última de mis seducturas pompas de jabón vino á caer sobre él como sobre un alfiler. El inspector con el cual había estado más de una vez en desacuerdo, excitó contra mí al director; siguió á esto una escena en la que yo no quise ceder. Me sulfuré. El negocio llegó á someterse á las autoridades, y me ví obligado á dejar la plaza. No me dí por vencido, y quise demostrar que no se podía obrar conmigo de esa suerte... Pero por des-

gracia pueden obrar conmigo como quieran... Ahora es necesario que me vaya de aquí.

Hubo aún otro momento de silencio. Los dos amigos estaban con la cabeza baja.

Roudine fué el primero que tomó la palabra.

—Sí—prosiguió,—he llegado hasta el punto de decir cómo Kolzoffi: «¡A dónde me has conducido, oh juventud mía! ¡Ya no tengo en donde recostar mi cabeza!...» Y apesar de eso, ¿es posible que yo no sirva para nada? ¿Que no haya nada que hacer aquí bajo para mí? Muchas veces me he propuesto esa pregunta, y cualquiera que sean los esfuerzos que haga para humillarme á mis propios ojos, no puedo menos de sentirme animado de una fuerza poco común. ¿Por qué queda impotente tanta fuerza? Hay en esto un hecho que me admira. ¿Recuerdas los viajes que hicimos juntos por el extranjero? Yo era entonces presumido, embustero. Entonces ciertamente yo no me daba bien cuenta de lo que quería, y me embriagaba con el sonido de mis propias palabras; perseguía quimeras. Ahora, por el contrario, puedo decir en alta voz ante el mundo entero cuáles son mis deseos. Ya no tengo decididamente nada que ocultar, soy completamente y en el verdadero sentido de la palabra un hombre bien intencionado; he rebajado mucho mis pretensiones, quiero conformarme con las circunstancias; he restringido mis deseos, tiendo á lograr un fin más cercano; me contento con el más pequeño servicio que hacer, y sin embargo, nada me sale bien. ¿Qué razón hay para esta persistente desgracia? ¿Qué es lo que me impide vivir y obrar como los demás? Apenas tengo tiempo para crearme una posición definida; apenas puedo detenerme sobre un punto dado cuando la suerte me precipita fuera de la vía común. ¿Por qué es todo eso? Dame la solución de este enigma.

—¿Enigma? Sí, tienes razón, siempre fuistes un enigma para mí; ya en nuestra juventud, cuando yo te veía alternativamente obrar mal y hablar bien, y comenzar siempre así: «ya sabes lo que quiero decir,» entonces yo no te comprendía claramente; por eso cesé de quererte... Tienes mucho fuego y es infatigable el deseo que te arrastra hacia el ideal...

—Palabras, siempre palabras, y nunca acciones—interrumpió Roudine.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es muy sencillo: lo que quiero decir es que aun cuando no hiciese más que mantener á una abuela anciana y toda la familia, como hacía Kagenzoff, ¿no sería ya esto hacer algo?

Roudine miró á Lejnieff en silencio y sacudió tristemente la cabeza.

Lejnieff hizo un movimiento como si fuese á hablar, pero se detuvo, y solamente se pasó la mano por la cara.

—¿De veras te vas al campo?—preguntó al fin.

—Sí, me voy al campo.

—¿Te queda entonces alguna hacienda?

—Sí, aún me queda una cosa parecida. Dos almas y media. Tengo un agujero, á donde puedo ir á morir. Al oirme dirás para ti sin duda alguna: «Aun ahora mismo no puede éste pasar sin hacer frases.» Las frases son ciertamente las que me han perdido; me han devorado; no son frases, amigo mío; estos cabellos blancos, estas arrugas, estos codos rotos no son frases. Siempre fuiste severo conmigo y tuviste razón; pero ¿para qué sirve la severidad á estas horas, cuando todo acabó, cuando ya no hay aceite en la lámpara y cuando la misma lámpara, ya rota, deja ver la mecha casi consumida? La muerte debe reconciliarlo todo.

Lejnieff dió un salto en la silla y exclamó:

—¿Por qué me hablas de esa suerte, Roudine? ¿Por qué he merecido tan duros reproches? ¿Qué hombre sería yo si la palabra frase pudiera venirme á la cabeza á la vista de tus arrugas y de tus enjutas mejillas? Tú deseas saber lo que pienso de ti y te lo diré con mucho gusto. Pienso: este hombre, con sus facultades, ¿á qué no podría llegar? ¿Cuántas ventajas podría haber sacado en la tierra si hubiese tenido voluntad? Apesar de eso, está hoy desnudo y sin asilo.

—¿Excito entonces tu compasión?—dijo de repente Roudine.

—No, te equivocas; estimación y simpatía es lo que me inspiras. Esta es la verdad. ¿Quién te impidió el que pasases

toda una serie de años en casa de tu amigo el propietario? Estoy convencido de que habría asegurado tu porvenir si tú hubieses querido solamente acomodarte á su voluntad. ¿Por qué no has podido vivir en el gimnasio? ¿Por qué, hombre singular, cuando emprendías un negocio, le abandonabas, sacrificando tus propios intereses y sin echar raíces en tierra alguna, por fértil que fuese?

—Soy *perecati-pole* (1) de nacimiento—respondió Roudine con una humilde sonrisa.—No puedo detenerme.

—Eso es verdad; pero no lo que afirmabas antes de llevar dentro de ti un gusano roedor que te impide fijarte... No es gusano lo que llevas en ti, sino un espíritu que se agita sin hacer nada. El fuego que te consume es el del amor á la verdad, y apesar de todas tus debilidades, está claro que arde más fuertemente dentro de ti que en otros muchos hombres que no se tienen por egoístas y que osan llamarte á ti intrigante. Sí, en tu lugar, yo el primero hubiese destruído hace ya mucho tiempo ese gusano del cual tú hablas, y me hubiese reconciliado con la realidad; pero á ti nada te hace cambiar. Después de tantos dolores y de tantos desengaños, ¿tienes tú siquiera más hiel y más amargura? Estoy seguro de que aun hoy mismo, en esta misma hora, emprenderías un nuevo trabajo con el ardor de un joven.

—No, amigo mío, estoy ya fatigado—respondió Roudine, —muy fatigado.

—¡Fatigado! En buen hora; pero otro estaría muerto desde hace mucho tiempo. Dices que la muerte reconcilia; ¿crees entonces que la vida no reconcilia también? Aquel á quien la vida no le hace indulgente con los demás, no merece indulgencia para sí mismo. ¿Y quién podrá decir que no tiene necesidad de indulgencia? Tú has tenido fuerzas... ¿Qué te falta ya más? Nuestros caminos se han separado...

—Tú eres un hombre muy diferente á mí,—interrumpió Roudine dando un suspiro.

(1) Planta que crece en estepas, y cuya naturaleza es la de tomar raíces en donde la lleva el viento.

—Sí, nuestros caminos se han separado—repitió Lejnieff; —tal vez fuese porque gracias á mi fortuna, á mi sangre fría, y á otras circunstancias favorables, nada me ha impedido el quedarme con las manos cruzadas, como espectador ocioso, mientras que tú has debido bajar á la arena, remangarte las mangas, fatigarte y luchar. Nuestros caminos se han separado..... y apesar de eso estamos el uno al lado del otro, hablamos casi el mismo lenguaje, nos comprendemos con medias palabras y hemos crecido con los mismos sentimientos. Quedamos ya muy pocos de entre nosotros, somos los dos los *últimos mohicanos*. Pudimos separarnos, odiarnos tal vez antes, hace muchos años, cuando la vida nos parecía aún muy larga; pero ahora que las filas se aclaran en nuestro batallón, cuando las nuevas generaciones nos adelantan, persiguiendo fines que no son los nuestros, es preciso tenerse firmes uno y otro. Trinquemos, amigo mío, cantando tú como en los buenos tiempos: *gaudeamus igitur!*

Los dos amigos bebieron, y con una voz de falsete, con esa voz verdadera rusa, se pusieron á cantar con emoción esa antigua *lied* de los estudiantes alemanes.

—¿Pero decididamente te vas al campo?—continuó Lejnieff.—Creo que no estarás allí mucho tiempo, y no puedo imaginarme con quién ni dónde acabarás tu vida.... pero suceda lo que quiera, acuérdate que tienes siempre un refugio, un nido para albergarte: éste es mi casa. ¿Lo oyes, antiguo camarada? El pensamiento tiene también su cuartel de inválidos, y aquellos que le han servido deben hallar igualmente un asilo.

Roudine se había levantado.

—Gracias, gracias, amigo mío. No olvidaré nunca tu ofrecimiento. Pero soy indigno de él. He malgastado mi vida; no he servido al pensamiento como he debido.....

—¡Calla!—interrumpió Lejnieff.—Cada uno es como le ha hecho la Providencia, y no se puede exigir más. Te has llamado el *Judío errante*.... Puede ser que después de todo, la suerte te condene á errar eternamente; tal vez llevas con esto un destino superior, que tú mismo ignoras. ¿La sabiduría de los pueblos no nos dice que todos marchamos á donde

Dios nos marca con la mano? Marcha, pues, á donde Dios te conduce—continuó Lejnieff, viendo ya que Roudine buscaba el sombrero.—¿No quieres pasar aquí la noche?

—Me voy. ¡Adiós! ¡Gracias!... Apesar de todo esto, tengo el presentimiento siniestro de que acabaré mal.

—Dios sólo lo sabe... ¿Te vas decididamente?

—Sí. Adiós; no conserves un mal recuerdo de mí.

—Tú tampoco me guardes rencor... y no olvides lo que te he dicho. ¡Adiós, pues!

Los dos amigos se abrazaron, y Roudine salió rápidamente.

Lejnieff paseó por un rato de un lado á otro la habitación, y después se detuvo en la ventana y se puso á reflexionar; suspiró á media voz la palabra «desgraciado,» y se sentó, por último, al lado de la mesa para escribir á su mujer.

Se había levantado mucho viento y silbaba por fuera, lanzando lúgubres gemidos, que hacía resonar los vidrios bajo sus precipitadas y furiosas ráfagas.

Esto era sólo el preludio de una larga noche de otoño. Dichosos aquellos que en noche como aquella hallan abrigo bajo el techo doméstico al lado de su familia, junto un hogar que despide dulce calor... ¡El Señor vaya en ayuda de todos los desgraciados sin asilo!

Esto era el 24 de junio de 1848. La insurrección de los talleres *nacionales* estaba casi sofocada: el ejército y la Guardia nacional triunfaba en todos los puntos de París.

En una de las estrechas calles del barrio de San Antonio algunos obreros, que se habían hecho fuertes detrás de una barricada, tiraban aún de vez en cuando algunos tiros á los soldados, y éstos les respondían. Disponíanse á que cesase una resistencia ya inútil, cuando un hombre de alta estatura y larga cabellera flotante, casi blanca, apareció de repente sobre la parte más alta de la barricada. Estaba vestido con una mala levita, y llevaba una ancha banda roja alrededor de la cintura.

Púsose á gritar con una voz que trataba de hacer penetrante, agitando al mismo tiempo, encima de la cabeza, un pedazo de tela roja, hecha girones, que tenía atada á un palo. Cinco ó seis tiros partieron en seguida de las filas de los soldados, y el hombre cayó lentamente y con pesadez el rostro hacia la tierra, como si quisiese saludar á alguien, hasta el suelo. Había sido muerto en el acto.

—Mirad—dijo á su compañero en aquel momento uno de los últimos defensores de la barricada:—*¡Toma, nos han matado al Polaco!*

—¡Diablo!—exclamó el otro—¡huyamos!

Y los dos se metieron por la puerta de una casa cercana que estaba entreabierta.

El Polaco era Dimitri Roudine.

FIN.



VARIEDADES

CUSTAVO Flaubert tuvo la paciente curiosidad de anotar cuidadosamente los errores lindantes con la tontería, las perogrulladas, las excéntricas opiniones de muchos ilustres ingenios. Como en nada aminoran esos descuidos la gloria de sus autores, pues

Aliquando bonus dormitat Homerus,

copiaremos algunos de los registrados por Flaubert.

Helos aquí:

FÉNELON.—El agua se ha hecho para contener esos prodigiosos edificios flotantes llamados buques.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.—Los perros son por lo general de dos colores opuestos: uno claro y otro oscuro, á fin de que en cualquiera habitación de la casa en que estén, se los distinga de los muebles. (*Armonías de la naturaleza.*)

EL MISMO.—Las pulgas, donde quiera que se hallen, saltan sobre los colores blancos. Se les ha dado ese instinto para que podamos cogerlas más fácilmente. (*Obra cit.*)

EL MISMO.—El melón lo ha dividido en tajadas la naturaleza al objeto de que se coma en familia; la calabaza es de mayor tamaño para que pueda comerse con los vecinos. (*Estudios de la naturaleza.*)

LA HARPE.—Shakespeare, apesar de su grosería, no dejaba de tener alguna instrucción.

NAPOLÉON III.—La riqueza de un país depende de la prosperidad general.

PROUDHON.—Las mujeres en Egipto se prostituían públicamente á los cocodrilos.

CHATEAUBRIAND.—Los movimientos de la serpiente se diferencian de los de todos los demás animales; no se sabe cómo los efectúa, pues no tiene aletas, ni pies, ni alas, y, sin embargo, huye como una sombra, desaparece mágicamente.

DE MAISTRE.—Si se poseyera un diccionario de lenguas salvajes, hallaríanse en él evidentes restos de una lengua anterior hablada por un pueblo ilustrado, y aun cuando no los encontráramos se deduciría tan sólo que la degradación había llegado á borrar dichos últimos restos.

MONTESQUIEU.—Varias veces he oído deplorar la torpeza del Consejo de Francisco I (quien subió al trono en 1515); que rechazó á Cristóbal Colón (muerto en 1506) al brindarle con las Indias.

DE MAISTRE.—San Juan Crisóstomo (nació en Antioquía, Asia), ese Bossuet africano...

JULIO JANIN.—La ciudad de Cannes, doblemente célebre por la victoria que alcanzó Aníbal sobre los romanos, y por el desembarco de Bonaparte.

EL MISMO.—Smirna es una isla que...

LESSING.—Cíteseme una pieza del gran Corneille que yo no me atreva á componer mejor que él. ¿Quién sostiene la apuesta? Yo no haría con ello sino lo que es capaz de hacer cualquier hombre, con tal que crea en Aristóteles tan firmemente como yo.

BOSSUET.—Moliere es un infame histrión.

CHATEAUBRIAND.—Bonaparte sabe ganar batallas; pero fuera de eso, el último General es más hábil que él.

HAVIN.—En cuanto un francés pasa la frontera, entra en territorio extranjero.

DAMIRON.—No cabe duda de que los hombres extraordinarios, sean quienes fueren, deben parte de su éxito á las superiores cualidades de que están dotados.

*
* *

Prosiguen los trabajos y teorías sobre las luces crepusculares.

Mr. Hirn opina que se produjeron á una altura considerablemente superior á los probables límites extremos de la atmósfera, esto es, á alturas en donde no se han observado nunca cirrhi ni vestigios de vapor de agua.

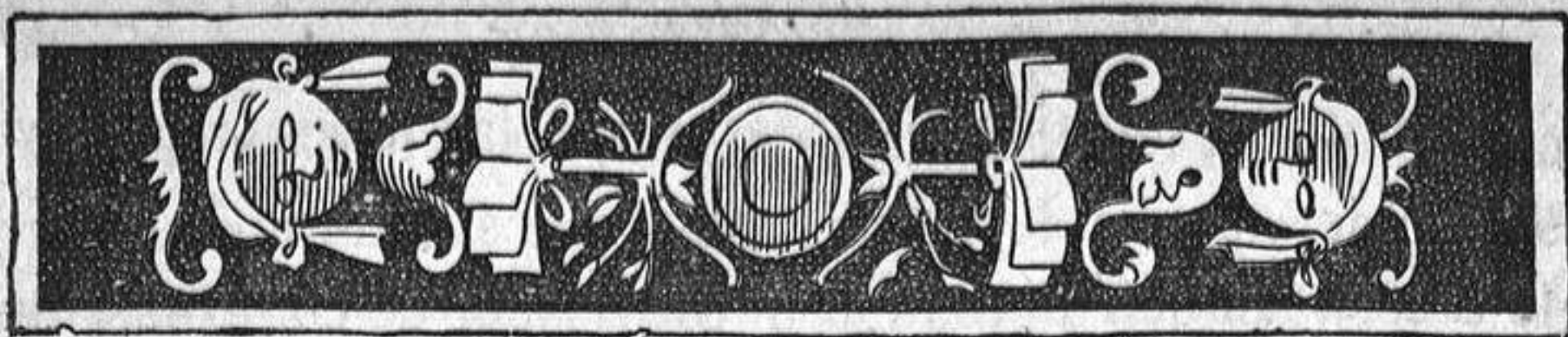
Las indicaciones hechas por Nordenskiöld, respectó á las sustancias contenidas en la nieve que cayó en los alrededores de Stokolmo (1), resultan parcialmente confirmadas por los trabajos de Yung sobre la nieve de las montañas próximas á Ginebra. Durante su estancia, á fines de diciembre de 1883, en las cimas del Gran San Bernardo, á 2.490 metros de altitud, ha observado en la superficie de las inmensas sábanas de nieve que cubren esta alta región, un polvillo negruzco muy fino, que se presentaba aquí y allá, bajo forma de esferillas aisladas, sin que llegase á comunicar á la nieve un matiz negro continuo.

Al microscopio ha descubierto partículas minerales (sílice), fragmentos irregulares, que son atraídos por la aguja imantada, y característicos glóbulos de hierro. Mediante la evaporación de unos quince litros de agua de dicha nieve, ha encontrado Yung, además de las partículas mencionadas, un polvo de naturaleza orgánica, habiendo dado las cenizas una marcada reacción, propia del hierro. No se ha podido comprobar la presencia del níckel y el cobalto.

Mr. de Gasparín insiste, al hablar del fenómeno que nos ocupa, sobre su carácter principal, que es la iluminación no súbita, aunque sí muy rápida del cielo, de quince á diez y seis minutos después de ponerse el sol, y sobre su constancia en un sitio dado durante sesenta y seis días. Finalmente, las observaciones efectuadas en distintos lugares, los análisis del repetido polvo, los movimientos regulares ó irregulares de la capa atmosférica, etc., deben relacionarse con los anteriores hechos incontestables, para que la hipótesis sobre las causas reales tenga verdadero valor.

R. ALVAREZ SEREIX.

(1) Véase el número anterior.



REVISTA DE TEATROS



ía de mucho y víspera de nada, dice el adagio español, y esta verdad reconocida se evidencia frecuentemente y á nosotros nos sale al encuentro, confesando sin reticencias que si nuestra Revista anterior pecó de extensa y pesada, de breve y ligera ha de pecar la que hoy vamos á ofrecer á nuestros lectores, condición hija de las escasas novedades que se han presentado en los teatros de la corte, cuyas tareas ó tocan á su término ó hacen un paréntesis durante los días de oración y recogimiento que se avecinan, si bien de algún tiempo á esta parte van siendo tan reducidos en número, que apenas recuerdan el bien escrito artículo del curioso parlante los *Cómicos en Cuaresma*, vacación forzosa que admirablemente describe el autor de las *Escenas matritenses*, y que hoy no sólo ha quedado reducida á sus más estrechos límites, sino que en el espacio de tiempo que comprende hemos visto obras nuevas no muy propias de la estación cuaresmal y nuevas compañías, tal como la de la Zarzuela, no muy en armonía con la esencial condición y genuino carácter del espectáculo.

Sea de esto lo que quiera, como no somos escritores de costumbre, no reza con nosotros este asunto y sí el de las condiciones que reúnen las obras estrenadas en los quince días trascurridos y de las que vamos á ocuparnos, dando co-

mienzo por el teatro de la Comedia, en el que se verificó el estreno del apreciable actor Rosell, con el estreno de un arreglo ó cosa así del dignísimo improvisador de comedias, dramas y zarzuelas, Sr. Pina y Domínguez, titulada *La ducha*.

Antes de entrar en el juicio crítico de una obra que apenas podría resistir el que emitiera un profano á la literatura dramática, conviene dejar sentadas algunas premisas como punto de partida á nuestras deducciones, que, lejos de ser ociosas é inconducentes, podrán ayudarnos eficazmente en nuestro laudable propósito de combatir las tendencias de nuestro teatro, contrarias al carácter genuino y esencial de la dramaturgia contemporánea, sujeta hoy como siempre á las variaciones naturales hijas de las costumbres, de la moda y de la influencia extranjera, y en especial francesa, que tanto predomina y que tan buena acogida obtiene en nuestro suelo.

En comprobación de esta, á nuestro juicio, incontestable verdad, podemos presentar el recuerdo de la época no lejana en la que el romanticismo, originario de Alemania, llegó á Francia con las huestes de Napoleón y vino á España como producto extranjero. Entonces, tanto aquel país como el nuestro, inspirándose en el sentimiento nacional, acogió aquella idea revolucionario-literaria, reformándola con adiciones hijas de nuestro modo de ser y de lo que entre ellos y nosotros teníamos por romántico, adornado, si así quiere decirse, con lo más escogido de *Byrón* *Walter Scott*, pero siempre imperando el carácter propio de nuestra nacionalidad; así es que, al acoger el nuevo sistema, llamésmole así, porque en realidad fué más una revolución, los prohombres de nuestra literatura como el Duque de Rivas, Zorrilla y Espronceda, si bien siguieron fielmente la senda trazada por los creadores de aquella nueva escuela, conservaron el espíritu de nuestros romances, género de poesía perfectamente español, germen de la nuestra que se conserva aún al través de los cambios y metamorfosis que traen consigo el tiempo y las ideas, y de aquí que en las obras de estos tres genios del romanticismo revelen á primera vista el sello peculiar de nuestra patria.

Cierto es, y está fuera de toda duda, que en sus composi-

ciones brillaba la inspiración sin trabas ni cortapisas, y que además, siguiendo la pauta iniciada por los innovadores, el argumento principal de aquéllas estribaba en el *endiosamiento* de hombres heroicos en el crimen, y á los que procuraban hacer simpáticos, no por sus actos repulsivos y criminosos, sino por sus virtudes y heroísmos. No es menos cierto también que la mayor parte ó en casi todas las obras de este género, como en el *Don Alvaro*, se hacía intervenir como factor principal la desgracia, el sino, la casualidad y otros accidentes que trasformaban en víctima más que los delincuentes al héroe de la acción; pero si hemos de ser francos, el defecto más saliente y que quizá ó sin quizá caracteriza el romanticismo, fué la ampulosidad en el lenguaje, la aglomeración de conceptos, la confusión en las ideas, por lo regular en contra del buen sentido, en oposición con las reglas gramaticales y de espaldas á la lógica.

Evocados estos recuerdos, vengamos á la época actual, y á poco que en ella nos fijemos, saltará á nuestra vista otro género de literatura que nos domina, absorbe los sentidos y produce universal entusiasmo, y que oriunda de los mismos climas que el romanticismo, en vez de presentarse compacta y unida, se divide en dos sistemas: uno en que la horrible catástrofe es la base principal de la composición dramática, y otro en el que el dios Momo, con su estúpida carcajada, preside una aglomeración de escenas insulsas, sin unión, enlace, ni base principal de la que se desprendan.

En ambos géneros de composiciones los autores dramáticos y cómicos han cuidado, á diferencia de los románticos, han procurado ocultar ó desvanecer á toda costa el sello nacional de nuestra poesía, presentando sus obras con la marca de la fábrica, ya sea imitando un realismo romantizado—permítasenos la frase—ó ya un asunto cómico matizado de bufo, en que ó bien se reflejan las costumbres del país donde viera la primera luz, ó bien adulteran las nuestras, por hacer efecto y lograr el inconsciente aplauso de la multitud.

A este último género pertenece *La ducha*, francesa de origen, y al querer españolizarla el autor, que, dicho sea de paso,

lo suele hacer con buen tino y gracia, ya que no con acierto y arte, ha resultado que la acción es inverosímil y absurda, que ninguno de los personajes que en ella intervienen son reales, sino imaginarios y producto de la *romántico-bufo* manía del poeta, que nada de lo que sucede debe suceder que los chistes que de su cosecha ha intercalado en el diálogo son de tan mala ley, que excitan la hilaridad, más por su monstruosidad que por su gracia, y, por último, que la vis. cómica que resulta en la obra se debe más bien á la atinada interpretación—á veces exagerada—de los actores, que á la comedia en sí.

Comparando fielmente lo que resulta de la acción y el apenas bosquejado carácter de los interlocutores, resulta una contradicción palmaria. La intachable honradez del cesante, la dignidad y cariño acendrado que representa la Sra. Fernández, están en marcada oposición con lo fácilmente que se prestan á ejecutar una farsa tan grotesca como el fingirse General *Cincoces* el primero y padre de la segunda, y ésta aceptar el parentesco, y mucho menos el marido, que ama de veras á su esposa y con la que por efecto de este reconocido amor se ha unido con ella en indisoluble y secreto lazo, no sólo inventa esta ridícula comedia, sino que la consiente, porque aunque la inverosimilitud puede ser relativa y tolerarse cuando la acción en su desarrollo lo consiente, en el caso presente, una disparatada ilustración no puede conceptuarse dentro de este precepto.

El personaje del tío, que interpreta Rosell, no tiene compañero; es tan inverosímil como el Marcial de *La Pasionaria*—cada uno en su género, se entiende;—no existe ni puede existir, y es hijo sólo de la imaginación; ¿y qué diremos del secretario y su sobrina, novios de azúcar cande, fundidos en tonto, y que más parecen hijos de principios del siglo que de la época actual?

Por último, el médico tiene algo de verídico; pero está tan recargado, que mejor se asemeja á un gomoso de ultratumba que á un doctor de veras.

*
* *

Otra de las obras que han merecido mejor acogida es la revista estrenada en Variedades con el título de *Vivitos y coleando*, debida la letra á los Sres. Lastra, Ruesga y Prieto, y la música á los maestros Valverde y Chueca.

La obra, aunque se asemeja en su estructura á la de los dos mismos autores, *Luces y sombras*, tiene cuadros de efecto, como el de los ríos, el de los teatros, el de los pobres y el de los sagastinos, chistes de buena ley, sátira fina y delicada, como las que se refieren á la apertura del Ateneo, al rompimiento de fusionistas é izquierdistas, la de Posada Herrera y la del correo. La música es chispeante y adecuada á las situaciones, y el decorado precioso y de buen efecto, como todo el que lleva los nombres de Busato y Bonardi.

Aplausos merecen los actores que se encargaron de su desempeño y los autores también, y justos, aunque bien puede decirse en esta ocasión que más ven cuatro ojos que dos y seis más que cuatro.

* *

En los demás teatros nada de particular: beneficios exornados con valiosos regalos de los actores Sr. Riquelme y señorita Abril, y en ellos, el estreno de algunas piezas de escaso mérito y la clausura del Teatro de la Zarzuela, en el que el género bufo murió por completo (y bien muerto está), á los ecos de la célebre frase: *Al público no se le acosa*, que honra á su autor, por la verdad que encierra, probada en estos momentos al cerrarse el coliseo de la calle de Jovellanos.

En el Español, *La pata de cabra* fué la obra que escogió para su beneficio el decano de nuestros actores cómicos, Mariano Fernández, que ocupa un puesto que él sólo puede llenar; los aplausos con que el público le obsequió prueban el afecto que éste le profesa; los regalos no excedieron en valor al del sexagenario actor, y son el que supera á los que viven más en la escena por las exigencias de la moda y del capricho que por el mérito artístico.

Desde las páginas de nuestra Revista nos unimos á las espontáneas y cariñosas felicitaciones de que fué objeto.

*
* *

La representación de *Los perros del Monte de San Bernardo*, alternando con la de *Los siete dolores*, lleva gran concurrencia al popular teatro de Novedades. Ambas obras están lujosamente presentadas, obtienen acertada interpretación y consiguen la aprobación del público en general, que premia con esplendidez los incesantes esfuerzos del empresario del dicho teatro, al que sólo él logra dar vida y animación.

*
* *

Los que con nosotros se quejan de la falta de obras de verdadero mérito artístico y literario, y los que creen que nuestro repertorio moderno ha exhalado su postrer suspiro, víctima del que hoy merece el aplauso unánime y general, se llevan soberbio chasco al presumirlo así, y saldrían de tan lamentable error, si dando al olvido antiguas y rancias preocupaciones, llegasen algún domingo por la tarde, tal como la del 22, á las puertas del Liceo de Piquer, hijo de D. Emilio Llul, como dijo en una muy bien escrita poesía el Sr. Ortiz de Zúñiga, y una vez allí, sin parcialidades ridículas ni odiosas comparaciones, aplaudieran espontáneamente y con justicia la preciosa comedia de D. Joaquín Estébanez, *Lo positivo*, la que trajo á nuestra memoria las bonancibles épocas de nuestro teatro, en la que la Teodora, Joaquín y Enrique Arjona y Beneti rivalizaron en el desempeño de aquel prodigio de buen decir y modelo de arreglos, y que viviría en eterno olvido, si la dueña de aquel artístico edén, admirablemente secundada por la Sra. de Ferrantz y los Sres. García, Ortega, Flores y Carlos Travesedo, no nos proporcionaran el verdadero placer de aplaudir la verdadera comedia y su magistral interpretación, la que no deja nada que desear,

hasta el punto de hacernos creer estábamos en un verdadero teatro y escuchando á verdaderos actores.

—Diga V., Joaquín, con franqueza—preguntaba yo al hijo del eminente actor cuyo recuerdo no morirá nunca,—¿habría actores que desempeñasen hoy esa obra como en la época que se estrenó?

—A lo que repuso debo guardar silencio por motivos de delicadeza que V. debe comprender; pero V. que todo lo habla y tiene la obligación de manifestar en público su opinión, debe contestar á la pregunta, que yo hago mía.

Entonces yo dije sin rodeos:—La comedia que con tanta fruición y entusiasmo aplaudimos, no sólo podrían interpretarla hoy nuestros actores, sino que dejaría mucho que desear al compararla con la interpretación que obtiene en el Liceo de Piquer.

RAMIRO.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

UN nuevo conato de sedición militar ha abortado en esta corte, gracias á la celosa vigilancia de las autoridades. Dos oficiales generales, Mariscal de campo el uno y brigadier el otro, habíanse puesto al frente de unos cuantos subalternos y clases de tropa, ilusos ó mal aconsejados, con el propósito de manchar una página más de las que llena la crónica negra de nuestros alzamientos políticos. Los delincuentes han caído en manos de los tribunales, y á ellos toca depurar la responsabilidad que hayan contraído y aplicar los preceptos de la ley con arreglo á las exigencias de la justicia. No es tiempo aún, por consiguiente, de discutir los hechos, ni siquiera de apuntar el más ligero comentario acerca del incidente en cuestión. Por lo que concreta y determinadamente á él se refiere, nos limitamos á deplorarlo de todas veras, deseando con afán que el resultado de las actuaciones judiciales sea favorable á los que en estos primeros momentos son designados, acaso equivocadamente, como autores ó cómplices del presunto atentado al orden público y á la honra del uniforme del ejército.

Pero hechas estas paladinas declaraciones que la buena fe y la imparcialidad imponen, lícito ha de sernos remontar el pensamiento al estudio de las causas ocasionales de tan re-

petidos intentos perturbadores, exponiendo la necesidad de atajar la bochornosa tendencia de una exigua parte del elemento armado al indisculpable olvido de los deberes fundamentales en que descansa la disciplina, y con ella el crédito y el poder de la milicia.

Salvo en contados casos, verdaderamente excepcionales, obsérvese siempre que los militares que se lanzan á los azares de una conspiración son, por lo común, de sospechosos antecedentes, hombres avezados á la vida aventurera del pronunciamiento y la expatriación; para quienes la espada que debe ser garantía de los intereses más altos del país no es sino piqueta demoledora de esos intereses, al par que del organismo del ejército y de los juramentos que á él les ligan por voluntaria adhesión de su esfuerzo y de su honor.

Ante el elocuente testimonio de este hecho conviene sin duda la adopción de una medida radical que restaure el espíritu militar, demostrando prácticamente á los incautos que los medros conseguidos á espaldas de la ley, por los tortuosos derroteros de las agitaciones políticas, son tan efímeros como menguados, tan despreciables como estériles.

Fuera del ejército las recompensas que alientan la defección y la indisciplina; fuera el pernicioso ejemplo de los encumbramientos logrados á costa de las prescripciones de las reales ordenanzas.

España se ha reconstituído moral y materialmente, gracias á estos siete últimos años de paz interior y exterior; de sosiego público y de normalidad general, que ampara y vivifica cuanto representa verdadero progreso en todas las manifestaciones de la vida del país. Y sin embargo, hay, por lo visto, un cáncer que no se cierra: las clases civiles, dedicadas á procurarse el bienestar que es consecuencia legítima del orden y el trabajo, han prescindido notoriamente de los propósitos sediciosos y anárquicos; hoy los motines de las barricadas resultan completamente anacrónicos; acaso la cuestión social, la lucha entre el dominio del dinero que se impone y el concurso del brazo que realiza, dibuja en el porvenir la silueta de un conflicto más ó menos próximo y pavoroso; pero por el pronto únicamente del ejército, el escudo de las

instituciones, del prestigio y del bienestar de la Nación, es de donde brotan gérmenes de criminales atentados que ponen en bochornoso peligro todo cuanto aquél está obligado á defender, renegando de su misión honrosa y convirtiéndola en motivo de alarma, de desunión y desconcierto.

Aquí hemos llegado á una época en que sólo las sublevaciones militares son una amenaza de lo existente. ¿Puede continuar tal estado de cosas? ¿Puede perpetuarse esta perenne incertidumbre, encarnada precisamente en el elemento social, creado y costeado para preservarnos del mal que él fomenta y desarrolla con los más lastimosos caracteres?

Al vado ó á la puente; ó ejército disciplinado, fiel á sus juramentos, leal á sus deberes, respetuoso de la ley y obediente á sus preceptos, ó reconstitución absoluta de la profesión armada sobre sólidas bases, que, aun á trueque de lesionar muchas conveniencias particulares, salven el interés común de la Nación, del Rey y del ejército mismo, restableciendo los indiscutibles dogmas de la religión de la disciplina y del honor.

*
* *

Insiste un mal aconsejado periódico en tomar en boca y lanzar á los vientos del público debate nombres augustos é instituciones fundamentales del organismo político. No parece sino que con ello corrobora los rumores esparcidos acerca del fin que por tales procedimientos se persigue. Por supuesto que la opinión, en un principio atenta á estos desahogos, prescinde ya en absoluto de lo que representan y significan, convencida de su escaso valer y resonancia. ¡Evocar recuerdos históricos contra la monarquía, en un país donde todo lo que hemos sido en los tiempos de mayor preponderancia nacional lo debemos cabalmente á aquel poder, tradicional entre nosotros, á cuya sombra reconquistamos la independencia, ensanchamos nuestros dominios en el viejo continente y plantamos la bandera de España y el estandarte de la civilización y de la fe en el Nuevo Mundo, que dormía desconocido y abandonado á espaldas del Occéano!... Si de oponer recuerdos á recuerdos se tratase, ¿dónde hallarlos más

elocuentes y decisivos que en los fastos revolucionarios y republicanos de esta Patria, amenazada de perder hasta el rango de tal, presa de la anarquía y el desorden, destrozada por tres guerras civiles, sin crédito ante las potencias extranjeras, durante los siete años de desgobierno que siguieron al destronamiento de D.^a Isabel II?

Entonces el ejército peleaba, derramando valerosa sangre, por la estéril gloria de mantener el proverbial renombre de nuestras hazañas militares; pero sin fervor, sin entusiasmo en el cumplimiento de su deber, cuyas consecuencias malograban los que no sabían ó no querían dar cimiento á la obra de la reconstitución moral y material del país; así, la indisciplina, como asoladora plaga, se apoderó, al fin, de las clases inferiores de la milicia, y el famoso «¡que baile!» pudo ser el epitafio de nuestra honra y de nuestra nacionalidad. Entonces nuestra escuadra era declarada pirata desde las esferas gubernamentales, y el jefe mismo del Estado huía vergonzosamente á extraña tierra, persuadido de que el desquiciamiento de esta sociedad era inevitable desastre, que no podía contrarrestar la voluntad más firme ni el poder más autoritario. Entonces se declaró la Hacienda en quiebra, dejando de satisfacer los intereses de la Deuda pública. Entonces no había propiedad asegurada, ni respeto garantido, ni ánimo sereno ante la contemplación de tanta defección, tanta ignominia y tanta desventura... ¿Qué sería de este pueblo, hoy encauzado por los derroteros de su prosperidad y desarrollo, de la verdadera libertad y del general bienestar, aun á despecho de los recientes retrocesos de los tres últimos años de nuevos desaciertos, si aquella era de licenciosos desenfrenos iniciada en setiembre de 1868 no hubiera tenido feliz término en diciembre de 1874, gracias al restablecimiento del trono en la persona del esclarecido Príncipe que hoy empuña el cetro, siempre glorioso, de Fernando el Santo y Alfonso el Sabio?

Imparcialmente juzgando, parece mentira que aquí haya aún valor bastante (no en vano somos un puñado de valientes) para refrescar memorias que todos debiéramos estar interesados en condenar al más edificante olvido. Por fortuna, no es tan llano como algunos creen mixtificar la realidad de

las cosas y deslumbrar el criterio reflexivo de cuantos ven ligado á este pedazo de Europa algo más que su nacimiento ó sus ambiciones ilegítimas: la tranquilidad de una vida consagrada al trabajo, el pan y el porvenir de la generación que viene.

Por su parte, desatentados y ciegos, los fusionistas enarbolan el palo y pegan á uno y otro lado, sin observar que, por regla general, la paliza cae sobre sus mismas costillas. De todo se quejan, contra todo protestan, á todo encuentran peros que oponer y censuras que prodigar: así se revuelven airados y violentos, ora hostiles á los conservadores, ora hostiles á los izquierdistas, llevando su obcecación y su arrebató hasta suponer que éstos y aquéllos están de acuerdo y que la fusión es la cabeza de turco, blanco de los malos tratamientos de unos y otros.

Con buen acuerdo se les ha llamado á la razón, tratando de persuadirles de que un interés común demanda de las fracciones liberales cierta mutua cortesía en sus relaciones, cierta parsimonia y discreción entre los que, al fin, antes ó después, están llamados á constituir un solo partido por afinidad de ideas y conveniencias políticas y patrióticas innegables.

Claro es que en el estado en que se hallan tales elementos, fresca aún la encarnizada lucha que lanzó del poder al Gabinete-Posada, hay que fiar al efecto balsámico del tiempo la misión de restaurar entre ellos la cordial armonía que al presente dificultan hondos resentimientos, no ya de bandería, sino á la vez personales y de amor propio. Bien lo demuestra esa actitud de recelosa desconfianza y recíproco despecho en que se manifiestan los periódicos de ambas procedencias.

Pero débese reconocer que se ponen á contribución plausibles esfuerzos para que semejante espectáculo cese y se restablezcan las benévolas inteligencias, cuya ruptura dió al traste con la última situación política. La iniciativa en este sentido parte del campo de la izquierda, y en él muy especialmente de los Sres. Linares Rivas y Moret, convencidos de que, deshecho el bando liberal, serán vanas cuantas tentativas hagan los diversos grupos que lo dividen para dar á sus hombres condiciones de estadistas ministrables durante largo tiempo.

¿Desconocen esto, que á nadie ni á los más miopes se oculta, los que directamente están interesados en realizar una honrosa transacción de doctrinas y personas, como base para un porvenir, de otra suerte verdaderamente inaccesible? En realidad no se puede asegurar que los fusionistas ignoren cuál ha de ser su menguado destino si persisten en sus actuales intransigencias. Pero el hecho es que la pasión les arrastra á donde sólo sus adversarios más encarnizados pudieran desear. Prueba de que no lo son los conservadores, como aquéllos creen, es que lamentan tal estado de cosas y hacen votos por que se ponga remedio, pronto y eficaz, á las consecuencias de tan prolongados enconos y disentiimientos. Y á fe que en esto no imita el partido conservador el ejemplo de los amigos del Sr. Sagasta, prontos á celebrar pactos inmorales con grupos, que ni por su significación ni por la fuerza con que cuentan pueden darles autoridad ni vigor en frente del Gobierno. Algo, no obstante, ha debido retraerles á última hora del propósito de coligarse con los posibilistas, á juzgar por el lenguaje un tanto desdeñoso que ya emplean para ventilar un tema que fué por algunos días la más halagüeña de las aspiraciones de los republicanos de D. Emilio y de los monárquicos de D. Práxedes. El hecho hubiera resultado durísima acusación para los que así prescindieran de la diferencia esencial que ha de separar siempre, so pena de consumir una inmoralidad escandalosa, á los que se dicen amigos del trono y á los que, para derrumbarlo, no dudan en apelar á todo género de recursos, aun los ilícitos.

Por supuesto que á la hora presente siguen rotas y con larga perspectiva de ruptura las relaciones entre dichos elementos. Un periódico fusionista ha afirmado solemnemente que los amigos del Duque de la Torre son un estorbo político; que la intransigencia de este hombre público impidió la realización de las reformas á que hubiera suscrito el Sr. Sagasta; y que por grandes que sean los pecados de los españoles, no merecen todavía un Gobierno de la izquierda. ¡Si estarán frescas aún y chorreando sangre las heridas que constitucionales é izquierdistas se infirieron en la batalla parlamentaria de enero próximo pasado!... La obra de la recon-

ciliación entre unos y otros es más difícil y prolija de lo que se cree por algunos optimistas de envidiable buena fe.

A propósito de la actitud de los demócratas más avanzados de la izquierda, coméntase el brindis pronunciado por el Sr. Martos en el banquete con que se festejó la absolución del Sr. Párraga en el juicio oral á que fué sometido por supuesta agresión á un redactor de un periódico republicano. El ilustre orador brindó por la democracia, por la libertad y por la monarquía constitucional, «la más firme garantía de todo progreso en los modernos tiempos,» según dijo entre calurosos aplausos de sus oyentes. Celebrando todos los sinceros monárquicos que el Sr. Martos dé tan ostensible muestra de la firmeza de sus principios, gallardamente proclamados en su último discurso del Congreso, alguien echa de menos, no obstante, que el diputado por Valencia no concretase más el tema de su adhesión, personificando, en quien debe personificarse hoy, la monarquía constitucional de España. Lo cual, añaden los maliciosos, era tanto más oportuno y necesario, cuanto que el diario que pasa por órgano del Sr. Martos está empeñado en una absurda campaña, rebelde al trono y á todo lo que significa orden y autoridad.

Quizá es demasiado suspicaz el recelo de los que así piensan. Después de todo, no hay justificado motivo para dudar de la buena fe de quién ha dicho aun no hace ochenta días que está totalmente al lado del Rey. Por ventura, ¿es lícito suponer que aquella declaración tan espontánea, tan explícita y categórica, no era sino andamio para escalar en el acto el poder? Esto no debió pretenderlo hombre de la alteza de miras del exministro demócrata, ni la solución en pro de los conservadores pudo sorprenderle, resultando, como resultaba, maltrecho, dividido y destrozado el partido liberal, llamado á constituir la izquierda de la monarquía.

En el campo tradicionalista no reina mayor armonía que en el campo liberal. El representante de D. Carlos y jefe supremo del bando neo-católico, D. Cándido Nocedal, había prohibido, bajo los más terribles anatemas, que ninguno de sus secuaces se presentase candidato á la diputación á Cortes. Pero he aquí que el barón de Sangarren, blasonando de

una independencia incompatible con el despotismo de aquel gran tamorlán, se permitió nada menos que solicitar del Pretendiente en persona autorización expresa para quebrantar la prohibición nocedalina. Y he aquí—y esto es lo más gordo—que el sumo pontífice de la iglesia carlista le ha escrito una carta, concediéndole generosamente la facultad que demandaba. ¡Cómo! ha exclamado con tal motivo D. Cándido: ¡excepciones de la regla general por mí establecida y sancionada! No en mis días. Y hasta se ha hablado de su propósito de ofrecer la dimisión del alto cargo de director del recalcitrante bando. Es de creer, sin embargo, que su vanidad se amansará y, á reserva de que el hijo del Conde de Robles luche efectivamente en las elecciones, el abuelo de *El Siglo Futuro* seguirá ostentando las divisas de jefe del carlismo.

*
* *

Con motivo de las denuncias de que ha sido objeto el periódico antes aludido, indócil á los respetos debidos al poder y á las instituciones, se ha verificado una reunión de directores de diarios liberales, en la cual acordaron protestar de la persecución de que aquél se supone injusta víctima.

Los que más han gritado con motivo de las quejas del órgano democrático van reconociendo, empero, que éste, si se cree vejado ilegalmente, tiene en franquía el camino para obtener cumplida reparación, utilizando los recursos que ante los tribunales abonen sus derechos. ¿A qué conduce, pues, la protesta, que no lleva siquiera el sello de la unanimidad y que por esto no es tan eficaz y significativa como se pretende? El buen sentido, imparcial y recto, afirma, con protesta ó sin ella, que el Gobierno ninguna responsabilidad alcanza en el caso de que se trata; que contra las providencias de un juez de primera instancia puede alzarse libremente aquél á quien sin fundamento legítimo perjudiquen, y que, aparte de ese mero detalle judicial, la verdad es que nada justifica los atentados á altísimos poderes, habiendo que proceder, dentro de la legalidad, con toda la energía que la misma impone como deber inexcusable.

Por lo demás, en la discusión mantenida antes de tomar acuerdos como los que constituyeron el resultado inmediato del acto, descúbrese la tendencia á amparar manifiestamente los ataques á las instituciones que han sido sometidos á la acción de los tribunales de justicia. Cuánto gana con esto la significación y respetabilidad del partido que no hace muchos meses dirigía los destinos del país bajo la égida de la gloriosa monarquía representada por D. Alfonso XII, á cuya benévola iniciativa debió el mismo el poder, no hay para qué apuntarlo, deduciéndose como se deduce con perfecta claridad de los términos de la protesta publicada por la prensa. ¡*La Iberia*, el órgano genuino del Sr. Sagasta, capitaneando una coalición que, cualesquiera que sean las mixtificaciones empleadas para suavizarla, es esencialmente anti-monárquica, dado que lo son los escritos en favor de los cuales se solicita el concurso de la opinión pública!... Y sin embargo, no hay que extrañarlo.

En tiempos del Gabinete Martínez Campos-Silvela, los constitucionales no tuvieron inconveniente en entrar á formar parte de comités electorales republicanos.

Quienes así apelan á todo género de recursos para hacer la oposición á los Gobiernos, saltando por encima de intereses que por convicción, si es que la tienen, por decoro político y hasta por gratitud, debían respetar ante todo y sobre todo, no es sorprendente que arrollen su bandera y hagan causa común con sus adversarios, apenas empiezan á sentir los terribles síntomas de esa cruel enfermedad que tan frecuente y desastrosamente domina su organismo ó su bolsillo; apenas se rinden á los efectos de la nostalgia del poder, que les quita la calma, perturba su juicio y hace tabla rasa de sus ideas y principios.

Justo es decir que alguno entre los reunidos opuso cierta repugnancia á hacerse solidario de una protesta en la que van envueltas inconveniencias demasiado notorias para que puedan pasar inadvertidas á los ojos de quien verdaderamente condene todo cuanto, en una ú otra forma, atenta á los fueros del más alto poder de la Nación.

La indicación fué, no obstante, desatendida, y entre *El Li-*

beral, *El Motín*, *la República*, *El Porvenir*, *El Globo* y *El Progreso*, lograron imponerse y llevar tras sí á fusionistas é izquierdistas. Y por cierto que la firma de estos últimos no se explica fácilmente al pie de un documento en el que se quejan sus autores de que «se hayan impuesto recientemente penas á periódicos por supuestos ataques á la moral y á la decencia públicas.» Esos *supuestos* ataques á cuyo lado se ponen los diarios de la izquierda iban dirigidos precisamente, según sabe ya todo el mundo, á la ilustre consorte del jefe del partido. Parece anómalo que resulten más celosos del respeto debido á esta distinguida dama los conservadores que los izquierdistas, correligionarios, devotos y muchos paniaguados del General Serrano.

La Gaceta Universal, órgano del antiguo centro parlamentario, no se dejó coger en la red republicana. El General Martínez Campos ha dicho terminantemente: «Ni Sagasta ni nadie me empujará por caminos opuestos al interés del Trono.» No puede darse condenación más explícita de la conducta de *La Iberia* en este desdichado asunto.

Verdad es que D. Práxedes ha recibido, en cambio, según se dice, felicitaciones ardorosas del Sr. Ruiz Zorrilla por su actitud enérgica y la de sus periódicos en los momentos que atravesamos. Y váyase lo uno por lo otro.

* * *

Estamos en pleno capítulo de novela. Se trata de un álbum que con firmas de los individuos pertenecientes á la mayoría de ambas Cámaras, resolvieron aquellos regalar al Presidente del Congreso, como presente vivo de su amistad y afecto inalterable.

Llegaron al portal de la casa que en la calle de Alcalá habita el Sr. Sagasta, y tras breve deliberación acerca de la conveniencia de uniformar las manos, que no todos los congregados habían creído necesario forrar de cabritilla, ni siquiera de piel de perro, subieron alborotados y expansivos al domicilio del jefe, donde se anunciaron expresivamente, diciendo que eran *Los del álbum*. Las puertas quedaron francas en el

acto y unos con la capa sobre los fornidos hombros, y otros envueltos en gabanes de pieles, delicada alusión al director del antiguo centro, penetraron los del álbum en el salón donde D. Práxedes se dignaba recibirlos.

Allí estaba el artístico obsequio con que el valeroso ejército fusionista festeja á su marcial caudillo. Sobre atril de pergamino amarillo, sostenido en pie de metal, exhibíase, severo y majestuoso, un infolio, de pergamino amarillo también (color y emblema del sagastismo puro), de cuya portada, en gallarda letra de Iturzaeta y sin una sola falta de ortografía, se destaca la siguiente inscripción: «Los diputados y senadores del partido liberal dinástico en 1884.» En la portada interior se lee: «A nuestro ilustre jefe D. Práxedes Mateo Sagasta, en prueba de amistad y cariño.—Enero de 1884.» Después, y ocupando todas las páginas del misal, van enfiladas 310 firmas, en diversidad de caracteres y tintas, y autorizadas por todo género de rúbricas; entre ellas las más complicadas y las más garbosas. 220 proceden de diputados y las 90 restantes de senadores, la mayor parte puestas por los mismos interesados.

Al arribar los del álbum á presencia de su excelso amigo, hubo un momento de vacilación. ¿Sería oportuno que tomaran el atril en andas y verificaran la entrega material del libro en manos del Presidente del Congreso? Aunque nadie lo hubiera creído, la verdad es que allí había algunos insig-
nes jurisconsultos, los González, los Sánchez, los Pérez y los Fernández, para quienes todavía están frescos los textos de las Partidas, según los cuales hay *tradición verdadera, longa manu, brevi manu, constitutum possessorium, simbólica y cuasi tradición*. ¡Ahí es nada lo del ojo!... Celebrada una consulta muda, que D. Práxedes aprovechó para mandar á sus criados que pusieran las fundas á la sillería antes que acabara la ceremonia oficial, optóse, al fin, por la entrega simbólica, extendiendo los donantes el brazo derecho en dirección de la cosa donada, como signo representativo de que trasferían su dominio... Sonrió, también simbólicamente, en señal de aceptación, el dueño de la casa, y el encargado del discurso con que había de sazonarse el acto, tosió, se llevó la mano

al costado izquierdo, como quien va á desenvainar la espada, y dijo poco más ó menos lo que sigue:

—Señor... (*¿le llamo Presidente ó por su apellido? preguntó al del lado*) señor... Sagasta: (*¡Bravo! gritaron dos ó tres admiradores del apellido.*) Eso que está delante es un álbum; y aunque en otras épocas sólo las muchachas sensibles ó las jamonas guapas se permitían el lujo de poseer álbums... (*¿Álbums ó álbumes?—murmuró un gramático*)—nosotros, que no en vano somos liberales (*¡Bien, bien!—gritó el auditorio*);—nosotros, que, á despecho de los zurdos, queremos ser y somos reformistas... (*Aplausos prolongados*), hemos creído que usted, digo, que usía... (*D. Práxedes es de confianza—exclamó un liberal*)—que usía merece también, por guapo y por sensible (*¡Hurra!*), tener lo que tienen capitanas, exministras y modistas en esta época (*¡Abajo La Época!*) en que el globo (*¡viva El Globo!*) pone los andadores al progreso y encauza, gracias á nosotros, por los derroteros del siglo futuro, la Iberia de Sagasta y Calvo Asensio. (*Entusiasmo indescriptible. La ovación se oye en las buhardillas de la casa.*) No he acabado. En el álbum faltan firmas de muchos, que no han querido pagar...

—Gracias, amigos míos—interrumpió D. Práxedes.—¿Qué mejor testimonio de la disciplina del partido, de la unidad de miras que á todos nuestros actos preside, del desinterés de cuantos nos llamamos constitucionales?.... Bien sabéis que estamos de capa caída (*los oyentes sacuden las pañosas*); los conservadores no quieren regalarnos los distritos, que generosamente nos habíamos adjudicado cuando fabricamos estas Cortes para nuestro uso particular... (*Protestas airadas, interjecciones duras contra el Gobierno.*) Pero aunque doña Leonor no nos quiere, no estamos dispuestos á renunciar la mano de D.^a Leonor (*¡No, no, no!*); que nos voten los electores desesperados (*¡Que nos boten!*) y antes deshonorados que nacidos (*¡Oh precocidad pecaminosa!*), demostraremos los que podamos demostrarlo, que virilmente cumpliremos con nuestro deber y que... á mal tiempo sabemos poner buena cara (*¡quién la tuviera!*). Paciencia y barajar y buenas noches y Dios sobre todo y hasta la vista. ¿Quieren ustedes echar una copita? (*Aclamaciones frenéticas; D. Práxedes estrecha á la vez cuarenta manos; el álbum vacila sobre su trípode..... Algunos sirvientes logran restablecer la calma anunciando que espera el Valdepeñas.*)

Hoy los fusionistas están muy satisfechos. ¡Con cuánta razón dijo el filósofo: ¡Qué felices son los que lo son!

U.



REVISTA EXTRANJERA



TIENE Europa en estos momentos fija la mirada en Africa, donde han encontrado los ingleses enemigos que no esperaban, y en Asia, donde los franceses celebran ya con himnos de victoria los señalados triunfos obtenidos con la irresistible fuerza de sus armas.

A fin de seguir] paso á paso la interesante historia de los acontecimientos, preciso es fijarnos en los bélicos movimientos, en las operaciones que se suceden en las orillas del Nilo y en las más distantes del Río Rojo, sin dejarnos llevar de un optimismo ciego, ni de una suspicacia extrema.

Recordemos para ello las impresiones recibidas, examinando á la vez las circunstancias que median en los combates. Empezaremos, pues, por lo que de más cerca nos toca, por la actitud de los ingleses en Egipto.

Puede desde luego consignarse la profunda sensación de desagrado que acaba de producir en la prensa europea la conducta de los Generales ingleses en el Sudán, análoga en barbarie á la que siguieron en la India cuando ocurrió la revuelta de los cipayos.

Espantoso es siempre el carácter de las represiones de Inglaterra. En sus posesiones del Asia hubo interminables matanzas acompañadas de tormentos indecibles, sin considera-

ción á edad ni á sexo. En el Sudán ponen á precio la cabeza de Osmán-Digma.

Nada se presta á consideraciones más desconsoladores que la proclama del almirante Hewett; nada más sensible que ver á una potencia, tan pretenciosamente civilizada como la Gran Bretaña, ofrecer primas á la traición y al asesinato, asimilando con un vulgar bandido á un jefe de tribu, al lugarteniente del Mahdí, al guerrero denodado que ha hecho prodigios de valor y de heroísmo en El-Teb y en Tamanieh.

El comportamiento de algunos jefes ingleses no ha sido en esta ocasión digno de un gran país civilizado. Ha permitido la compra y venta de esclavos, valiéndose de procedimientos que la cultura condena. ¿En qué serán entonces más dignos de nuestras simpatías los ingleses que sus adversarios, que son más valientes que ellos y que sólo son á veces vencidos por tener inferior armamento?

En esas terribles luchas contra los que llamamos bárbaros y que queremos arrojar de su casa en nombre de los derechos de una civilización superior, pretendiendo sustituir sus costumbres con las nuestras é imponerles una dominación extraña á cambio de su libertad, es necesario que tengamos, no sólo la razón del más fuerte, sino la del más bueno.

Los ingleses, que hicieron siempre alarde de marchar á la vanguardia de los pueblos cultos, no habrían podido menos de vituperar con todas sus fuerzas á Osmán-Digma, si este caudillo hubiese tenido el mal acuerdo de poner precio á la cabeza del General Graham ó á la del General Gordon; y sin embargo, ¿qué diferencia existe, bajo el punto de vista de la humanidad, entre esas cabezas? Dos soldados valientes defensores de una causa, que ambos creen noble, son igualmente estimables y debieran recíprocamente estimarse.

Pero más allá del Estrecho de la Mancha quieren imitar los procedimientos de la antigua Roma. Los Escipiones ingleses tratan á los Aníbales musulmanes con la implacable saña con que trataba á sus enemigos la República de Roma. Quieren vivo ó muerto al vencedor de Tokkar.

Sin embargo, debe hacerse justicia á la opinión pública

inglesa, que ha condenado de una manera resuelta los actos incorrectos de sus Generales en Egipto. La idea de tratar al jefe de un ejército, contra el cual se opera en campaña, como á un *moon-lighter* del fenianismo ó á un constructor de una máquina infernal, no podía menos de sublevar muchas conciencias británicas; y en la Cámara de los Comunes igualmente que en la Cámara de los Lores, el Gobierno inglés, en una parte por medio del Marqués de Hartington y en otra por medio de Lord Granville, ha declarado que por telégrafo se intimaba la orden al Almirante Hewett de anular sus odiosos acuerdos.

Bien pudiera ser, con todo, que no fuesen exclusivamente móviles tan generosos los del Gabinete británico, y que entrasen por mucho en sus determinaciones miras de otro orden más utilitario. Bien puede ser que se haya pensado que el General Gordon, de quien no se tienen noticias, puede pagar con su vida las despóticas arbitrariedades del Almirante Hewett. Porque no puede en verdad concederse entero crédito á todo lo que se asegura. ¿Ha sido la victoria conseguida por el General Graham tan brillante como nos la pintan las imaginaciones británicas? Lógico es y permitido dudarlo. Los triunfos de los despachos nos pintan á Osmán desconcertado, abandonado por los suyos y sin más que un puñado de 500 hombres alrededor suyo; pero hay que tener en cuenta que son los ingleses los dueños del telégrafo y que no sabemos lo que éste nos diría si estuviese en poder del arrojado lugarteniente del Profeta.

Sea como fuere, los despachos que llegan de Suakin no revelan que cunda el desaliento entre los partidarios del Mahdí.

Mahamud-Alí, que llegó el 18 al campamento inglés con 50 partidarios, dijo que las fuerzas de Osmán-Digma iban en aumento y que éste se declaraba en estado de combatir de nuevo á los ingleses dentro de diez días, no dudando de la victoria.

Contribuye á dar ánimo á los insurrectos la creencia en que están de que el Mahdí había predicho que sus tropas sufrirían dos derrotas señaladas antes de alcanzar la victoria

definitiva, que tendrá por resultado el aniquilamiento de todos los ingleses.

La proclama del contralmirante Hewett, ofreciendo 5.000 duros por la cabeza de Osmán-Digma, fué quemada por los insurrectos en las cercanías de Tamanieh, á los cuales fué dirigida.

El telégrafo anuncia ya haber corrido el rumor de que el general Gordon había sido apresado y decapitado por los insurrectos sudaneses, y la situación en el Alto Nilo es poco lisonjera. El país que rodea á Khartum está insurreccionado, y no hay probabilidades de que pueda restablecerse el camino entre Berber y la capital de la Nubia. Por otra parte, lord Fitz Maurice ha declarado en la Cámara inglesa que continuaban interrumpidas las comunicaciones telegráficas entre Chandy y Khartum, y no se tenían noticias del General Gordon desde el 11 de marzo.

En cuanto al Mahdí, continuaba el 1.º de marzo en El Obeid y se ocupaba en organizar allí sus fuerzas con ayuda de un Estado Mayor, que contaba con doce europeos y más de sesenta oficiales egipcios del ejército de Hicks, escapados de la matanza y alistados bajo la bandera del vencedor.

Las noticias del Sudán, aun las más optimistas, no son, pues, nada tranquilizadoras para el Gobierno de Inglaterra.



Apesar de haber sido una y otra vez desmentidos los rumores de crisis ministerial, toman cuerpo en Londres y la disidencia se acentúa. Gladstone no está de acuerdo con sus Ministros, pues mientras éstos desean salir adelante del mal paso en que se ve Inglaterra, aquél está comprometido por sus antiguas campañas de paz contra la política de lord Beaconsfield y hasta por su natural odio á la guerra. De aquí la indecisión en las noticias que el telégrafo trasmite.

También se ha hablado mucho de una indisposición de Lord Gladstone. Lo que no admite duda es que su Ministerio está gravemente herido. No es posible encontrar en la

historia inglesa de treinta años á esta parte una situación análoga á la de estos momentos.

Los problemas más terribles, interiores é internacionales, agobian á los Ministros de la Reina Victoria. La agitación de Irlanda les obliga á hacer promesas de reformas agrarias, y se ven entre la necesidad de cumplirlas y las dificultades que presenta una aristocracia decidida á defender sus privilegios. Bajo la irresistible presión de los radicales, tratan de ensanchar el círculo de las capacidades electorales, proponen un bill que aumenta en dos millones el número de los ciudadanos investidos con el derecho del sufragio, y este bill queda condenado por la oposición de los Lores.

Parapetada Inglaterra en su posición geográfica, en sus libertades y en la educación política de su pueblo, se creyó para siempre al abrigo de los embates revolucionarios, y se ha visto repentina y brutalmente contagiada. Los habitantes de Londres han tenido que convencerse á costa suya que el nihilismo y la dinamita no son ya productos exclusivos de las lejanas estepas de Rusia.

Lo más doloroso es que el prestigio inglés ha sufrido golpes mortales. La anexión de Merv al Imperio ruso es una herida de que el amor propio británico no ha de curarse fácilmente, porque el hecho consumado silenciosamente por el Gabinete de San Petersburgo en el Asia central amenaza la tranquila explotación por los ingleses del rico Imperio de las Indias.

Y entretanto sigue más enmarañada que nunca la cuestión de Egipto; los trabajos legislativos son estériles, y la oposición conservadora amenaza al actual Gobierno. Aquel mismo Lord Gladstone que tan enérgicamente condenaba las empresas de Disraeli, la guerra contra los zulús, la campaña en el Afghanistan y la anexión de Chipre; aquel mismo Lord Gladstone de arrebatadora elocuencia, cuando trató de oponerse á aquellas arriesgadas aventuras, se ve fatalmente encadenado á la misma política que anatematizaba. Todos sus cálculos, todos sus propósitos fueron erróneos. Creyó fácil, segura y beneficiosa la conquista de Egipto, y se encuentra con dificultades enormes. No quería el protectorado, y este

protectorado se impone por la fuerza de las circunstancias mismas. No quería derramar una gota de sangre inglesa para salvar el Sudan, y la sangre ha corrido á torrentes en El-Teb y en Tamanieh, y Dios sabe la que correrá todavía y las víctimas que ha de haber en aquel clima de fuego.

Bien puede decirse que la estrella del Ministerio liberal está eclipsada. La indisciplina de la mayoría parlamentaria es un hecho; casi ha provocado hace pocos días una crisis. La disolución es inminente, y las próximas elecciones harán revivir la política de los sucesores del difunto Beaconsfield. Es probable que ganen con los conservadores en el poder el orden en Irlanda y el prestigio inglés en el extranjero.

*
* *

Pasemos ahora á las hazañas francesas.

Hay sobre este particular menos datos; pero resulta de una manera indudable que la plaza de Bac-Ninh ha sido tomada.

El modo con que las operaciones han sido llevadas á cabo honra indudablemente á los jefes expedicionarios; pero es de sentir, sin embargo, que la desordenada fuga del enemigo no haya permitido desarrollar á los franceses el hábil plan de que habían alardeado y que consistía en envolver la ciudad sitiada y cortar por todas partes la retirada á los Pabellones Negros y á los chinos, haciéndolos prisioneros á todos y consiguiendo así de golpe un resultado decisivo. Los defensores del Bac-Ninh no tenían, al decir de los franceses, más que una sola salida; pero ahora resulta que ésta era casualmente la del lado del Norte, la del lado de la frontera de China, la única que podía convenir á los sitiados. No se comprenden estas y otras imprevisiones rarísimas que los telegramas descubren.

Los Generales Brière de l'Isle y Negrier, lanzados luego en persecución del ejército chino, se han detenido de repente, el uno en Thai-Nguyen, que ha sido ocupado sin resistencia alguna, y el otro en Phu-Lang, un fortín sin importancia, muy distante todavía de la frontera del Tong-King.

Obstáculos serios no debieron existir, si hemos de dar crédito á las noticias telegrafiadas desde Hanoi por un corresponsal de la prensa francesa que estudia sobre el terreno el conflicto annamita:

«Acabo de recorrer—decía—el camino de Bag-Ninh á Hanoi. Está erizado en toda su longitud por una serie casi no interrumpida de atrincheramientos, que comprende dos diques fortificados y más de 30 reductos.

»Todas esas obras de defensa, lo mismo que las de Bag-Ninh, no tienen comparación con las de Song-Tay y sus alrededores. Son sencillamente de tierra, y el espesor de los terraplenes no es bastante considerable para presentar una larga resistencia á la artillería.

»No se ven trabajos de detalle que dificulten la aproximación á los atrincheramientos y reductos.

»La defensa de esas posiciones se ha organizado sin inteligencia alguna; los chinos no han sabido sacar partido de las ventajas que les brindaba el terreno, y cuanto se ha hecho para defender á Bag-Ninh es, por otra parte, obra de los mandarines, que conocían superficialmente los procedimientos europeos.

»Todos los muertos y heridos hallados sobre el campo de batalla llevan el uniforme del ejército del Kuang-Si; no hay annamitas entre ellos.

»Es difícil calcular las pérdidas del enemigo; se han encontrado 200 cadáveres. Cuanto á las nuestras, son indudablemente inferiores á la primera cifra que dí yo. Ha habido cinco muertos y unos 40 heridos, la mayoría leves. Todos los fusiles cogidos son Remington ó Martini-Henry. La población de Bag-Ninh es un villorrio de 5 á 6.000 habitantes, que se extiende principalmente á lo largo del camino de China. Se encuentran en ella algunas casas de piedra como en Hanoi, parte de las cuales habían sido utilizadas para la defensa.»

No obstante lo dicho, hay en los hechos contradicciones notorias que necesitan ser aclaradas. Las fuerzas francesas, después de haber avanzado, han retrocedido; lo que no sabemos si puede explicarse por los llamados á descifrar la estra-

tegia. Pero, de todas maneras, la operación tiene un defecto grave, el de manifestar á los adversarios que las tropas francesas han vuelto atrás; y entre aquellas poblaciones de *raza inferior*, como dice el Presidente del Consejo de la República, puede causar un deplorable efecto semejante retirada, que muy bien pudiera interpretarse como una prueba de impotencia.

El Sr. Ferry asegura ahora que las operaciones militares en el Tong-King se limitarán rigurosamente á la defensa del delta del Río Rojo, y que los movimientos de las tropas victoriosas en persecución de los chinos no han significado nunca otra cosa que detalles técnicos encaminados á asegurar la pacífica posesión de las posiciones conquistadas. Según esto, la campaña ha concluído.

Más vale así.

*
* *

Fuimos los primeros en consignar que no era correcta la actitud de Francia en el Valle de Andorra y que no faltaban motivos para sospechar que el afán colonizador y los insaciables planes de ensanche territorial que demuestran los republicanos franceses podrían hacerse sentir hasta entre los pobres y pacíficos andorranos.

El telégrafo nos ha transmitido después noticias graves, y una carta de un andorrano de muy buen sentido ha puesto ciertamente el dedo sobre la llaga.

«Nuestro querido Obispo príncipe—dice la carta del 22 del mes actual,—queriendo celebrar el aniversario de la coronación de S. S. León XIII, y cediendo á los nobles impulsos de su corazón de padre, ha concedido indulto á los cuatro reos que extinguían la condena que les impuso el Supremo Tribunal de Corts, con motivo de los últimos sucesos. Sofocada con mano fuerte (no despótica) la rebelión, y mitigada la justicia con la misericordia, era de esperar que este pequeño principado comenzaría un verdadero período de paz. Por desgracia no ha sucedido así. El mal tiene más hondas raíces; no está en el pueblo, como muchos creían, y la mano opresora de la fuerza y de la ambición carga sobre Andorra,

y no sé si le será tan fácil librarse de ella. ¿Puede algo el polluelo contra la zorra?

»Hasta hace pocos días hemos tenido entre nosotros una comisión francesa, compuesta de un subdirector del Ministerio de Negocios Extranjeros, creo de la sección de política, del Prefecto de los Pirineos Orientales (éste, en calidad de delegado permanente) y de un abogado intérprete, empleado en la prefectura de Perpignán. Se les recibió como acostumbra este país á recibir á los representantes de la autoridad; mas de los entusiasmos de que hablan los periódicos, no se fíen ustedes mucho, pues ya se conocerán por los resultados.

»Se presentaron en Andorra repartiendo con profusión una especie de proclama en francés y catalán, en la que se desnaturalizaban los últimos sucesos, se hablaba de violencias y presiones en las pasadas elecciones, siendo así que en aquel entonces no se hallaban en Andorra ni el veguer episcopal, que estaba muy tranquilo en su Seo de Urgel, ni el delegado, que estaba en Roma acompañando á su prelado. Al contrario, quien había entonces en Andorra y trabajaba con empeño en las elecciones, saliéndose del círculo de sus atribuciones, era el veguer francés, Mr. Vigo.

»Pero aún hay más. El manifiesto de dicha comisión (que es dado en nombre del Gobierno francés, lo cual lo hace más grave), dice que un tribunal de casación entenderá en un asunto fallado ya por el tribunal de Corts, que como es sabido, es el Supremo en el país. Quiere también que su veguer abra información sobre las elecciones, lo que es de sola incumbencia del Consejo general y en alzada del Obispo.

»Quiere, asimismo, que el Consejo general le rinda cuentas por lo que se refiere á 1881, y que se reanuden los procesos contra *los malhechores que saquearon y estropearon el material del telégrafo*, que no eran otros que el veguer del Obispo y su gente armada. ¡Magnífico ejemplo de dicha comisión de cómo se ha de respetar la autoridad llamándola *malhechora y saqueadora*! Es decir, la imparcial Francia quiere hacer desaparecer aún, si es posible, las sentencias dictadas contra los rebeldes de Canillo, que reconoció á lo menos como presuntos culpables, desde el momento en que el veguer francés

reclamó su custodia y fué él quien convocó al tribunal de Cors que había de conocer en dicha causa. Y en cambio quiere procesar á la autoridad por haber ejecutado un decreto de su superior, que dió en uso de su facultad soberana. Suerte que el hombre propone y Dios dispone.

»Pero lo más grave es que, según dicha proclama, se quiere destruir la fuerza pública de Andorra y mudar su constitución en esta parte, desarmando á todas las cabezas de familia, contraviniendo los usos constantes y seculares del país, que no tiene otro medio de defensa contra los malhechores, y para atajar todas las revoluciones. Es que les salió mal la última intentona, y al ver que la fuerza sedentaria del país la sofocó al momento, quiere disolver sus fuerzas vivas para que puedan cada día promover un motín los afrancesados y hacerse dueños de la situación, lo que no conseguirían ahora, en que el Obispo cuenta con la inmensa mayoría de las familias, cuyos jefes son los que hoy tienen las armas.

»Pero lo peor es que, en sustitución de dicha fuerza, el delegado francés quiere crear una fuerza móvil subvencionada por Francia, ó lo que es lo mismo, soldados ó voluntarios de Francia con uniforme andorrano. En una palabra, la *simpática* república ha determinado apoderarse de Andorra, cueste lo que costare.

»A este fin van encaminados todas las maniobras y todos los planes que dejo referidos, y prueba de ello es que en nada y para nada cuenta dicho delegado con el Obispo de Urgel, que cuando menos, es tan co-príncipe como Francia.

»Pero aún no acaba todo aquí, porque el Prefecto ha dicho, si fundados rumores no mienten, que si no se accede al desarme, pondrán bloqueo por parte de Francia, impedirán el comercio, y al fin, si es preciso, entrará la gendarmería francesa y procederá al desarme forzoso.

»Tanta pedantería ha irritado mucho al país y ha acabado con las pocas simpatías que él gozaba. Andorra está segura de que si viniese este caso de una invasión francesa tan injustificada, el Obispo príncipe sabría usar de sus derechos, y espera que no le faltaría el apoyo del Gobierno español.»

El Gobierno español ha intervenido naturalmente, y ya se

asegura que esta cuestión enojosa está en vías de terminar de una manera satisfactoria.

*
**

Fuera de los hechos cuyo teatro es el África y el Asia, la discusión en la Cámara prusiana de la ley contra el socialismo es la cuestión que principalmente ocupa hoy á los políticos.

Los socialistas católicos, representados por Windthorst, piden la vuelta á las viejas ideas cristianas, único medio de que la cuestión se resuelva y los obreros mejoren de situación.

A estas opiniones ha contestado el Canciller que la Iglesia nada podía contra los socialistas, y que los países de la América del Sur, lo propio que Polonia, Irlanda y España, países eminentemente católicos, están en situación más aflictiva que otros países protestantes, como Inglaterra, Dinamarca y Suecia.

El resultado de la discusión ha sido enviar el proyecto á una comisión compuesta de veintiún miembros en contra de los deseos de Bismarck.

«Procurad que todo acabe del mejor modo posible,» han sido las palabras con que el Emperador Guillermo ha despedido al Presidente del Parlamento alemán que, acompañado de una comisión de la Cámara, le felicitaba por su cumpleaños.

En otro país, tales palabras imperativas, lanzadas desde lo alto del Trono, pudieran producir cierto conflicto, pero no en Alemania.

Bismarck, alejado durante un año de la Asamblea, ha permanecido ocho días en la brecha y ha subido cuatro veces á la tribuna para defender la concepción acerca de los medios para refrenar el socialismo y defender su popularidad y su gloria contra una oposición poderosa. Dado su vigor intelectual y dados sus claros talentos, es seguro que no concede importancia á los conocidos medios con que en ocasiones suelen los oradores seducir á los Parlamentos. Quiere pre-

servar á Alemania de una crisis social y atenuar los odios de esta, y lo que debe importarle es el desarrollo de los principios de su política, la fortuna de sus ideas y doctrinas, la victoria moral sobre las disgregadas huestes que le combaten por sistema.

Que haya ó no una comisión encargada de entenderse con obreros y dueños de taller, de examinar estadísticas y compulsar tarifas, es para él cosa indiferente. Lo esencial era reanimar la confianza que inspira á las masas, y demostrar que ha sido y sigue siendo todavía la cabeza de Alemania, cuyo brazo es el ejército. Su principal objeto está logrado.

La crisis italiana ha ocupado también breves momentos la atención pública. El Presidente del antiguo Gabinete, el Sr. Depretis, ha constituido el nuevo en el que conservan sus carteras los Sres. Mancini y Magliari, pasando el señor Coppino de la Presidencia de la Cámara al departamento de Instrucción pública.

Sigue siendo un Ministerio de conciliación sin vitalidad probable.

La línea de demarcación entre la derecha y la izquierda es en Italia más nominal que tangible. Los grandes obstáculos son allí las cuestiones personales y locales, que es probable sigan entorpeciendo la marcha administrativa del reformado Gabinete.

S.

